



INTRODUCCION

En torno a HYPERBOREA
y Clark Ashton Smith

Detrás Del Viento Del Norte

Nunca encontrarás por tierra o por mar
el maravilloso camino que conduce
a la fiesta de los hyperbóreos

PINDARO

Para los antiguos griegos, el fabuloso país de Hyperbórea constituía un paraíso idílico..., un Edén de los paganos. Eran muchas las historias que poseían sobre Hyperbórea... Hércules la visitó, fue allí donde Perseo cortó la cabeza de la Gorgona, y en ese país había nacido el abuelo de Apolo. Los mejores relatos se referían a un trotamundos hyperbóreo, un mago—sacerdote llamado Abaris, quien visitó Grecia, estudió magia con Pitágoras e impidió que una plaga destruyese Esparta, antes de volver a su país.

Homero, que siempre fue un tanto inexacto en cuanto a teoría geográfica, nunca mencionó el país de los hyperbóreos, al contrario que el historiador Herodoto (IV, 36), quien además recuerda que Hesíodo lo había mencionado, al igual que un perdido poema épico del ciclo tebano llamado el *Epígono*.

De entre todos los poetas, fue Píndaro quien caracterizó a Hyperbórea en su décima oda pítica. Según la encantadora traducción de Richmond Lattimore, Píndaro la describía de la siguiente manera:

Nunca se ausenta la Musa
de sus caminos: chocan las liras y lloran las flautas
envolviendo todo los coros de doncellas.
No se mezcla ni la enfermedad ni la ingrata vejez
en su sangre sagrada; lejos del trabajo y de la batalla viven.

Los antiguos críticos no tenían muy bien concepto de esta última oda. Decían que era un fracaso, y lo que es peor, un fracaso impertinente: fracaso porque al parecer la introducción de Hyperbórea en el cuerpo de la poesía carece de sentido; e impertinente porque, contradiciendo de plano a otros escritores, Píndaro dice que Perseo mató a Medusa en Hyperbórea (el resto dice que ocurrió en Libia).

Desgraciadamente, se ha perdido la mayor parte de lo escrito por los griegos acerca de Hyperbórea. Aproximadamente al mismo tiempo que Platón escribía su historia sobre la Atlántida, un joven escritor llamado Theopompus se estaba inventando una fábula maravillosa relatando la aventura de un navío de gigantes procedentes del continente desconocido, más allá del Río Océano que rodea al mundo, y que fueron los primeros en invadir Hyperbórea; pero, al encontrarlo tan aburrido y malo, dieron media vuelta y regresaron a su patria. También durante esa época, un joven historiador llamado Hecateo de Abdera recogió todos los relatos conocidos sobre los hyperbóreos y

publicó un extenso tratado sobre los mismos, describiendo sus inocentes existencias de felicidad bucólica en una isla tropical situada al norte de Europa. Tanto el libro de Hecateo, como el *Meropis* del anteriormente mencionado Theopompus, se han perdido¹.

Aunque muy indirectamente, Homero es el abuelo del mito hyperbóreo. Aunque no menciona a Hyperbórea en las obras que han llegado hasta nosotros, de hecho inició la idea de inventar una geografía que se adapte a las necesidades de la historia del autor. Dicha idea consiste, en su caso, en esparcir islas como Ogygia y Aea por todo el Mediterráneo, olvidando conscientemente la verdadera geografía de esos parajes, llegando con sus referencias a reinos y pueblos más o menos imaginarios, como las tierras de los cimerios y de las amazonas.

Escritores posteriores llegaron a la noción de Hyperbórea partiendo de especulaciones geográficas anteriores. Decían que los hyperbóreos eran maravillosos seres desnudos que vivían en el lejano norte —de hecho, se piensa que el nombre de Hyperbórea viene de Υπερβορροει, un término griego que significa “detrás del viento del Norte”—, y describían su país como una isla, y a veces como parte de la costa norte de Asia o Europa. Por último, lo localizaban detrás de una cordillera igualmente imaginaria, llamada de los montes Rifeños.

En su excelente libro sobre geografía imaginaria, *Los Continentes Perdidos (Lost Continents)*, mi amigo L. Sprague de Camp comenta lacónicamente: “Sin haber estado allí nunca, los griegos imaginaron que el Ártico sería un lugar balsámico, con un clima maravilloso, donde la gente llegaba a los mil años”. Cabe añadir que esto ocurría con los autores clásicos tanto como con los medievales cuando escribían acerca de países de los cuales sabían muy poco o nada. Estas tierras gloriosas y desconocidas necesariamente tenían que ser maravillosas y llenas de leche y miel; pero al hablar así, los griegos se limitaban a obedecer una regla básica de la naturaleza humana, regla que he descubierto y a la cual he dado el nombre de “La ley de los pastos más verdes”.

Las especulaciones en torno a Hyperbórea no terminaron con el cierre de la era clásica, sino todo lo contrario. Alrededor de la década de 1880, cuando los geógrafos habían reunido más conocimientos, los escritores ocultistas seguían añadiendo ideas al mito. La señora Helena Petrovna Blawatsky, fundadora de la Sociedad Teosófica, inventó una cosmogonía un tanto ostentosa a la medida de su síntesis de ciencia, magia, religión y estupidez llamada *La Doctrina Secreta*.

Según su sistema, la vida humana se desarrollaba a través de varios ciclos, cada uno de los cuales estaba dominado por su propia Raza Raíz. La primera de estas razas habitaba en algo llamado “La Tierra Sagrada e Imperecedera”, conocida en otros sitios como Polarea. La primera Raza Básica se parecía a la amoeba ectoplásmica, pero la segunda Raza Básica, que habitaba Hyperbórea, era más sólida y consistente. Por otro lado, la señora Blawatsky pensaba que Hyperbórea era la consecuencia de un antiguo continente Ártico perdido en un cataclismo, como ocurriera con Mu, Atlantis y Lemuria. La mayoría de los ocultistas que sucedieron a la señora Blawatsky han adoptado más o menos la misma línea.

En el mes de noviembre de 1931, *Weird Tales (Relatos extraños)* publicó un relato extenso y muy bueno de Clark Ashton Smith, titulado “El relato de Satampra Zeiros”, desarrollado en Hyperbórea. Según el concepto de Smith, Hyperbórea sería un continente polar a punto de ser hundido por los glaciares de la era glacial.

Smith sólo había vendido nueve o diez cuentos a *Weird Tales* hasta entonces, y al parecer estaba buscando salida a su oficio (*métier*). Por aquel entonces, el escritor más

¹ Para referencias exactas a Hyperbórea en los textos clásicos, véase Apolodoro: II, V, 11; Diodoro de Sicilia: II, 47; Herodoto: IV, 32 y 36; Pausanias: I, IV; III, XIII; Píndaro; Pythias: 10; Platón: *Carmides*; Plinio: IV, XXVI; y Estrabón: I,V, 3—4; II,IV,1; IV,V,5; y XV, I, 57.

popular de *Weird Tales* era H. P. Lovecraft, que ya había publicado unas veintidós historias de terror, y puede que este hecho constituyese el factor determinante que impulsase a Smith a intentar su suerte en la redacción de una serie de relatos para esta revista. Robert E. Howard, uno de los tres escritores más importantes que dominaban entonces la revista (siendo los otros Lovecraft y Smith), había publicado sus dos historias de King Kull con anterioridad a la aparición del primer ciclo hyperbóreo de Smith, pero aún le faltaba por escribir la primera de sus historias Conan. Es posible que Smith haya adoptado de Howard la idea de un ciclo de historias basadas en una prehistoria mítica, pero dado que la primera historia Conan, “El Fénix en la Espada”, no apareció hasta el número del mes de diciembre de 1932 de *Weird Tales*, lo cierto es que Smith llegó antes; en consecuencia, es fácil suponer que ante el éxito de las historias de Hyperbórea, Robert E. Howard se decidiese a situar sus relatos de Conan en una “Hyperbórea” inventada: es decir, la Edad *Hyperbórea*.

Sea como fuere, la aceptación de “El relato de Satampira Zeiros” supuso para Smith la confirmación de que había encontrado su “meta”, ya que durante el siguiente año *Weird Tales* publicó otras dos historias de Hyperbórea: “Lo extraño de Avoosl Wutthoquan”, en el número de junio, y “El testamento de Athammaus”, en el de octubre. Un tercer relato, “La Puerta de Saturno”, apareció en el mismo año en otra revista de la competencia, *Strange Tales* (Relatos Insólitos). En los últimos años de la década de los treinta aparecieron otras cuatro historias, así como una poesía en prosa. Por último, otro de sus cuentos, “La llegada del Gusano Blanco”, se publicó en abril de 1941 en una revista titulada *Stirring Science Stories* (*Inquietantes historias de ciencia*), mientras que la última perteneciente al ciclo hyperbóreo, un divertido cuento llamado “El robo de treinta y nueve fajas”, apareció en la revista, cuya vida por cierto fue muy corta, titulada *Saturno*, en el número de Marzo de 1958. Cabe añadir que esta última historia de Hyperbórea es la continuación de la primera, ya que el ladrón, Satampira Zeiros, reaparece por vez primera desde su introducción veintisiete años antes.

En el presente libro, *Hyperbórea*, he recogido los diez relatos y una poesía que comprenden el ciclo de Hyperbórea de Clark Ashton Smith, presentándolos de acuerdo con lo que, a mi parecer, constituye un orden cronológico. Smith no dejó datos acerca de una secuencia concreta, pero me he permitido ordenarlos a la luz de lo que nos sugiere un estudio de evidencias internas. Para dar mayor coherencia a la obra, he incluido algunos cuentos cortos relacionados con el ciclo principal, bajo el título genérico de “El Borde del Mundo”. Me atrevo a adelantar que estos cuentos reunidos en “El Borde del Mundo” bien pudieran representar los restos deslavazados de otro ciclo de historias, que por alguna razón u otra nunca llegó a salir a la luz.

El ciclo de Hyperbórea ocupa el segundo lugar inmediatamente después de los relatos de Smith sobre el Continente Perdido, relatos que tuve igualmente ocasión de reunir en un libro titulado *Zothique*, publicado en 1970 por Ballantine Books. Ya señalamos anteriormente la influencia de los cuentos de Hyperbórea en las series “Conan” de Howard. A Lovecraft le agradaron sobremanera, y no tardó en incorporar el concepto de Smith sobre Hyperbórea a sus historias de Cthulhu. Smith era amigo de Lovecraft, así como uno de sus corresponsales; este último le apodaba “Klarkash—Ton”, y en una de sus historias Cthulhu, “El susurrador en la oscuridad”, Lovecraft se refiere al “ciclo mítico de Commorión conservado por el sumo sacerdote atlántida Klarkash—Ton”. Teniendo en cuenta que esta historia en concreto se escribió en 1930, publicándose en el mismo año que la primera de las historias hyperbóreas de Smith, es concebible que Lovecraft leyese algunas cuando todavía no habían llegado a la imprenta. De idéntica forma, Lovecraft adoptó el demonio—dios hyperbóreo de Smith, Tsathoggua, para su panteón de divinidades.

Pocos años antes de su muerte, acaecida en 1961, cuando tenía sesenta y ocho años, escribí a Clark Ashton Smith pidiéndole información geográfica. Por aquel entonces, yo me dedicaba a la investigación de los textos clásicos en busca de un paraíso polar imaginario, y por esa razón le pedí la fuente de sus datos geográficos. Me contestó que no había encontrado nada de utilidad en los escritores clásicos, y que en consecuencia se había inventado tanto los lugares como los nombres de los mismos; no obstante, me indicó que Mhu Thulan —“la última península del continente hyperbóreo”— pretendía hacer eco de Mu y Thula, país polar este último, y de invención griega. Es más, Smith ni siquiera utiliza los montes Rifeños de los griegos, sino que los sustituye por unos suyos llamados Eiglophianos². Los relatos recogidos tanto en *Zothique* como en *Hyperbórea* evidencian claramente el talento creador de Smith. No es nada fácil crear un continente o mundo imaginario, y darle cuerpo con los suficientes detalles que lo corroboren como para que en la mente del lector surja como algo verdaderamente real; cualquiera que haya intentado asumir esta tarea podrá confirmarlo. Entre las líneas de una rápida historia de aventuras, el autor debe presentar la suficiente información de carácter geográfico, histórico, cultural y religioso como para convencer a su lector de que la historia se está desarrollando en un mundo real y auténtico.

En este sentido, son pocos los autores que han alcanzado un verdadero éxito. Edgar Rice Burroughs, con sus libros de John Carter de Marte, y el profesor Tolkien en su trilogía sobre la Tierra Media son los que me saltan a la mente como autores de gran éxito en este género, y tanto uno como otro tenían una enorme cantidad de vocabulario que les permitía realizar la hazaña. Tolkien contaba en su haber tres cuartos de un millón de palabras, y Burroughs series de diez novelas. Volviendo a Clark Ashton Smith, creemos que es suficiente evidencia de sus talentos inventivos el hecho de poder escribir diez relatos y una poesía en prosa dentro de este género.

Smith publicó algo menos de cien historias, y la mayoría, posiblemente las mejores, se integran dentro de ciclos de relatos, como el de *Zothique* e *Hyperbórea*, publicados en la Ballantine Adult Fantasy Series. Todavía faltan los relatos de *Xiccarph*, de *Poseidonis*, la “última isla de la zozobrante Atlántida”, y de *Averoigne*, una provincia imaginaria de la Francia Medieval, relatos todos que deseamos publicar en próximos volúmenes titulados *Xiccarph*, *Atlantis* y *Averoigne*.

LIN CARTER
Consejero Editorial
The Ballantine Adult Fantasy Series
Hollis, Long Island, Nueva York.

² Hemos incluido como apéndice un breve tratado sobre la geografía de la Hyperbórea de Smith, con el fin de explicar mi mapa de dicho continente, mapa que encabeza el presente libro.

LA MUSA DE HYPERBOREA

CLARK ASHTON SMITH

Demasiado lejos queda su pálido y mortal rostro, y demasiado remotas las nieves de su pecho letal como para que mis ojos puedan contemplarlos jamás. Pero hay veces en que me llega su susurro, como un helado viento de ultratumba, debilitado después de atravesar los golfos que separan a los mundos, y que ha surgido sobre los últimos horizontes de desiertos rodeados de hielo. Y me habla en un idioma que nunca he oído, pero que siempre he conocido; y me habla de cosas mortales y de cosas maravillosas, fuera del alcance de los deseos estáticos del amor. Su relato no es sobre algo bueno o malo, ni sobre nada que pueda ser deseado o concebido o pensado por las termitas de la tierra; y el aire que respira, y la tierra por donde anda errante, estallarían como el frío cortante del espacio sideral; y sus ojos cegarían la visión de los hombres como si fueran el sol; y su beso, si pudiera alcanzarse, se retorcería acuchillando como el beso del relámpago.

Pero al oír su susurro lejano y poco frecuente, me imagino una visión de vastas auroras, sobre continentes más grandes que el mundo, y mares demasiado extensos para las quillas de las empresas humanas. Y a veces balbuceo los lazos extraños que nos trae, si bien nadie los recibirá con agrado, y nadie creará en ellos, o los escuchará. Y en algún amanecer de los años desesperados, me adelantaré y seguiré hasta donde me llama, para buscar el beatífico nado de sus distancias nevadas, para perecer entre sus inescrutables horizontes.

La Musa De Hyperbórea, 1934

Hyperbórea

Clark Ashton Smith

Trad. Guadalupe Rubio de Urquía

Colección Ciencia Ficción, 19

EDAF, 1978.

LAS SIETE PRUEBAS

CLARK ASHTON SMITH

El señor Ralibar Vooz, alto magistrado de Commorión y tercer primo del rey Homquat, había partido con veintiséis de sus más aguerridos monteros en busca de la caza que pudieran brindarle las negras montañas Eiglopheas. Dejando para cazadores menos expertos los grandes perezosos y murciélagos de la jungla intermontana, así como los pequeños dinosaurios, Ralibar y sus seguidores se adelantaron rápidamente cubriendo la distancia entre la capital de Hyperbórea y su meta en una sola jornada. Los helados farallones y deslizantes pendientes del monte Voormithadreth, el más alto y formidable de cuantos coronan la cordillera Eiglophea, se cernía sobre ellos, ocultando el sol con sus crestas negras como la escoria en pleno mediodía, y tapando totalmente las irradiaciones de la puesta del sol. Pasaron la noche en el más bajo de sus desfiladeros, manteniendo una guardia incesante, amontonando ramas muertas en sus fogatas, y escuchando por encima de ellos el ulular salvaje y canino de los seres infrahumanos que habitaban las cumbres, los voormis, cuyo nombre llevaba la montaña. Oían al mismo tiempo el bramido de un catoblepas alpino perseguido por un voormis, así como el rugido de un tigre de colmillo largo acorralado y cazado; y Ralibar Vooz pensó que todos estos ruidos presagiaban buenos resultados para la caza del día siguiente.

Él y sus hombres se levantaban por turnos; después de desayunar a base de provisiones de carne seca de oso y un vino oscuro y amargo, pero de grandes cualidades vigorizantes, comenzaron inmediatamente el ascenso de la montaña, cuyos precipicios superiores eran huecos, con cuevas ocupadas por voormis. Ya en otras ocasiones, Ralibar Vooz había cazado estas criaturas, y en cierta habitación de su casa en Commorión se apilaban sus gruesos cueros. Se les consideraba como la fauna más peligrosa de Hyperbórea; el mero ascenso de Voormithadreth, incluso sin enfrentarse a sus habitantes, era considerado como una hazaña de gran peligro; pero después de haber probado semejante deporte, Ralibar Vooz no se contentaba con diversiones menos difíciles.

Tanto él como sus compañeros estaban bien armados y preparados. Algunos de sus hombres llevaban cuerdas y ganchos para la escalada de los picos más escarpados. Otros llevaban pesados arcabuces, y la mayoría estaban equipados con picos en forma de sable y largos mangos cuya efectividad como armas defensivas frente a los voormis conocían por experiencia. Todos los componentes de la partida de caza llevaban numerosos cuchillos auxiliares, dardos, cimitarras de doble forma de sierra. Los hombres se vestían con casacas y bombachos de piel de dinosaurio, y calzaban los pies con borceguíes claveteados. Por su parte, Ralibar Vooz llevaba una ligera coraza de malla, muy flexible, que le permitía ejecutar cualquier movimiento. Además, portaba un escudo de cuero de mamut con un largo pincho de bronce en el centro, que se podía usar como espada; además, al tratarse de un hombre de enorme estatura, de sus hombros colgaba todo un arsenal de armas.

La montaña era de origen volcánico, pero se creía que sus cuatro cráteres estaban extinguidos. Los cazadores ascendieron durante largas horas por los escarpados picos de lava negra y piedra de obsidiana, contemplando cómo las temibles alturas por encima de ellos retrocedían interminablemente dentro de un cenit límpido, sin nubes, como si fueran inaccesibles para el hombre. El sol ascendía con mucha más rapidez que ellos, resplandeciendo tórridamente sobre sus cuerpos y calentando las rocas hasta que

sus manos estuvieron tan abrasadas como si hubieran tocando las paredes de un horno. Pero Ralibar Vooz, ansioso por clavar sus armas, no permitía respiro alguno ni en los sombríos abismos ni bajo la limitada umbría de los escasos juníperos.

Parecía, sin embargo, que ese día los voormis no andaban correteando por el monte Voormithadreth. Sin duda, se habrían banquetado copiosamente la noche anterior cuando los commorianos habían oído sus gritos de caza. Posiblemente sería incluso necesario invadir las cuevas vacías de los riscos más altos, procedimiento éste no demasiado atractivo, incluso para deportistas tan aguerridos como Ralibar Vooz. No podía llegar a algunas de estas cuevas sin necesidad de las cuerdas; pero los voormis, con su sagacidad casi humana, lanzarían bloques de piedra contra las cabezas de sus asaltantes. La mayoría de las cuevas eran estrechas y oscuras, para desventaja de los cazadores, y si entraban los voormis redoblarían su lucha en defensa de sus hembras e hijos; además, las hembras eran incluso más feroces que los machos.

Todas estas cuestiones las debatieron Ralibar Vooz y sus compañeros a la vez que la escalada se hacía más arriesgada y difícil, y podían ver ya en la lejanía las bocas de las guaridas más bajas. Eran muchos los relatos sobre valientes cazadores que habían entrado en esas guaridas y no habían vuelto a salir, así como sobre los hábitos degenerados de la alimentación de los voormis, con relación al uso que hacían de los cautivos antes y después de su muerte. No menos numerosas eran las historias que corrían en torno al génesis de los voormis, cuyo origen se suponía era el resultado de la unión entre mujeres y ciertas criaturas atroces surgidas en los albores del mundo, de un tenebroso mundo de cavernas sito en las entrañas de Voormithadreth. Según decía una fábula, el dios Tsathoggua, enorme y perezoso, que había bajado de Saturno durante los años inmediatos a la creación de la Tierra, habitaba en algún lugar bajo la montaña de cuatro conos; y durante el rito de adoración practicado en sus altares negros, los devotos ponían gran cuidado para orientarse hacia Voormithadreth. Otros muchos seres, además de Tsathoggua, dormitaban bajo los volcanes extinguidos, pero de ellos nadie sabía nada, excepto los magos más cercanos a tales problemas.

Ralibar Vooz, con un desprecio total por lo sobrenatural, reconoció su escepticismo sin rodeos cuando oyó cómo sus monteros se regalaban mutuamente con semejantes historias y leyendas viejas. Juró empleando términos blasfemos que no había dioses ni arriba ni debajo de Voormithadreth. En cuanto a los propios voormis, consideraba que evidentemente se trataba de una especie degenerada, aunque no era necesario salirse de las leyes comunes de la naturaleza para explicarse su desarrollo y evolución. Constituían simplemente un residuo de una tribu primitiva y degradada de aborígenes, quienes, al hundirse cada vez más en el embrutecimiento, buscaron refugio en las fortalezas volcánicas a la llegada de los verdaderos hyperbóreos.

Algunos veteranos, ya canos, movieron sus cabezas y balbucieron protestas ante estas herejías; pero, a causa del respeto que sentían por el alto rango y proezas de Ralibar Vooz, no se arriesgaron a contradecirle abiertamente.

Después de numerosas horas de ascenso heroico, los cazadores llegaron a una distancia respetable de las cuevas. A sus pies quedaban ahora, en una amplia y turbadora perspectiva, las colinas frondosas y alegres, así como las fértiles llanuras de Hyperbórea. Se encontraban solos en un mundo de roca negra y desnuda, con innumerables precipicios y abismos por encima de sus cabezas, debajo de sus pies y alrededor. Inmediatamente encima, frente a un peñasco casi perpendicular, podían distinguirse tres bocas de cavernas, que tenían el aspecto de espitas volcánicas. La mayor parte del peñasco estaba cubierto con deslizante obsidiana, quedando pocos agarraderos. Parecía difícil que ni siquiera los voormis, ágiles como monos, pudieran trepar esa pared; Ralibar Vooz, después de estudiarla con ojo estratégico, decidió que el

único ataque posible a las guaridas tendría que ser desde arriba. Una grieta diagonal, que corría desde un saliente a sus pies hasta la cumbre, permitía que sus ocupantes entrasen y saliesen de sus moradas.

Sin embargo, en primer lugar fue necesario alcanzar el precipicio superior..., una hazaña ya de por sí llena de dificultades y peligro. En un lado del largo talud sobre el que se mantenían los cazadores se alzaba una chimenea todo lo alto de la pared, interrumpiéndose a unos treinta pies, y allí presentaba una superficie lisa y suave. Ascendiendo por la chimenea hasta su superficie superior, cualquier alpinista bueno podría lanzar su cordada con un gancho y sujetarla en el borde del precipicio.

La viabilidad de su proyecto se mejoraba con la presencia de un derrumbe de rocas procedente de las cuevas. Entre las piedras podían advertirse restos humanos, roídos y desgastados. Ralibar Vooz, animando en su odio contra los responsables de esas fechorías, así como por el ardor propio del cazador, encabezó la escalada con sus veintiséis seguidores. Pronto alcanzó el tope de la chimenea, donde un saliente apenas si permitía que se posase un pie. Después de intentarlo tres veces, consiguió enganchar la cuerda y comenzó a escalarla con el impulso de sus manos.

Pronto se encontró en un amplio contrafuerte, relativamente plano, y perteneciente al cono más bajo de Voormithadreth, cuya altura de dos mil pies le daba un aspecto de pirámide empinada. En el mismo contrafuerte, y frente a él, la piedra negra de lava estaba cortada en infinidad de aristas pequeñas y extrañas masas que parecían pedestales de columnas gigantescas. Hierbas secas y escasas, y flores alpinas marchitas, crecían aquí y allá sobre cuencas huecas de tierra negruzca; por último, algunos cedros mutilados o achaparrados habían echado raíces en la roca resquebrajada. Muy cerca del alcance de su mano, entre los riscos negros, subía un hilo de pálido humo, serpenteando grotescamente en el inmóvil aire del mediodía, alcanzando una altura increíble, donde tornaba a desaparecer. Dedujo Ralibar Vooz que el contrafuerte estaba habitado por alguien más cercano a la humanidad civilizada que los voormis, cuya ignorancia sobre el uso del fuego era absoluta. Sorprendido ante este descubrimiento, no esperó a que llegasen sus hombres y comenzó a investigar inmediatamente cuál sería el origen del serpenteante hilo de humo.

Había pensado que salía sólo a unos pasos de él, detrás de los grotescos surcos de lava. Pero evidentemente estaba equivocado; trepó un risco tras otro, rodeó muchos dólmenes y dolomitos que se elevaban inexplicablemente donde minutos antes contemplara ordinarios peñascos, y el pálido y sinuoso hilillo continuaba elevándose hacia el cielo desde idéntica distancia.

Ralibar Vooz, alto magistrado e indiscutible cazador de primera, estaba tan intrigado como irritado por el comportamiento del humo. Por otra parte, el aspecto de las rocas que le rodeaban le resultaba desconcertante, por no decir desagradablemente decepcionante. Estaba perdiendo demasiado tiempo en una exploración inútil y totalmente ajena al verdadero interés del día; pero tampoco iba con su naturaleza abandonar cualquier empresa, por trivial que fuese, antes de alcanzar su meta. Después de llamar con la trompa a sus hombres, quienes ya debían haber llegado a la cumbre, prosiguió su marcha hacia el escurridizo humo.

En una o dos ocasiones le pareció oír los gritos de respuesta de sus seguidores, muy débiles y confusos, como si llegasen a través de un abismo de una anchura de una milla. Volvió a llamar una vez más, pero en esta ocasión no obtuvo respuesta alguna. Al avanzar un poco más, comenzó a detectar entre las rocas que le rodeaban una especie de conversación murmurada en la que tomaban parte cuatro o cinco voces distintas. Al parecer se encontraban más cerca que el humo, el cual se había desvanecido como un espejismo. Una de las voces pertenecía sin lugar a dudas a un hyperbóreo, pero las otras

tenían un timbre y un acento que Ralibar Vooz no pudo asociar con ninguna rama o subdivisión de la humanidad, a pesar de su amplio conocimiento etnológico. Dichas voces le resultaban muy desagradables al oído, recordándole el zumbido de los insectos gigantes, el murmullo del agua y del fuego, y el choque del metal.

Ralibar Vooz emitió un iracundo grito para anunciar su llegada a cualquier persona que estuviese escondida entre las rocas. Sus armas y coraza chocaron clamorosamente, y rodó por encima de una picuda arista de lava, en dirección a las voces.

Levantándose, observó a sus pies una escena que le resultó tan misteriosa como insospechada. Debajo, en un hoyo circular, se elevaba una rústica cabaña de piedras, cuya techumbre era de ramas de cedro. Delante de la misma, sobre una gran plancha de obsidiana, ardía un fuego cuyas llamas eran azules, verdes y blancas alternativamente; del centro surgía la pálida y delgada espiral de humo, cuya situación se le había escapado en forma tan extraña.

Un hombre de edad avanzada, de aspecto dudoso y ajado, ataviado con una túnica no menos anticuada y deslucida que su dueño, se encontraba de pie cerca del fuego. Aparentemente no se dedicaba a ninguna labor culinaria; y en vista del sol tórrido, resultaba difícil pensar que necesitase el calor de las llamaradas de extraño colorido. Además de esta persona, Ralibar Vooz no pudo encontrar al resto de los participantes de la conversación que acababa de escuchar. Pensó ver sombras grotescas que se desvanecían alrededor del bloque de obsidiana; pero dichas sombras desaparecieron en un instante, y como no había nada ni nadie que hubiera podido apartarlas, Ralibar Vooz pensó que una vez más era víctima de una desagradable ilusión óptica, al parecer muy frecuentes en aquella zona de la montaña Voormithadreth.

El anciano contempló al cazador con fiereza y comenzó a increparle en un lenguaje fluido pero arcaico, a la vez que descendía hacia el hoyo. Al mismo tiempo, un pájaro con cola de lagarto y plumas tiznadas, perteneciente sin duda a alguna especie nocturna de los arqueopterix, comenzó a hincar su pico dentado, agitando sus alas terminadas en dedos, sobre la estela que le servía de percha. Dicha estela, que se encontraba muy próxima al fuego, en la parte izquierda, atrajo entonces la atención de Ralibar Vooz.

—¡Que las basuras de los demonios te cubran desde los talones hasta la coronilla! —gritó el descarado anciano—. ¡Desgraciado imbécil, has estropeado una evocación prometedor y importante. Cómo has llegado hasta aquí es algo que no puedo explicarme. He rodeado este lugar con doce círculos de ilusión, cuyo efecto se multiplica con sus miles de intersecciones; la probabilidad de que ningún intruso llegase nunca a encontrar el camino hasta mi morada era matemáticamente pequeña e insignificante. Maldito el azar que te condujo hasta aquí, porque aquellos a quienes has atemorizado y se han ido no regresarán hasta que las estrellas repitan una conjunción tan poco frecuente como rápida; y mientras tanto, es mucha la sabiduría que he perdido.

—¡Cómo, infame! —replicó Ralibar Vooz asombrado y enfurecido ante semejante recibimiento, cuyo significado no comprendía, excepto el hecho de que su presencia no era grata para el anciano—. ¿Quién eres tú para encararte con un magistrado de Commorión y primo del rey Homquat? Te recomiendo que doblegues semejante insolencia, ya que, si lo deseo, puedo darte caza como se la doy a los voormis. Aunque pienso que —añadió— tu pellejo es demasiado sucio y venenoso como para merecer un lugar entre mis trofeos de caza.

—Sabed que soy el brujo Ezdagor —resopló el anciano, cuya voz se reproducía en ecos sobre las rocas con una terrible sonoridad—. Por mi propia elección, he vivido alejado de ciudades y hombres; ni siquiera los voormis me molestan en mi retiro mágico. No me interesa si eres el magistrado de todos los marranos, o primo del rey de

los perros. Como pago por el encanto que me has destrozado, con tu desalmada intrusión, te voy a someter a una prueba dura, amarga y penosa.

—Habláis en términos de superstición desfasada —dijo Ralibar Vooz, quien a su pesar estaba bastante impresionado ante el pesado estilo oratorio empleado por Ezdagor, en sus diatribas.

—Pon atención, pues, a tu prueba, oh Ralibar Vooz —fulminó el brujo—. Porque en esta prueba tendrás que abandonar todas tus armas y penetrar desarmado en las guaridas de los voormis, y luchar con las manos con los voormis, sus mujeres y sus hijos. Debes llegar hasta esa cueva secreta en las entrañas de Voormithadreth, más allá de las guaridas, donde habita desde los tiempos de los eones el dios Tsathoggua. Reconocerás a Tsathoggua por su gran faja y su capa de murciélago, así como por el aspecto de sapo negro adormilado que siempre le ha caracterizado. No se levantará de su sitio, ni siquiera aunque rabie de hambre, sino que esperará con holgazanería que le llegue el sacrificio. Entonces, acercándote al Señor Tsathoggua, le dirás: “Yo soy la ofrenda de sangre que envía el brujo Ezdagor”. Y si le agrada, Tsathoggua se adueñará de la ofrenda.

”Para que no te pierdas, mi pariente, el pájaro Raphontis, te acompañará durante tu vagabundeo por la montaña y las cavernas —e indicó con un gesto muy peculiar al arqueopterix nocturno que reposaba sobre la estela de desagradable aspecto, añadiendo, como si se le acabase de ocurrir—: Raphontis permanecerá contigo hasta que realices la prueba y finalices tu viaje por las profundidades de Voormithadreth. Conoce los secretos del mundo subterráneo, así como las guaridas de los ancianos. Si nuestro señor Tsathoggua declinase la ofrenda de sangre o, generosamente, te enviase a sus hermanos, Raphontis está perfectamente preparado para conducirte a cualquier sitio que ordene el dios.

Ralibar Vooz no supo qué responder ante esta perorata llena de afrenta, incapaz de contestar adecuadamente. De hecho, no pudo articular palabra, como si la mandíbula se le hubiese paralizado. Es más, a su creciente terror y asombro vinieron a añadirse ciertos movimientos que por involuntarios resultaban alarmantes. Empujado por una sensación de pesadilla, junto con el horror de quien cree estarse volviendo loco, comenzó a despojarse de cuantas armas llevaba. Su escudo, su maza, su doble espada, su cuchillo de caza, su hacha y su cota de malla cayeron tintineantes ante el bloque de obsidiana.

—Te permito conservar el casco y la coraza —dijo Ezdagor cuando Ralibar se los iba a quitar—; si no mucho me temo que no llegarás a Tsathoggua, en el estado de integridad física adecuado para el sacrificio. Los dientes y las uñas de los voormis son tan afilados como voraz es su apetito.

Murmurando palabras inaudibles y emitiendo extraños ruidos, el mago se volvió hacia el fuego, dando la espalda a Ralibar Vooz, y comenzó a apagar las llamas tricolores con una mezcla de polvo y sangre que sacaba de un cuenco de cobre. No deseando despedirse de Ralibar, se mantuvo dando la espalda al cazador, mientras movió su mano izquierda hacia el pájaro Raphontis. Este último, desplegando sus alas y rechinando su pico en forma de sierra, abandonó su percha y se posó en el aire mientras fijaba perversamente un dorado ojo sobre Ralibar Vooz. Entonces, volando lentamente, con su largo cuello vuelto y manteniendo la vigilancia con su ojo inmóvil, el pájaro voló entre las aristas de lava hacia el cono en forma de pirámide de Voormithadreth; y Ralibar Vooz le siguió, llevado por un impulso que ni entendía ni podía resistir.

Era evidente que el demoniaco pajarraco conocía todos los vericuetos del complejo engañoso con que había rodeado su morada Ezdagor, ya que el cazador fue conducido con cierta irregularidad a través de la fortaleza encantada. Oyó el lejano griterío de sus

hombres, pero su propia voz se le antojó tan débil como la de un ratón cuando les respondió. Muy pronto se encontró en el fondo de un gran precipicio de la montaña superior, rodeada de entradas de cuevas. Era una zona de Voormithadreth que nunca había visitado con anterioridad.

Raphontis se elevó hacia la cueva más baja y permaneció en la entrada mientras Ralibar Vooz subía con dificultad detrás de él entre una montaña de huesos y raspadores con filtros de cristal, así como otros objetos de dudosa naturaleza arrojados por los voormis. Estos salvajes, primitivos y embrutecidos, decorando las cuevas con sus rostros y miembros repulsivos, saludaban los progresos del cazador en su ascenso con feroces gritos y cantidades ilimitadas de basura. Sin embargo, no molestaron a Raphontis, quedando claro que evitaban a toda costa herirle con sus misiles; no obstante, la vigilante presencia del pajarraco evitó que lograsen su propósito cuando Ralibar Vooz comenzó a acercarse a la guarida más próxima.

Debido a esta protección, el cazador pudo alcanzar la caverna sin haber recibido ninguna herida seria. La entrada de la misma era bastante estrecha, y Raphontis voló sobre los voormis abriendo el pico y batiendo las alas, obligándoles a retirarse hacia el interior mientras Ralibar afianzaba su pie en el friso de la entrada. Sin embargo, algunos se tiraron al suelo para permitir que pasase Raphontis; una vez hubo pasado el pájaro, se levantaron y asaltaron al commoriano mientras éste seguía a su guía hacia la fétida oscuridad de la caverna. Los voormis permanecían medio en pie, de manera que sus cabezas colgantes quedaban a la altura de sus muslos y caderas, mientras rugían como perros rabiosos, entonces se lanzaron a él, engancharo sus uñas de garfio en la cota de malla.

Al carecer de armas, luchó contra ellos de acuerdo con lo prescrito en la prueba, golpeando sus odiosas caras con su guantelete, poseído por una locura y frenesí impropios del ardor de un cazador. Sintió cómo sus uñas y dientes desgarraban la malla cuando lograba desasirse de ellos; pero en cuanto penetró un poco más en la cueva, otros se lanzaron sobre él, mientras las hembras se le enroscaban en las piernas como serpientes, y los pequeños le engancharon por los tobillos con dientes que apenas acababan de despuntar en sus tiernas encías.

Ante él, para que se guiase, oía el batir de las alas de Raphontis, y los roncos gritos, medio silbidos medio mugidos, que el pájaro emitía a intervalos. Pero la oscuridad y la hediondez le impedían avanzar; además, sus pies resbalaban continuamente sobre sangre y suciedad. Sin embargo, pronto comprendió que los voormis habían cesado en su ataque. La cueva se prolongaba en una pendiente, y comenzó a respirar un aire penetrante con olores irrespirables, acres y minerales.

Tanteando mientras se acostumbraba a una noche perpetua, y descendiendo una pendiente muy inclinada, llegó a una especie de vestíbulo subterráneo donde no había ni luz ni oscuridad. Podían percibirse los arcos de roca gracias a un destello oscuro parecido al que emite la luna cuando se oculta. Desde allí, y a través de grutas recónditas y golfos de difícil sorteo, fue conducido más abajo por Raphontis hacia el mundo que yace debajo del monte Voormithadreth. Por todas partes se advertía una luz tenue y sobrenatural, cuya procedencia no pudo determinar. Alas que, por su excesiva anchura, no podían pertenecer a murciélagos, revoloteaban sobre su cabeza; y a intervalos, en las umbrías cavernas, podía contemplar temibles bultos parecidos a los de esas termitas y reptiles gigantes que en tiempos pretéritos incendiasen la tierra; pero a causa de la poca luz, no pudo distinguir si se trataba de seres vivos o de formas caprichosamente adoptadas por la roca.

Ralibar Vooz se sentía terriblemente impulsado por la prueba a que le habían sometido; su mente se hallaba totalmente entumecida, y sólo sentía una especie de

miedo y asombro. Parecía como si su voluntad y sus pensamientos ya no le pertenecieran, sino que hubiesen pasado a formar parte de otra persona, desconocida. Se dirigía hacia una meta oscura pero predestinada, por una ruta oscura pero no desconocida.

Por fin, el pájaro Raphontis se paró revoloteando significativamente en una cueva que se diferenciaba del resto por una mezcla de olores si cabe aún peor. En un principio, Ralibar Vooz pensó que la cueva estaría vacía, y al adelantarse para unirse con Raphontis, tropezó con algunos restos que había por el suelo, pertenecientes al parecer a esqueletos humanos y de animales. Entonces, siguiendo la penetrante mirada del pajarraco, distinguió en un oscuro nicho el deforme bulto de una masa yacente. Dicha masa se movió casi imperceptiblemente cuando el cazador se aproximó, adelantando con increíble sopor una enorme cabeza con forma de sapo. Y la cabeza abrió los ojos, como si estuviera medio despierta, de forma que sólo pareciesen dos ranuras de fósforo sobre un rostro negro y sin cejas.

Ralibar Vooz percibió un olor de sangre fresca entre los muchos que sofocaban su nariz, y entonces quedó preso de pánico, ya que, al mirar hacia abajo, pudo ver sobre el suelo, ante el monstruo, los restos de algo que no era ni un hombre, ni una bestia, ni un voormi. Permaneció en pie dudoso, temiendo acercarse pero incapaz de retroceder. Amonestado por un silbido furioso del arqueopterix, que le golpeó en la espalda con su pico, avanzó hasta que pudo ver el oscuro pelaje del cuerpo yacente y la adormilada cabeza.

Poseído por un horror nuevo, y consciente de un terrible infortunio, oyó su propia voz que hablaba sin desearlo:

—Oh, Señor Tsathoggua, yo soy la ofrenda de sangre que envía el brujo Ezdagor.

La respuesta fue una ligera inclinación por parte de la cabeza de sapo; los ojos se abrieron un poco más, despidiendo luz en guiños viscosos a través de los arrugados párpados. Entonces, Ralibar Vooz creyó escuchar un ruido profundo, tormentoso; pero no sabía si procedía del aire enviciado o si eran cosas de su imaginación. Y el sonido cobró cuerpo, transformándose en sílabas y palabras:

—Gracias le sean dadas a Ezdagor por esta ofrenda. Pero como últimamente me he alimentado de una ofrenda rica en sangre, mi apetito está saciado por el momento, y no necesito de esta ofrenda. Sin embargo, bien puede ser que algunos de los Ancianos estén sedientos o hambrientos. Y dado que has llegado hasta aquí con una prueba que realizar, no sería justo que te fueses sin otra. En consecuencia, te someto a la siguiente prueba: deberás dirigirte hacia las profundidades, a través de las cavernas, hasta que llegues, después de mucho descender, al golfo que no tiene fondo, donde el dios—araña Atlach—Nacha teje sus telarañas eternas. Y una vez llegado, llamarás a Atlach—Nacha y le dirás: “Soy el obsequio que envía Tsathoggua”.

Oído esto, y con Raphontis como guía, Ralibar Vooz abandonó la presencia de Tsathoggua por otro camino distinto al que le había llevado hasta allí. El camino se hacía cada vez más y más inclinado, discurriendo a través de cámaras demasiado grandes para ser exploradas, y a lo largo de precipicios de cuyo negro fondo surgía el murmullo somnoliento y los opacos vapores de los mares subterráneos.

Por último, al borde de un abismo cuya lejana orilla se perdía en la oscuridad, el pájaro nocturno quedó inmóvil, nivelando las alas y dejando caer la cola. Ralibar Vooz se acercó al borde y vio que a intervalos había telarañas adheridas al mismo, cubriendo al parecer el golfo con sus múltiples encrucijadas y laberintos de gruesos hilos grises, como las maromas. Aparte de estos hilos, el abismo carecía de puente. En la lejanía, y sobre una de las telarañas, distinguió una forma oscura, tan grande como la de un hombre agachado, pero con miembros de araña. Entonces, como si estuviese dormido y

en medio de una pesadilla oyese algún sonido sobrenatural, escuchó a su propia voz gritar:

—¡Oh, Atlach—Nacha, yo soy el obsequio que te envía Tsathoggua!

la forma oscura corrió en su dirección con una rapidez increíble. Cuando estuvo cerca, pudo apreciar que había una especie de rostro en el agazapado cuerpo, oscuro como el ébano, y entre las numerosas patas plegadas. El rostro miró hacia arriba con una expresión de duda y de interrogación, y el terror corrió por las venas del intrépido cazador cuando sus ojos se cruzaron con los pequeños y astutos, rodeados de pelo, que le observaban.

Débil, aguda y penetrante como un punzón llegó hasta él la voz del dios—araña Atlach—Nacha.

—Me siento muy obligado y agradecido por este obsequio; pero como no hay nadie más que pueda servir de puente para este precipicio, y como se requiere una eternidad para realizar esta tarea, no puedo perder el tiempo extrayéndote esos curiosos pinchos de metal. Sin embargo, puede que para el antihumano brujo Haon—Dor, que habita en su palacio encantado más allá del golfo, puedas serle de algún uso. El puente que acabo de terminar llega hasta la entrada de su morada, y tu peso servirá para probar la resistencia de mi tejido. Ve, pues, con esta prueba: atraviesa el puente y preséntate ante Haon—Dor, diciendo: “Me envía Atlach—Nacha”.

Una vez pronunciadas estas palabras, el dios—araña se retiró de la telaraña y desapareció rápidamente de su vista a lo largo del borde del precipicio, para comenzar sin duda la construcción de un nuevo puente en algún otro punto lejano.

Aunque la tercera prueba le resultaba pesada y obligatoria, Ralibar Vooz siguió a Raphontis con desgana sobre las oscuras profundidades. El tejido de Atlach—Nacha resistió bajo sus pies, balanceándose suavemente; pero entre los ramales, en una insondable profundidad, creyó oír los tenues aleteos de dragones con alas terminadas en garras; y, como juegos de la oscuridad, temibles bultos indefinibles que parecían emerger y desvanecerse simultáneamente.

No obstante, su guía y él llegaron a la otra orilla del golfo, donde la telaraña de Atlach—Nacha se unía al último escalón de una gran escalinata. Esta última estaba custodiada por una serpiente enroscada cuyas escamas eran tan grandes como escudos, con un tamaño más grueso que el de un corpulento guerrero. La cornuda cola de esta serpiente tintineaba como unos platillos, adelantando una cabeza desagradable con largas y enormes fauces. Pero al ver a Raphontis retiró su cuerpo enroscado y permitió que Ralibar Vooz subiera la escalinata.

Entonces, para realizar la tercera prueba, el cazador penetró en el palacio de mil columnas de Haon—Dor. Extrañas y silenciosas surgían esas estancias excavadas en la gris roca madre de la Tierra. Por las mismas, paseábanse sin cesar formas de humo carentes de rostro, delante de estatuas que representaban a monstruos con cabezas de sirena. De las bóvedas pendían, como si colgasen de la noche, lámparas cuyas llamas ardían al revés, parecidas a la combustión de hielo y piedra. Un gélido espíritu de maldad, tan antiguo como el mismo mundo, invadía las estancias; y el terror y el miedo corrían por ellas como serpientes invisibles, desatadas del sueño.

Sorteando las laberínticas cámaras con la seguridad de quien está acostumbrado a sus tortuosidades, Raphontis condujo a Ralibar Vooz a una habitación con el techo muy alto y cuyas paredes describían un círculo roto por una puerta, por la que penetraron. La habitación estaba vacía de muebles, excepto por un sitial de cinco pilares que se elevaba a tal altura, a la vez que carecía de escaleras o acceso similar, que sólo un ser alado podía ocuparlo. Pero en el sitial estaba sentada una figura vestida de oscuro, cubriendo su cabeza y facciones en la oscuridad.

El pájaro Raphontis se detuvo significativamente delante del sitial columnado, y Ralibar Vooz, con gran sorpresa por su parte, oyó que su voz decía:

—Oh, Haon—Dor, Atlach—Nacha me ha enviado.

Y hasta que la voz no dejó de hablar no supo que era la suya.

Durante un largo rato pareció que el silencio se prolongaría interminablemente. La figura del sitial permanecía inmóvil. Pero Ralibar Vooz, al mirar las paredes que le rodeaban, observó que su anterior lisura se cubría de mil rostros, retorcidos como los de demonios enloquecidos. Las caras se abalanzaban al extremo de cuellos que se estiraban, y detrás de los mismos emergían pulgada a pulgada hombros y cuerpos deformes, que salían de la piedra avanzando hacia el cazador. Y bajo sus pies el suelo se veía enlosado con otros rostros que se retorcían constantemente, abriendo cada vez más sus bocas y ojos demoníacos.

Por último, la figura cubierta habló; y aunque las palabras no pertenecían a ninguna lengua mortal, a Ralibar Vooz le pareció entenderlas oscuramente:

—Mi agradecimiento a Atlach—Nacha por este envío. Si dudo es porque no estoy seguro de lo que puedo hacer contigo. Mis parientes, que se agrupan en las paredes y suelo de esta cámara, te devorarían al instante; pero sólo supondrías un aperitivo para tantos. En conjunto, pienso que lo mejor que puedo hacer es enviarte a mis aliados, el pueblo—serpiente. Se trata de unos destacados científicos, y quizá puedas proveerles con algún ingrediente especial para sus investigaciones químicas. Considera, pues, que te someto a una prueba, y dirígete a las cavernas donde residen las gentes—serpiente.

Obedeciendo estas instrucciones, Ralibar Vooz comenzó a descender a través de los estratos más oscuros del primer mundo subterráneo, debajo del palacio de Haon—Dor. Nunca le falló la guía de Raphontis, y pronto llegó a las cavernas donde los hombres—serpiente estaban ocupados en mil tareas distintas. Caminaban torpe y retorcidamente sobre miembros premamíferos, mientras sus cuerpos imberbes se inclinaban suavemente. Se oía un claro y constante murmurar de fórmulas mientras se movían de un lado para otro. Algunos se dedicaban a fundir el negro carbón de oro; otros soplaban la obsidiana derretida formando frascos y urnas; algunos más medían productos químicos; y el resto, por último, destilaban extraños líquidos y curiosos alcaloides. Dada su intensa preocupación, ninguno pareció advertir la llegada de Ralibar Vooz y su guía.

Después de que el cazador repitiese varias veces el mensaje que le había confiado Haon—Dor, uno de los hombres—serpiente terminó por reparar en su presencia. Dicho ser le observó con una mirada fría pero llena de curiosidad desconcertante, emitiendo acto seguido un sonoro silbido que se elevó por encima de los ruidos y de la conversación. Los demás hombres—serpiente cesaron inmediatamente en su trabajo y se congregaron en torno a Ralibar Vooz. Por el tono de sus palabras silbadas podía deducirse que discutían entre ellos. Algunos se acercaron al commoriano tocando su rostro y sus manos con sus fríos digitales llenos de escamas, tratando de investigar lo que llevaba debajo de su armadura. Le dio la sensación de que le estaban anatomizando con metódico detalle. Al mismo tiempo, pudo advertir que no prestaban atención a Raphontis, que se había encaramado en un amplio alambique.

Cuando hubo pasado un rato, algunos de los químicos se alejaron para volver inmediatamente, llevando entre ellos dos grandes jarros de cristal llenos de un líquido claro. En uno de ellos flotaba erguido un voormi tieso y bien desarrollado, mientras que en el otro podía observarse un perfecto ejemplar del adulto hyperbóreo, muy parecido al propio Ralibar Vooz, ambos del sexo masculino. Los portadores de estos ejemplares depositaron su carga al lado del cazador, y entonces comenzaron a deliberar sobre lo que sin duda era una erudita disertación sobre biología comparada.

Pero en este caso, las exposiciones fueron relativamente breves. Al final, los químicos reptiles regresaron a sus distintas tareas, llevándose los jarros. Entonces, uno de los científicos se dirigió a Ralibar Vooz en un lenguaje sibilante, pero bastante aproximado al humano:

—Ha sido muy generoso por parte de Haon—Dor el enviarte aquí. Sin embargo, como has podido comprobar, ya poseemos un ejemplar de tu especie; además, en el pasado hemos tenido ocasión de disecar otros ejemplares y aprender todo lo que puede aprenderse de esta forma de vida despiadada y aberrante.

”Por otro lado, dado que nuestra química se dedica casi exclusivamente a la producción de poderosos agentes tóxicos, no nos sirven para nada las vulgares materias que componen tu cuerpo. Carecen de valor farmacéutico. Por último, hemos abandonado los impuros alimentos naturales, y nos limitamos a consumir tipos sintéticos. En consecuencia, como puedes comprobar, no tienes cabida en nuestra economía.

”No obstante, puede que los Arquetipos te encuentren de utilidad. Por lo menos supondría una novedad para ellos, ya que ningún ejemplar de la evolución humana contemporánea ha descendido hasta ahora a su estrato. Por tanto, te pondremos bajo esa urgente e imperiosa forma de hipnosis que, en términos de brujería, es conocida como una prueba. Y, obedeciendo la hipnosis, descenderás a la caverna de los Arquetipos...

La región a que ahora se dirigía el magistrado de Commorión se encontraba a cierta distancia bajo los laboratorios. Comenzó a aumentar el calor del aire que llegaba de los golfos y de las grutas, desprendiéndose una humedad parecida a la de las zonas ecuatoriales. Una gran luminosidad, posiblemente anterior a la creación del sol, rodeaba todo.

El cazador pudo distinguir en su derredor, dentro de esa luz gruesa y semilíquida, las formas de las rocas, así como de una fauna y de una flora perteneciente a un mundo primitivo. Dichas formas eran tenues, inciertas, movibles, y compuestas de elementos deslavazados. Incluso en este extraño y más que dudoso terreno subterráneo, Raphontis parecía encontrarse a sus anchas, volando entre las raquílicas plantas y peñascos como si no tuviese problema en orientarse. Pero Ralibar Vooz, a pesar del hechizo que le estimulaba obligándole a avanzar, comenzaba a sentir el cansancio lógico después de su heroico y prolongado itinerario. Por otro lado, estaba alarmado ante la elasticidad del terreno, que se hundía bajo sus pies a cada paso como si caminase por una marisma, y de una inconsistencia alarmante.

A este desconcierto, pronto tuvo que añadir el hecho de haber llamado la atención de un enorme monstruo, cuyos rasgos parecían los de un tiranosaurio. Este último le persiguió entre los helechos y el musgo arquetípicos, dándole alcance después de cinco o seis saltos; inmediatamente, lo engulló con la rapidez de cualquier saurio posterior, perteneciente a la misma especie. Afortunadamente, la engullición no fue permanente, ya que el plasma del tiranosaurio, aunque muy opaco, era más astral que material; y Ralibar Vooz, protestando enérgicamente contra su confinamiento en semejante masa, sintió cómo las oscuras paredes cedían ante él, cayendo pronto al suelo.

Cuando hubo intentado por tres veces consecutivas devorarlo, el monstruo decidió que no era comestible. Se volvió, y regresó dando enormes saltos en busca de comestibles propios de su plano y materia. Ralibar Vooz continuó su descenso hacia la caverna de los Arquetipos; descenso en ocasiones interrumpido por los deseos alimenticios de alosaurios, pterodáctilos, pterandones, stegosaurios, y otros carnívoros primitivos.

Por último, siguiendo su experiencia junto a un persistente megalosaurio, pudo contemplar ante él a dos formas que vagamente le recordaban a las humanas. Sus

proporciones eran gigantescas, con cuerpos casi globulares, y en vez de andar parecía que flotaban. Sus rasgos, aunque tan difusos que casi parecían inexistentes, expresaban enemistad y odio. Se acercaron al commoriano, y éste pudo advertir que uno de ellos le hablaba. Su lenguaje consistía en sonidos ventrílocuos primitivos, pero aunque con dificultad, pudo entender su mensaje:

—Nosotros, los primeros seres de la humanidad, nos sentimos defraudados ante la vista de una copia tan burda y terriblemente degenerada del verdadero modelo. Te desheredamos con tristeza e indignación. Tu presencia aquí constituye una intrusión insoportable, y es obvio que no puedes ser asimilado ni siquiera por nuestros dinosaurios más desarrollados. Por ello, te sometemos a una prueba: marcha sin más tardanza de la caverna de los Arquetipos, y busca el estrecho golfo donde Abhoth, el padre y la madre de toda la suciedad cósmica, realiza su repugnante y eterna tarea. Consideramos que sólo eres digno de Abhoth, quien quizá te confunda con uno de los de su progenie, y te devore de acuerdo con la costumbre que le es habitual.

El fatigado cazador fue conducido por el incansable Raphontis a una profunda cueva en el mismo nivel que la de los Arquetipos. Posiblemente se tratase de un anexo de la última. De todas formas, allí el terreno era más firme, aunque el aire parecía más irrespirable. Ralibar Vooz hubiera recobrado un poco de su aplomo habitual, de no haber sido por las repugnantes criaturas que pronto se le aparecieron. Había cosas que sólo podía comparar con monstruosos sapos de una pierna, con gusanos gigantes con cola de sirena, y con lagartijas deformes. Llegaban arrastrándose a través de la penumbra en una procesión interminable, desplegando un sinfín de variaciones morfológicas a cada cual más repugnante. Al contrario de lo ocurrido con los Arquetipos, estaban formados a base de una materia sólida, y Ralibar Vooz sentía fatiga y náuseas por la constante necesidad de rechazarles con las piernas. Sin embargo, se sintió muy aliviado al observar que a medida que avanzaba estos desgraciados abortos de la naturaleza se hacían más pequeños.

La oscuridad que le rodeaba se hacía cada vez más densa gracias al vapor caliente y nauseabundo que se depositaba en su armadura, en su rostro y en sus manos. Cuando inhalaba aire para respirar, le penetraba un olor de una hediondez inimaginable. Tropezó y cayó sobre las suciedades reptantes a sus pies. Entonces, en el crepúsculo, vio que Raphontis se paraba, y bajo el pajarraco pudo distinguir una especie de charca rodeada de barro mezclado con obscenos deshechos; en la charca se movía una masa grisácea y horrible que casi la llenaba por completo.

Al parecer, era aquí donde se encontraba el origen de todas las deformaciones y abominaciones. La masa grisácea bullía, temblaba y se hinchaba constantemente; y de la misma, en una división múltiple, surgían las anatomías que se arrastraban por toda la gruta. Había cosas como piernas y brazos sin cuerpo que se escurrían por el musgo, cabezas que rodaban, estómagos erizados con espinas de pescado, y toda clase de deformaciones y monstruosidades que aumentaban de tamaño a medida que se alejaban de la proximidad de Abhoth. Aquellas que no nadaban hasta la orilla con suficiente rapidez cuando caían de Abhoth a la charca eran devoradas por bocas que se abrían en el cuerpo paterno.

En su asombro y cansancio, Ralibar Vooz se sentía incapaz de pensar, sobrecogido como estaba por el horror; de otro modo, se hubiera sentido avergonzado, ya que había llegado hasta aquí mandado por los Arquetipos, quienes sólo le consideraban digno de semejante mundo. Sus facultades estaban más muertas que vivas, y la voz que, lejana y distinta, anunciaba a Abhoth la razón de su llegada, no supo considerarla como suya.

No hubo respuesta; pero surgió un miembro, de entre la masa informe, que estirándose llegó hasta donde se encontraba Ralibar Vooz al pie de la charca. El

miembro se dividió en una mano plana y viscosa, y recorrió el cuerpo del cazador desde el pie hasta la cabeza. Después, cuando finalizó su cometido, se retiró rápidamente enroscándose en la penumbra junto con el resto de su progenie, lejos de Abthoth.

Esperando aún la respuesta, Ralibar Vooz sintió en su cerebro una sensación parecida a la de estar escuchando una conversación sin palabras ni sonidos. Traducido a un lenguaje humano, el mensaje fue el siguiente:

—Yo, Abthoth, el perverso de los dioses más antiguos, considero que los Arquetipos han demostrado tener un gusto dudoso al serme recomendado. Después de una inspección cuidadosa, no te reconozco como uno de mis parientes o de mi progenie; aunque admito que al principio casi me equivoco a causa de ciertas semejanzas biológicas. Eres totalmente ajeno a mi experiencia, y no me interesa poner en peligro mi digestión con artículos de dieta desconocidos.

”Quién eres o de dónde procedes, no lo sé; como tampoco puedo agradecer a los Arquetipos que me hayan molestado en la profunda y plácida fertilidad de mi existencia con un problema tan enojoso como el que me planteas. Vete pues, te conjuro. Existe un limbo yermo, y melancólico, y terrible, conocido como el Mundo Exterior, del que he oído hablar vagamente; creo que sería una meta bastante adecuada para tu viaje. Te someto a una urgente prueba: vete en busca del Mundo Exterior lo más rápidamente posible.

Al parecer, Raphontis se dio cuenta que al cazador le sería imposible físicamente realizar la séptima prueba que se le había impuesto; por eso le dirigió a una de las numerosas salidas de la gruta habitada por Abthoth, salida que le conducía a regiones totalmente desconocidas, enfrente de la caverna de los Arquetipos. Allí, y mediante gestos indicativos de alas y graznidos, el pájaro le indicó una especie de alcoba estrecha excavada en la roca. El nicho estaba seco y no parecía incómodo como lugar de descanso. Ralibar Vooz se alegró de poder descansar, y a medida que se le cerraban los ojos, tuvo la sensación de que sobre él caía una marea negra de sueño. Raphontis permaneció en guardia ante la entrada, golpeando con el pico a la deambulante progenie de Abthoth que intentaba asaltar al cazador dormido.

Como no existía ninguna diferencia entre noche y día en ese mundo subterráneo, no se podía medir con el método habitual el espacio de olvido disfrutado por Ralibar Vooz durante el sueño. Se despertó con el ruido de las alas batientes de Raphontis, que en su pico le presentaba un objeto poco atractivo, pero cuya anatomía se acercaba a la de un pez. Dónde y cómo había cazado esta criatura durante su constante vigilancia era algo más que dudoso, pero Ralibar Vooz llevaba demasiado tiempo en ayunas como para hacer ascos. Aceptó el desayuno, y lo devoró sin ceremonias.

Después, y de acuerdo con la prueba impuesta por Abthoth, reemprendió su marcha de regreso hacia el Mundo Exterior. La ruta escogida por Raphontis parecía ser un atajo. Se alejaba de la cueva de los Arquetipos, y de los laboratorios donde los hombres—serpiente se dedicaban a sus investigaciones toxicológicas. Fuera del itinerario quedaba igualmente el palacio encantado de Haon—Dor. Pero después de un ascenso largo y penoso a través de una región de desfiladeros solitarios, y por una especie de meseta subterránea, el viajero llegó una vez más al borde de ese larguísimo y desfondado abismo, cuyo único puente era la telaraña tejida por el dios—araña Atlach—Nacha.

Desde hacía algunos momentos había acelerado el paso a causa de la progenie de Abthoth, que desde un principio no dejara de perseguirle, aumentando cada vez más su tamaño, comparable ya al de los tigres y osos. Sin embargo, cuando se aproximó al puente, vio que un ser lento y enorme había comenzado a cruzar antes que él. Los cuartos traseros de dicho ser estaban plagados de ojos poco amistosos, y Ralibar Vooz

dudó por un instante acerca de su propia orientación. Como no deseaba seguirle muy de cerca, pisándole los talones, esperó a que el monstruo desapareciese en la oscuridad; mientras tanto, la descendencia de Abhoth le atacaba con ferocidad.

Raphontis, con graznidos amonestadores, revoloteaba frente a él, sobre la red gigante, viéndose el cazador obligado a apresurarse por los feroces hocicos acechantes de los monstruos negros que le perseguían. Debido a la precipitación, no pudo advertir que la red había perdido consistencia, y algunos ramales se habían roto o estaban flojos a causa del peso del monstruo. En cuanto vio la orilla opuesta del abismo, sólo pensó en alcanzarla, redoblando la velocidad de su paso. Pero en ese momento, la red cedió bajo sus pies. Se aferró desesperadamente a los ramales rotos que colgaban, sin poder evitar su caída. Con varios trozos del tejido de Atlach—Nacha entre sus dedos agarrotados, se precipitó en ese golfo donde nadie se había zambullido antes.

Desgraciadamente, semejante contingencia no estaba prevista en los términos de la séptima prueba.

Las Siete Pruebas, 1934
Hyperborea
Clark Ashton Smith
Trad. Guadalupe Rubio de Urquía
Colección Ciencia Ficción, 19
EDAF, 1978

EL EXTRAÑO CASO DE AVOOSL WUTHOQQUAN

CLARK ASHTON SMITH

— ¡Dame, dame, oh magnánimo y liberal señor de los pobres! —exclamó el mendigo.

Avoosl Wuthoqquan, el prestamista más rico y avaro de todo Commorión, y, en consecuencia, de todo Hyperbórea, fue sacado bruscamente de sus sueños por la voz aguda y quejumbrosa. Observó al pedigüeño con mirada airada y poco amistosa. Mientras caminaba hacia su casa aquella noche, sus meditaciones estaban espléndidamente repletas de metales brillantes y preciosos, de monedas y lingotes, de objetos de oro y de plata, llameantes gemas ensartadas en ristas, ríos y cascadas de piedras preciosas, todo ello llenando los cofres de Avoosl Wuthoqquan. Ahora la visión se había desvanecido, y esta voz desagradable e intrusa le imploraba una limosna.

—No tengo nada para ti —su tono era parecido al de un portazo.

—Sólo dos *pazoors*, oh ser generoso, y te echaré la buenaventura.

Avoosl Wuthoqquan contempló por segunda vez al mendigo. Nunca había visto a un ser tan miserable de entre todos los mendigos que conocía de sus correrías por Commorión. El hombre era muy anciano, y su piel, de un marrón muy oscuro, apenas visible, estaba plagada de arrugas que más bien parecían el entrelazado de alguna araña gigante de la selva. Sus harapos no eran menos fabulosos, y la barba que le caía se mezclaba con los mismos, como si se tratase del musgo que cubre el tronco de un junípero.

—No necesito tus predicciones.

—Sólo un *pazoor*, pues.

—No.

Los ojos del mendigo adquirieron un destello perverso y malvado en sus hundidas cuencas, comparables a las cabezas de víboras venenosas.

—Entonces, oh Avoosl Wuthoqquan —silbó—, te diré la profecía gratis. Ten cuidado de tu rareza: el amor excesivo y desnaturalizado que sientes por todos los bienes materiales, y tu consabida avaricia, te llevarán a una búsqueda extraña, conduciéndote irremisiblemente a un destino, donde ni el sol ni las estrellas te podrán ayudar. La opulencia oculta de la tierra te adulará, haciéndote creer que eres fuerte, hasta que por último te devore la propia tierra.

—Márchate —dijo Avoosl Wuthoqquan—. La rareza no es más que un mínimo misterio expresado en sus primeras cláusulas: la última de éstas es algo más platónico. No necesito que ningún mendigo me explique cuál es el vulgar destino de la mortalidad.

Ocurrió muchas lunas después, en ese año que para los historiadores preglaciares era conocido como el año del Tigre Negro.

Estaba Avoosl Wuthoqquan sentado en una cámara de techo bajo en su casa, que constituía su habitual lugar de trabajo. La habitación aparecía con una planta oblicua, a causa de la breve luz dorada de la puesta del sol, cuyos rayos penetraban por una ventana acristalada, iluminando una línea serpenteante de chispas multicolores en la lámpara enjorada que pendía de cadenas de cobre, y dando una vida luminosa a los tortuosos hilos de plata que brillaban en la penumbra. Avoosl Wuthoqquan, sentado en una sombra ambarina apartada de la luz, observaba con mirada austera e irónica al cliente, cuya faz morena y manto oscuro denotaban una gloria pasada.

El personaje era extranjero, y el usurero pensó que probablemente se tratase de un mercader llegado de reinos lejanos, o algún forastero de dudosa ocupación. Sus ojos alargados y oblicuos, de un verde opaco, su barba azulada y desaliñada, así como el corte de su triste vestidura, eran pruebas suficientes para atestiguar su identidad de extranjero.

—Trescientos *djals* es una suma fuerte —objetó pensativamente el prestamista—. Además, no os conozco. ¿Qué seguridad me podéis ofrecer?

El visitante sacó de su manto una bolsa pequeña de piel de tigre, y cerrada con un tendón; la abrió con destreza, y vació sobre la mesa de Avoosl Wuthoqqan dos esmeraldas sin tallar, de un tamaño considerable, y cuya pureza era tan perfecta como indiscutible. Del corazón de las piedras refulgía un fuego frío, como hielo verde, que se hacía más intenso cuando se unía a la luz del crepúsculo. En los ojos del usurero se había encendido una chispa avariciosa, pero habló fría e indiferentemente.

—Puede que me avenga a prestarle ciento cincuenta *djals*. Es difícil desembarazarse de las esmeraldas, y si no vuelve para recuperar las piedras y devolverme el dinero, todavía tendré ocasión de arrepentirme por mi generosidad. Pero correré el riesgo.

—El préstamo que pido es ínfimo comparado con su valor —protestó el extraño—. Déme doscientos cincuenta *djals*... Me han dicho que existen otros prestamistas en Commorión.

—Doscientos *djals* es el máximo que puedo ofrecer. Es cierto que las piedras no carecen de valor, pero podéis haberlas robado. ¿Qué sé yo? No tengo por costumbre hacer preguntas indiscretas.

—Tómelas —replicó apresuradamente el extranjero, aceptando las monedas de plata que Avoosl Wuthoqqan iba contando, sin mayores protestas. Al retirarse, el usurero le miró con sonrisa sarcástica, haciendo para sí sus propias conclusiones. Estaba seguro de que había robado las joyas, pero ni se preocupaba lo más mínimo por este hecho. No le importaba a quién habían pertenecido, ni cuál era su historia, sino que pasarían a formar parte de los valiosos cofres de Avoosl Wuthoqqan. Incluso la más pequeña de las dos esmeraldas habría sido barata a trescientos *djals*, pero el usurero no temía que el extranjero volviese a reclamarlas... No, se trataba sencillamente de un ladrón, contento de poder librarse de la evidencia de su culpa. En cuanto a la verdadera propiedad de las gemas, constituía un tema que en absoluto picaba la curiosidad del prestamista. Ahora le pertenecían a él, por virtud de la suma de plata que tanto él como el extranjero habían considerado tácitamente como un precio más que como un préstamo.

La luz del atardecer se desvanecía rápidamente de la habitación a la vez que el crepúsculo comenzó a dorar los bordados metálicos de las cortinas y los coloridos ojos de las piedras preciosas. Avoosl Wuthoqqan encendió la lámpara, y abriendo una pequeña caja fuerte reforzada sacó una resplandeciente ristra de joyas que depositó sobre la mesa junto a las esmeraldas. Había topacios pálidos y límpidos como el hielo procedentes de Mhu Thulan, y maravillosos cristales de turmalina llegados de Tscho Vulpanomi; fríos y escurridizos zafiros del norte, cuarzos rojos como sangra helada, y diamantes en cuyos corazones resplandecían estrellas blancas. El carmesí de los rubíes llameaba desde la pila de piedras, mientras que otras brillaban con ojos de tigre o lanzaban sus sombrías llamaradas a la luz de la lámpara entre los inquietos matices de los ópalos. También había esmeraldas, pero ninguna tan grande ni tan perfecta como las que había adquirido esa misma tarde.

Avoosl Wuthoqqan distribuyó las piedras en filas y círculos resplandecientes, al igual que hicieron en ocasiones anteriores, separando a un lado, como capitanes que conducen el escuadrón, todas las esmeraldas, incluidas las nuevas. Se sentía satisfecho con su adquisición, así como de sus cofres rebosantes. Contemplaba las joyas con un

amor avaricioso y una complacencia mezquina; sus ojos parecían puntos de jaspe incrustados en la cubierta de pergamino ahumado de cualquier libro viejo dedicado a la magia. Pensaba que sólo el dinero y las piedras preciosas eran cosas inmutables e imperecederas en un mundo de incesante cambio y fugacidad.

Llegado a este punto, sus reflexiones se vieron interrumpidas por un hecho singular. Repentinamente, y sin razón aparente, ya que ni las había tocado siquiera, las dos esmeraldas grandes comenzaron a rodar sobre la mesa de madera de *ogga*, alejándose de sus compañeras; y antes de que el sobresaltado prestamista pudiera adelantar la mano para pararlas, desaparecieron por el borde opuesto y cayeron con un amortiguado tintineo sobre el suelo alfombrado.

Semejante conducta no sólo era excéntrica y peculiar, sino además incomprensible; pero el usurero se levantó rápidamente con intención de recuperar sus joyas. Rodeó la mesa a tiempo de ver que habían continuado su misterioso rodar y se escapaban por la puerta abierta, semicerrada solamente por el extranjero. Dicha puerta se abría a un patio, el cual, a su vez, daba a las calles de Commorión.

Terriblemente alarmado, Avoosl Wuthoqqan estaba más preocupado ante la perspectiva de perder sus esmeraldas que por la misteriosa desaparición de las mismas. Las persiguió con una agilidad, de la que muchos le hubieran creído incapaz, y abriendo la puerta vio cómo las esmeraldas fugitivas rodaban suave y rápidamente a través de las toscas e irregulares piedras del patio. El crepúsculo se convertía en una azulada luz nocturna; pero las joyas despedían destellos fosforescentes que permitían su persecución. Perfectamente visibles en la oscuridad, pasaron a través del portillo abierto que daba a la avenida principal, y desaparecieron.

Pensó Avoosl Wuthoqqan que las joyas estaban embrujadas; pero no estaba dispuesto a ceder, ni siquiera ante un desconocido embrujamiento, nada por aquello que había pagado la desorbitante suma de doscientos *djals*. Alcanzó la calle a grandes zancadas y se paró el tiempo suficiente para cerciorarse de la dirección tomada por las esmeraldas.

La avenida, tenuemente iluminada, estaba casi desierta, ya que a esa hora los dignos ciudadanos de Commorión se hallaban entregados a la consumición de su almuerzo vespertino. Las joyas, alcanzando celeridad en su huida, galopaban hacia la izquierda, en dirección de los suburbios más humildes, y de la jungla salvaje que se extendía más allá. Avoosl Wuthoqqan observó que tendría que acelerar considerablemente su paso si quería alcanzar las piedras.

Respirando fatigosa, pero valientemente, por el infrecuente ejercicio, reanudó la persecución; pero a pesar de todos sus esfuerzos las joyas seguían corriendo la misma distancia, precediéndole con una facilidad enloquecedora, tintineando musicalmente de cuando en cuando sobre el pavimento. El asombrado y enfurecido usurero comenzó a perder aliento; obligado a reducir su carrera, temió perder de vista las gemas. Pero por extraño que pareciese, se adaptaron a su propio paso, reduciendo a su vez la rapidez, y manteniendo siempre la misma distancia.

La desesperación del prestamista iba más en aumento. La huida de las esmeraldas le conducía a un barrio de las afueras donde habitaban los ladrones, asesinos y mendigos de Commorión. Se cruzó con algunos transeúntes, de aspecto poco respetable, que contemplaron estupefactos el paso de las piedras, sin hacer ningún esfuerzo para pararlas. Pronto comenzaron a ser más pequeñas las execrables casas por donde pasaba, quedando espacios cada vez más grandes entre las mismas; al cabo de un rato, sólo quedaban algunas chozas dispersas, con luces furtivas que resplandecían en la oscuridad bajo la fronda de altas palmeras.

Pero perfectamente visibles aún, y brillando con un resplandor irónico, las joyas huyeron ante él por la oscura carretera. Sin embargo, tenía la sensación de que poco a poco les iba dando alcance. Sus débiles piernas y su cuerpo arrugado se desvanecían de cansancio, pero siguió su carrera empujado por una fe renovada y jadeante de avaricia. Una luna llena, grande y ambarina, apareció por encima de la jungla e iluminó su camino.

Ahora Commorión quedaba muy lejos detrás de él, y ya no se veían más cabañas al borde de la solitaria ruta del bosque. Tembló por un instante, debido al miedo o al aire frío de la noche, pero no cesó la persecución. Se acercaba a las esmeraldas, lenta pero definitivamente, y pensó que pronto las tendría de nuevo en su poder. Tan absorto se encontraba en su extraña caza, que no advirtió que ya no se encontraba en una carretera. En algún momento, y en algún lugar, había tomado un camino estrecho que discurría entre árboles monstruosos cuyo follaje cambiaba el color de la luz de la luna al del mercurio con destellos de ébano. Agazapándose en una actitud amenazante y grotesca, como reptiles gigantes parecían rodearlo por todas partes; pero el prestamista no se daba cuenta de sus amenazas, ni temía la siniestra soledad del camino, como tampoco el hedor que despedían los árboles a cuyos pies parecían existir charcas invisibles.

Cada vez se encontraba más cerca de las piedras, hasta que de repente se pusieron rápidamente fuera de su alcance, volviéndose a mirarle como si fueran dos ojos verdes y brillantes, atractivos e irónicos. Entonces, cuando estaba a punto de abalanzarse en un último y supremo esfuerzo por coger las esmeraldas, éstas se desvanecieron bruscamente, como si se las hubieran tragado las sombras del bosque, que como serpientes pitón jalonaban el camino iluminado por la luna.

Intrigado y desconcertado, Avoosl Wuthoqqan se paró y registró asombrado el lugar por donde habían desaparecido. Vio que el sendero terminaba en la boca de una cueva, que se abría en el silencio y en la oscuridad ante él, conduciendo sin duda a profundidades subterráneas desconocidas. Parecía una caverna poco recomendable, dentada con piedras picudas y barbada con hierbas extrañas; Avoosl Wuthoqqan hubiera dudado mucho antes de entrar, de haber ocurrido en otras circunstancias; pero en ese momento sólo sentía el impulso del fervor de la persecución y el acicate de la avaricia.

La caverna que se había tragado sus esmeraldas consistía en una rampa inclinada que descendía suavemente hacia la oscuridad. Era larga y estrecha, y resbaladiza; pero el prestamista se animó al distinguir en la lejanía las joyas relucientes, que parecían flotar más abajo, en plena oscuridad, como si iluminasen su camino. Después de la rampa, llegaron a un corredor nivelado y tortuoso, donde Avoosl Wuthoqqan casi da alcance a su huidiza propiedad, renaciendo la esperanza en su pecho anhelante.

Casi podía tocar las esmeraldas, cuando con una rapidez asombrosa se escurrieron de sus garras perdiéndose por un ángulo brusco del corredor; al intentar seguir las no pudo moverse, como si se lo impidiese una mano irresistible. Durante unos instantes quedó cegado por la luz pálida, azulada y misteriosa que se desprendía del techo y paredes pero pronto la ceguera se convirtió en deslumbramiento ante el esplendor multicolor que llameaba, y relucía, y destellaba, y chispeaba a sus propios pies.

Se hallaba sobre una estrecha losa de piedra, y toda la cámara ante él, llegando casi hasta el nivel de la losa sobre la que se encontraba, estaba llena de joyas como si fuera un granero lleno de grano. Como si todos los rubíes, ópalos, beriles, diamantes, amatistas, esmeraldas, crisólitos y zafiros del mundo hubieran sido reunidos para arrojarlos a un inmenso pozo. Creyó ver sus propias esmeraldas descansando tranquilamente en un montón cercano a la gran masa, pero había tantas otras del mismo tamaño y pureza que no podía estar seguro.

Durante largo rato no pudo dar crédito a la maravillosa visión. Entonces, con un único grito de éxtasis, dio un salto desde la losa para hundirse hasta las rodillas en aquellas piedras tintineantes, movibles y abrumadoras. Cogía las piedras llameantes a puñados, y dejaba que corriesen entre sus dedos, despacio y voluptuosamente, para caer con suavidad sobre el gigantesco montón. Pestañeando de felicidad, contemplaba las luces y colores majestuosos correr como cadenas deslumbrantes, arder como carbones y estrellas, y destellar como si se incendiasen mutuamente.

Nunca, ni siquiera en sus sueños más atrevidos, podría haberse imaginado el usurero semejantes riquezas. Balbució en voz alta en una rapsodia de felicidad, sin darse cuenta, por ello, que a cada movimiento se hundía más y más en el insondable pozo. Las joyas le llegaban más arriba de la rodilla, y hasta que no presionaron sus flácidos muslos, tan poseído estaba por su propia avaricia, que no advirtió ningún peligro.

Entonces, alarmado ante el hecho de que se hundía en la recién descubierta riqueza, como si fuera arena movediza, intentó salir y volver a la losa de piedra. Todo fue en vano, pues las piedras cedieron bajo sus pies, y no sólo no avanzaba, sino que seguía hundiéndose, hasta que la montaña movable le llegó hasta la cintura.

El miedo comenzó a invadir a Avoosl Wuthoqqan dentro de la ironía intolerable de su situación. Gritó, y a modo de respuesta recibió una carcajada estruendosa y perversa desde las profundidades de la caverna. Retorciendo el cuello con un esfuerzo doloroso, para poder escudriñar por encima de su hombro, vio a un ser de lo más peculiar, agazapado en una especie de estantería por encima del pozo de joyas. Dicho ser era deforme y repugnante, y distaba mucho de ser humano; no se parecía a ningún animal, ni a ninguno de los dioses o demonios conocidos en Hyperbórea. Además, su aspecto no ayudaba a disminuir la alarma y pánico del prestamista, ya que era grande, y pálido, y achaparrado, con cara de sapo, cuerpo hinchado y numerosas aletas o apéndices. Reposaba tendido sobre la estantería, dejando caer su cabeza sin barbilla y con una enorme boca por encima del pozo, contemplando oblicuamente con ojos fríos y sin párpados a Avoosl Wuthoqqan. Tampoco se tranquilizó el usurero cuando comenzó a hablar en un tono grueso y desagradable, como si fuera el ruido de cadáveres bullendo en la olla de un mago.

—Ah, pero ¿a quién tenemos aquí? —dijo—. Por el altar negro de Tsathoggua, pero si es un gordo prestamista, pataleando en mis joyas como un cerdo en la cochiguera.

—¡Ayúdame! —gritó Avoosl Wuthoqqan—. ¿No ves que me estoy hundiendo?

Y el ser volvió a carcajearse vulgarmente.

—Sí, ya veo tu situación, desde luego... Y, ¿qué haces aquí?

—Vine en busca de mis esmeraldas, dos piedras maravillosas y sin defecto alguno por las que acabo de pagar la suma de doscientos *djals*.

—¿*Tus* esmeraldas? —dijo el ser—. Mucho me terno que debo contradecirte. Las joyas me pertenecen. Me fueron robadas hace tiempo de esta cueva, en la que, desde hace muchos siglos, reúno y guardo mi riqueza subterránea. El ladrón se asustó... cuando me vio... y le dejé partir. Sólo había tomado las dos esmeraldas, y yo sabía que éstas volverían a mi, como lo hacen todas mis joyas cuando yo las llamo. El ladrón era delgado y huesudo, e hice bien en dejarle marchar, pues ahora, en su lugar, tengo a un usurero gordo y bien alimentado.

Preso de un temor creciente, Avoosl Wuthoqqan no pudo comprender estas palabras, ni captar su significado. Poco a poco, se había hundido cada vez más en la pila movediza, mientras las piedras verdes, amarillas, rojas y violáceas brillaban triunfales en su pecho y tintineaban bajo sus brazos.

—¡Socorro! ¡Socorro! —suplicó—. ¡Me ahogarán!

Sonriendo sarcásticamente, y enseñando la punta de una lengua blanca y gruesa, el extraño ser se deslizó de la estantería con la facilidad de un reptil y extendiendo su cuerpo plano por las piedras preciosas, en las que se hundió, se situó de forma que podía alcanzar al usurero con sus miembros de pulpo. Le rescató con un gesto de increíble rapidez. Entonces, sin pausa, ni preámbulos, ni más comentarios, comenzó a devorarlo tranquila y metódicamente.

El Extraño Caso De Avoosl Wuthoqqan, 1932

Hyperbórea

Clark Ashton Smith

Trad. Guadalupe Rubio de Urquía

Colección Ciencia Ficción, 19

EDAF, 1978

LA SIBILA BLANCA

CLARK ASHTON SMITH

Thortha, el poeta, con canciones extrañas y australes en su corazón, y el tostado de un sol alto y brillante sobre su rostro, volvía a su ciudad natal de Cerngoth, en Mhu Thulan, por el mar de Hyperbórea. Había llegado muy lejos en su búsqueda de la belleza exótica, que siempre se le había escapado como el horizonte. Más allá del Commorión de blancas e incontables torres, y más allá de las junglas y marismas al sur de Commorión, había bajado por numerosos e indefinibles ríos y cruzado el reino semilegendario de Tscho Vulpanomi, en cuyas playas las arenas de diamantes y piedras de rubíes se decía que rugía un océano candente de espuma abrasadora.

Había contemplado muchas maravillas, cosas imposibles de relatar; los monstruosos dioses esculpidos del Sur, sobre los que se rociaba sangra desde unas torres que llegaban casi hasta el sol; el plumaje de los *huusim*, de varios metros de longitud y de color de fuego; los monstruos de los pantanos australes, las orgullosas naves de Mu y de Antillia, que se movían como por encanto, sin remos ni vela; las cumbres humeantes constantemente sacudidas por las luchas de los demonios encerrados. Pero caminando al mediodía por las calles de Cerngoth, se encontró ante una maravilla más exótica aún que las anteriores. Sin buscarlo, y pensando únicamente en cuestiones caseras, contempló a la Sibila Blanca de Polarión.

No sabía de dónde había salido, pero de repente la vio delante de él. Entre las delgadas muchachas de Cerngoth, con su pelo rojizo y ojos de un azul casi negro, parecía una aparición llegada de la Luna. No sabía lo que era, diosa, fantasma, o mujer, pero pasó rápidamente y desapareció. Se trataba de una criatura de nieve y luz septentrional, con ojos que parecían piscinas de luna y labios tan pálidos como su frente. Su túnica era de un tejido tan blanco, tan puro y tan etéreo como su propia persona.

Preso de una admiración indescriptible, Tortha contempló al ser milagroso, manteniendo por un instante la extraña luz de sus gélidos ojos, donde creyó encontrar algo familiar, como si una divinidad oculta durante mucho tiempo apareciese por fin ante su adorador.

Sin saber cómo, parecía traer consigo la soledad infranqueable de los lugares lejanos, el murmullo profundo como la muerte de las mesetas y montañas solitarias. A medida que avanzaba, caía un silencio parecido al de las ciudades abandonadas, por las animadas y pobladas calles, y la gente se retiraba a su paso, admirada. Antes de que el silencio estallase en mil murmullos, Tortha ya había adivinado su identidad.

Supo que había visto a la Sibila Blanca, ese ser misterioso que, según los rumores, aparecía y desaparecía de las ciudades de Hyperbórea. Nadie conocía su nombre, ni su nacionalidad, pero se decía que descendía como un espíritu de las montañas nevadas al norte de Cerngoth, de los desiertos de Polarión, donde los glaciares invadían valles que antaño fueran fértiles en helechos, y puertos que en otros tiempos fueran autopistas con mucho tráfico.

Nunca se había atrevido nadie a acosarla o seguirla. Venía y se iba con frecuencia, en silencio; pero a veces, en los mercados y plazas públicas, profería oscuras profecías y daba noticias sobre el destino. En muchos lugares, a través de Mhu Thulan y el centro de Hyperbórea, había predicho que las capas de hielo, que descendían gradualmente del polo, cubrirían el continente en edades futuras, enterrando para siempre las palmeras gigantes de las selvas y los soberbios pináculos de las ciudades. Y en la gran

Commorión, entonces la capital, había profetizado un extraño destino que se cumpliría mucho antes de la llegada de los hielos. Por donde iba, los hombres la temían, considerándola como mensajera de los dioses extranjeros y desconocidos, que habitaban en una belleza sobrenatural.

Todo esto lo había oído Tortha muchas veces, asombrándose un tanto ante el relato, pero desechándolo pronto de su mente, cargada como estaba de maravillosos recuerdos de cosas exóticas. Pero ahora que había visto la Sibila tenía la sensación de que se le ofrecía una revelación insospechada: como si hubiera distinguido, breve y lejana, la oculta meta de su peregrinación mística.

Con esa sola mirada había encontrado la personificación de todos los ideales vagos y deseos que le habían llevado de país en país. Aquí estaba lo indefinible que con tanto ahínco había buscado en pechos y aguas extrañas, más allá de los horizontes coronados por montañas que escupían fuego. Aquí se encontraba la estrella velada, cuyo nombre y resplandor nunca conociera. Los fríos ojos de la Sibila habían encendido un extraño amor en Tortha, para quien el amor sólo había sido, hasta entonces, una agitada pasión de los sentidos.

Sin embargo, en esta ocasión no se le ocurrió que podía seguir a la visitante, o indagar más acerca de ella. Por el momento, se contentaba con la extraña visión que caldeaba su alma y perturbaba sus sentidos. Soñando sueños en los que la Sibila se movía como una llama con forma de mujer por caminos demasiado lejanos y pendientes para los pies humanos, regresó a su casa en Cerngoth.

Los días siguientes pasaron rápida y soñadoramente para Tortha, cuyo recuerdo estaba aún totalmente ocupado por la reciente aparición blanca. Una loca fiebre de uranio se apoderó de su alma, junto con el íntimo conocimiento de que perseguía un imposible. Lentamente, para entretener las largas horas, se dedicó a copiar las poesías que escribiera durante su viaje, o a hojear sus manuscritos de adolescencia. Ahora, todos le parecían carentes de significado, como las hojas secas de un año que ya ha terminado.

Sin que Tortha lo propusiera, tanto sus criados como las visitas que recibía le hablaron de la Sibila. Decían que casi nunca entraba en Cerngoth, apareciendo con más frecuencia en ciudades alejadas de los desiertos helados de Polarión. Era cierto que no se trataba de un ser mortal, ya que había sido vista el mismo día en lugares distanciados entre sí por cientos de millas. A veces, los cazadores la sorprendían en las montañas al norte de Cerngoth; pero en cuanto los veía desaparecía, como el vaho de la mañana que se desvanece entre los riscos.

El poeta escuchaba con actitud ausente y preocupada, pero a nadie habló de su amor. Sabía muy bien que sus familiares y amigos considerarían esta pasión como una locura pasajera, y no como el ansia juvenil que le impulsara a recorrer tierras desconocidas. Ningún amante humano había osado pretender a la Sibila, cuya belleza era de una peligrosa brillantez, semejante al meteoro o a la bola de fuego; una belleza fatal y mortífera, nacida de los golfos transárticos, y en cierto modo víctima de los lejanos destinos del mundo.

Como la marca del hielo o de la llama, su memoria ardía en Tortha. Hojeando sus olvidados libros, o caminando sumido en un ensueño impenetrable, tenía siempre ante sí la radiante palidez de la Sibila. Creía oír un susurro que llegaba desde las soledades boreales: un murmullo de una dulzura etérea, pero cortante como el aire polar, palabras sonoras y sobrenaturales, que hablaban de horizontes vírgenes y heladas auroras lunares sobre continentes inaccesibles para el hombre.

Pasaron los largos días de estío, durante los cuales bajaban los campesinos a Cerngoth para comerciar sus pieles y patos salvajes³, mientras las colinas que rodeaban la ciudad se engalanaban con flores bermellón y de un brillante azul. Pero no volvió a aparecer la Sibila en Cerngoth, ni nada se supo de ella en otras ciudades. Al parecer, habían cesado sus visitas, como si después de transmitir las noticias encomendadas por los dioses no apareciese más en los ámbitos de la humanidad.

Dentro de la desesperación que le motivaba su pasión, Tortha había anidado la esperanza de volver a verla. Poco a poco esta esperanza se hizo cada vez más débil, aunque su ansiedad no disminuyó. Durante sus paseos cotidianos se adentraba cada día más en los campos, abandonando la casa y las calles, y encaminando sus pasos hacia las montañas que se elevaban dominando la ciudad de Cerngoth, y cuyos picos helados custodiaban la meseta cubierta de glaciares de Polarión.

Cada día ascendía un poco más las laderas de las colinas, elevando su mirada hacia los riscos de donde se decía descendía la Sibila. Se sentía atraído por un oscuro mandato, pero durante un tiempo no tuvo el valor de obedecer a la llamada, regresando inmediatamente a Cerngoth.

Llegó un día en que subió hasta una colina desde donde se divisaba la ciudad, cuyos tejados parecían conchas al lado de un mar en el que las olas se habían convertido en una planicie suave de color turquesa. Estaba solo en un mundo de flores: el manto frágil que el verano había extendido a los pies de los picos desnudos. El césped descendía suavemente por todas partes, formando alfombras de vivos colores. Incluso los arbustos salvajes presentaban sus brotes frágiles y teñidos de sangre, armonizando con los precipicios y riscos arrasados por verdaderos jardines colgantes.

Tortha no se había encontrado a nadie, ya que hacía rato que abandonara el camino seguido por los montañeses cuando bajaban a la ciudad. Una extraña llamada, que parecía incluir una promesa por nadie formulada, le había conducido hasta esta elevada pradera, desde donde discurría un torrente cristalino entre cascadas de flores, en su búsqueda del mar.

Pálidas, diáfanas bajo el sol, flotaban algunas nubecillas hacia las cúspides, mientras los majestuosos halcones dirigían su vuelo hacia el mar, sobre anchas alas rojas. De las flores que yacían a sus pies subía un perfume denso, como incienso litúrgico, mientras que la penetrante luminosidad ofuscaba sus sentidos; y Tortha, cansado por la larga caminata monte arriba, sufrió un desmayo momentáneo, preso de un extraño vértigo.

Al volver en sí vio ante él a la Sibila Blanca, de pie entre las flores rojas como la sangre, y etérea como una diosa de la nieve envuelta en velos de color luna. Sus ojos pálidos, inyectando pasiones heladas en sus venas, le observaban enigmáticamente. Con un gesto de la mano, que resplandecía como la luz de lugares inaccesibles, le hizo ademán de seguirle, y volviéndose comenzó a subir por la ladera encima de la pradera.

Tortha se olvidó de su cansancio, de todo, salvo de la belleza celestial de la Sibila. Ni siquiera se preguntó acerca del encantamiento que le subyugaba, ni del éxtasis que inundaba su corazón. Sólo sabía que se le había vuelto a aparecer, llamándole; y la siguió.

Pronto las colinas se hicieron más empinadas frente a los imponentes riscos, apareciendo cadenas de piedras desnudas entre el gran manto florido. Sin esfuerzo alguno, ligera como el humo, la Sibila ascendía delante de Tortha. No pudo acercarse a ella, y aunque a veces aumentaba la distancia que los separaba, nunca perdió de vista su figura luminosa.

³ Se trata de una especie de patos o ánades que habitan exclusivamente las regiones septentrionales, y cuya carne es suave y sabrosa (*N. del T*)

Se encontraba ahora entre quebradas negras y escarpados salvajes, donde la Sibila parecía nadar como una estrella en las sombras de los abismos. Las feroces águilas de la montaña chillaban sobre la cabeza del poeta, contemplando su ascenso mientras revoloteaban sobre sus nidos. El goteo frío de arroyuelos que nacen en los glaciares perpetuos le salpicaba desde arriba, y bruscos abismos se extendían a sus pies con un rugido hueco de agua que caía vertiginosamente a las profundidades.

Tortha sólo sentía una emoción parecida a la que impulsa a la mariposa a seguir un punto de luz. No sabría decir cuál era la razón y meta de su búsqueda, ni tampoco la fruición del extraño amor que le obligaba a continuar. Olvidando la fatiga mortal, el peligro y el desastre a que se exponía, sintió el delirio de un ascenso loco hacia alturas sobrehumanas.

Superando barrancos salvajes y angostos escarpados, llegó hasta un elevado paso que antaño uniera Mhu Thulan con Polarión. Entre paredes de roca erosionada discurría un viejo camino agrietado y derruido, parcialmente bloqueado por restos de torres de vigía derrumbadas. Más abajo del paso, como si fuera un enorme dragón de hielo, surgía el primer glaciar boreal para dar la bienvenida a la Sibila y a Tortha.

Junto con el extraño ardor de su ascenso, el poeta advirtió un repentino frío que rozaba el mediodía. Los rayos del sol eran tenues y carecían de calor, mientras que las sombras eran tan oscuras como las profundidades de las tumbas excavadas en excavadas en el hielo ártico. Una película de nubes ocre, que se deslizaban con rapidez mágica, barrieron el día oscureciendo el cielo como si lo hubieran cubierto con una telaraña polvorienta, hasta que el sol pudo penetrarlo con sus rayos pálidos y sin vida, como una luna de diciembre. El cielo que se extendía más allá del horizonte quedó encerrado por una cortina espesa y gris.

Más pálida y luminosa en contraste con las oscuras nubes, la Sibila se apresuró como fuego volador atravesando la neblina, hacia el almenado hielo del glaciar.

Tortha trepó por una ladera de hielo que se deslizaba de Polarión. Había alcanzado la cumbre del paso y pronto llegaría a la meseta que se extendía más allá. Pero cual tormenta invocada por brujería, le caía de repente la nieve formando torbellinos espectrales y nubes cegadoras. Llegó como un vuelo incesante de suaves y anchas alas, o los larguísimos cuerpos de dragones difusos y pálidos.

Durante algún tiempo todavía pudo distinguir a la Sibila, como quien ve el tenue resplandor de una lámpara sagrada a través de las cortinas del altar en algún templo. La nieve entonces se hizo más gruesa, hasta que dejó de ver el resplandor, sin saber si aún estaba en el paso de altos muros o perdido en alguna llanura de nieves perpetuas.

Se debatió buscando aire en la cargada atmósfera. El fuego blanco, que hasta entonces le había animado, se deshacía ahora en sus helados costados. El fervor y la exaltación se apagaron, para dar paso a una oscura fatiga, un atontamiento que invadía todo su ser. La brillante imagen de la Sibila se reducía a una estrella sin nombre, que, junto con todo lo que había conocido o soñado, pasaba a un gris olvido...

Tortha abrió los ojos ante un mundo extraño. No sabía decir si se había caído y muerto en la tormenta, o tropezado con algo oculto en la nieve: lo cierto es que a su alrededor no quedaban restos de las avalanchas, ni de las montañas de glaciares.

Se encontraba en un valle que bien pudiera ser el corazón de cualquier paraíso boreal, un valle que con seguridad no formaba parte de la desierta Polarión. A su alrededor el césped estaba materialmente atestado de flores, con un delicado y pálido matiz, como un arco iris lunar. Sus delicadas formas eran las de los capullos de nieve y rocío, dando la sensación de que al menor contacto se derretirían, desapareciendo.

El cielo que cubría el valle no era el de Mhu Thulan, bajo y de color turquesa. sino difuso, soñador, lejano, y lleno de una violescencia infinita, como la frontera de un

mundo más allá del tiempo y del espacio. Había luz por todas partes, pero Tortha no vio ningún sol en la bóveda límpida de nubes. Era como si el sol, la luna y las estrellas se hubieran mezclado en tiempos remotos, para disolverse en una luminosidad eterna.

Altos y delgados árboles, cuyo follaje de un verde lunar estaba cargado de delicados capullos, parecidos a los del césped, crecían en arboledas y frondas por encima del valle, y a lo largo del margen de un río de tranquilo curso, que se perdía en un horizonte infinito.

Tortha advirtió que no proyectaba ninguna sombra sobre el campo florido. los árboles carecían igualmente de sombras, ni tampoco se reflejaban en las transparentes aguas. No había viento que moviese las ramas cargadas de flores, o perturbase los innumerables pétalos que destacaban entre la yerba. Un silencio sepulcral parecía dominarlo todo, como el susurro de algún destino sobrenatural.

Lleno de asombro, pero incapaz de adivinar la razón de su situación, el poeta se dio la vuelta, impulsado por una voz imperiosa. Detrás de él, y al alcance de su mano, vio un emparrado de parras floridas que se habían enlazado de un árbol a otro. A través de las flores, en el centro del enramado, vio como una ráfaga de nieve los blancos velos de la Sibila.

Con pasos tímidos, ojos que parpadeaban ante su belleza mística, y el corazón ardiendo como si lo calentaran antorchas, penetró en el emparrado. Se levantó la Sibila del lecho de flores donde yacía, para recibir a su adorador...

De todo lo ocurrido después, Tortha olvidaría gran parte. Era como una luz demasiado radiante para que durase, un pensamiento que no requería conceptualización, a causa de su extraordinaria rareza. Se trataba de una realidad que superaba todo lo que el hombre podía considerar real; y, sin embargo, Tortha tenía la sensación de que tanto él como la Sibila y todo cuanto les rodeaba formaba parte de un espejismo en los desiertos del tiempo, sensación, por otra parte, que le hacía pensar que se encontraba en un lugar peligroso, por encima de la vida y de la muerte, en un enramado de sueños, resplandeciente y frágil.

Pensó que la Sibila le recibía con palabras atractivas y melifluas de un idioma que le era conocido, pero que nunca había oído. El tono de su voz le llenó de un éxtasis que se acercaba al dolor. Se sentó a su lado sobre un banco maravilloso, y ella le susurró muchas cosas: divinas, estupendas y peligrosas; trascendentes como el secreto de la vida; dulces como el olvido; extrañas e inmemorables como el conocimiento perdido del sueño. Pero no le dijo su nombre, ni tampoco el secreto de su esencia, y Tortha seguía sin saber si era un espíritu o una mujer, una diosa o un fantasma.

Había algo en su conversación relativo al tiempo y su misterio; algo que siempre está más allá del tiempo; algo parecido a la sombra gris del hado que obedece al mundo y al sol; algo de amor que persigue un fuego huidizo, precedero; de muerte, en cuya tierra nacen las flores; de vida, espejismo de un vacío helado.

Durante largo rato, Thortha se contentó con escuchar; era preso de un éxtasis, y experimentaba el asombro de cualquier mortal ante la presencia de una deidad. Entonces, cuando se acostumbró a su situación, la belleza femenina de la Sibila le habló con idéntica elocuencia que sus palabras. Vacilante, gradualmente, como una marea que llega hasta una luna supraterrrenal, afloró en su corazón el amor humano que era mitad de su adoración. Sintió un delirio de deseo, mezclado con el vértigo que ataca a quien sube a una altura imposible. Veía únicamente la belleza blanca de su deidad, sin prestar atención a la sabiduría de sus palabras.

La Sibila hizo una pausa en su discurso. y sin saber muy bien cómo, con palabras lentas y entrecortadas, Tortha se atrevió a declararle su amor.

Ella no respondió, no hizo gesto alguno en señal de aceptación o rechazo. Pero cuando el poeta hubo terminado, le observó con mirada extraña; amor o piedad, tristeza o felicidad, no sabría decirlo. Entonces, rápidamente, se inclinó y le besó en la frente con sus pálidos labios. Su beso constituía el sello entre el fuego y el hielo. Loco por lograr su deseo supremo, Tortha se abalanzó para abrazar a la Sibila.

Terrible e inexorablemente, cambió al encontrarse entre sus brazos: se convirtió en un cadáver helado que durante siglos había yacido en una tumba, una momia de leprosa blancura, en cuyos ojos helados pudo leer el horror del vacío supremo. Era algo que no tenía ni forma ni nombre —algo corrompido y oscuro que se deshacía en sus brazos—, polvo, una nube de átomos brillantes que se evaporaban entre sus dedos. Pronto no quedó nada, ya que también se desvanecían las flores que antes la rodearan, desapareciendo bajo copos de nieve blanca. El amplio cielo violeta, los altos y delgados árboles, el mágico río sin reflejos, la propia tierra que pisaba, todo había desaparecido entre los remolinos de nieve.

Tuvo Tortha la sensación de ser arrastrado hacia un profundo abismo, junto con el caos de la tormenta de nieve. Lentamente, al caer, el aire se aclaró en su derredor, mientras él quedaba colgando sobre la tormenta. Se encontraba solo en un cielo triste y sin estrellas; a sus pies, a una distancia tan asombrosa como variable, pudo ver las tenues fronteras de una tierra rodeada de hielo de horizonte a horizonte. Las nieves habían desaparecido del aire muerto, y Tortha se sintió invadido por un frío cortante, como el aliento de un éter terrible.

En un instante cortísimo vio y sintió todo esto. Acto seguido, y con la rapidez de un meteoro, volvió a caer hacia el continente helado. Y como la llama fugaz del meteoro, su consciente se desvaneció perdiéndose en el aire helado.

Pero los pobladores semisalvajes de la montaña habían visto cómo Tortha desaparecía durante la repentina tormenta que misteriosamente llegara de Polarión, y cuando ésta hubo remitido, le encontraron caído en un glaciar. Le atendieron tosca pero cuidadosamente, maravillándose ante la marca blanca que, como una señal de fuego, llevaba impresa en su frente dorada. La carne estaba profundamente herida, y la marca presentaba la presión de unos labios. Pero no podían saber que la señal imborrable fuera obra del beso de la Sibila Blanca.

Despacio, Tortha consiguió recobrar parte de su fortaleza anterior. Pero su mente quedó para siempre perdida en un abismo nublado, en una sombra imborrable, como ojos deslumbrados después de mirar una luz insoportable.

Entre los que le cuidaron había una doncella pálida y bella, que Tortha confundió con la Sibila en su mente enferma. El nombre de dicha joven era Illara, y en su locura Tortha se enamoró de ella. Olvidándose de sus parientes y amigos de Cerngoth, se quedó a vivir con la gente de la montaña, tomando a Illara por esposa y escribiendo canciones sobre la reducida tribu. En conjunto, fue muy feliz pensando que la Sibila había vuelto a él; e Illara también fue dichosa a su manera, ya que no era la primera mujer mortal cuyo amante permanecía fiel a una ilusión divina.

La Sibila Blanca, 1935
Hyperborea
Clark Ashton Smith
Trad. Guadalupe Rubio de Urquía
Colección Ciencia Ficción, 19
EDAF, 1978

EL TESTAMENTO DE ATHAMMAUS

CLARK ASHTON SMITH

Se ha hecho necesario que yo, ajeno al punzón de bronce o a la pluma de estaño, y cuya única herramienta adecuada es la espada larga y de doble mango, dé a conocer el relato de acontecimientos tan curiosos como lamentables que tuvieron lugar antes de que Commorión fuese abandonada por el rey y su pueblo. En este sentido creo estar bien preparado, ya que salí de la ciudad cuando ya no quedaba nadie, después de desempeñar un importante papel.

Commorión, como todo el mundo sabe, constituyó en tiempos una capital resplandeciente y de altos edificios, formando una corona de mármol y granito para la gran Hyperbórea. Pero en lo que respecta a la causa de su abandono, son tantas y tan falsas las leyendas y relatos que ahora circulan, que yo, viejo soldado, envejecido después de once lustros de servicios públicos, me veo obligado a poner por escrito el relato con la verdad oscurecida por las lenguas y memoria de los hombres. Y hago esto aunque con ello tenga que confesar mi única derrota, mi único fracaso en la realización de un trabajo que se me había encomendado.

Para quienes lean el relato en años venideros y en países futuros, paso a presentarme. Soy Athammaus, el jefe de administración de Uzuldaroum, habiendo ocupado con anterioridad el mismo cargo en Commorión. Ya mi padre, Manghai Thal, estuvo en dicho puesto antes que yo; y la obediencia de mi padre, incluso para con las míticas generaciones de los primeros reyes, han dado como resultado la gran espada de cobre de justicia montada sobre el bloque de madera de *eighon*.

Perdonad a un hombre anciano si a vuestro parecer se detiene, como solemos hacer los viejos, en recuerdos de Juventud que han recogido para sí la púrpura real de horizontes lejanos y la extraña gloria que ilumina lo irrecuperable en retrospectiva. ¡Ay! Me rejuvenezco cuando recuerdo Commorión, cuando contemplo en esta ciudad gris de años perdidos sus murallas que como montañas sobresalían por encima de la jungla, y sus cúpulas de alabastro. Ciudad opulenta entre las opulentas, soberbia y maestra, Commorión destacaba entre el resto de las orbes que le rendían tributo desde las costas del mar Atlántico hasta las que baña el mar donde se encuentra el inmenso continente Mu; ciudad adonde llegaban los mercaderes desde la lejana Thulan, rodeada por el norte con hielos desconocidos, y por el sur con el reino de Tscho Vulpanomi, cuyos confines colindan con un lago de asfalto hirviendo. Cuán orgullosa y señorial era Commorión, donde hasta sus más humildes moradas parecían palacios en comparación de otras ciudades. Y no se debe, como dicen los relatos que corren actualmente, a la profecía maldita que pronunciara la Sibila Blanca llegada de la isla de nieve conocida como Polarión, que su esplendor y amplitud cedieran ante los viñedos de la jungla y las culebras. Nada más falso; la causa radica en algo más horrible que todo eso, en un terror palpable contra el cual la ley de los reyes, la sabiduría de los astrónomos y el filo de las espadas son igualmente impotentes. Pero no por ello fue fácil el asalto, ni débil la resistencia de sus defensores. Y aunque algunos la hayan olvidado con rapidez, y otros la consideren como parte de un relato de dudosa veracidad, yo nunca dejaré de lamentar a Commorión.

Mi fuerza de antaño está ahora muy reducida, y el tiempo ha bebido insaciablemente de mis venas, tiñendo mis cabellos con las cenizas de soles extinguidos. Pero en los días en que ocurrieron los relatos que ahora narro no había general más valiente y aguerrido que yo en todo Hyperbórea; mi nombre era una amenaza roja, una advertencia que

corría de voz en voz entre los malhechores de la ciudad y del campo, y entre los ladrones de tribus despiadadas. Vistiendo el manto púrpura, rojo como la sangre, que era propio de mi cargo, me instalaba cada mañana en la plaza pública, donde todos podían atender y contemplar, para edificación de todos mis hombres, la realización de la tarea que se me había encomendado. Y cada día, el cobre dorado y fuerte de la enorme hoja se oscurecía una y muchas veces con un rico color rojizo. Y a causa de la seguridad de mi brazo, de la infalibilidad de mi vista y del limpio golpe que asestaba, nunca fue necesario repetir la operación, ganándome con ello los honores del rey Loquamethros y la popularidad de los habitantes de Commorión.

Recuerdo perfectamente, a causa de su atrocidad única, los primeros rumores que llegaron a mí durante mi vida en activo, referentes al proscrito Knygathin Zhaum. Dicha persona pertenecía a un pueblo tan desconocido en su origen como desagradable de presencia, conocido como los voormis, y que habitaban en las negras montañas Eiglopheas, a una jornada de camino desde Commorión, y que de acuerdo con sus costumbres tribales moraban en las cuevas de animales menos salvajes que ellos mismos, y a quienes habían exterminado o expulsado. Por lo general se les consideraba poco más que animales, sin duda debido a la gran pilosidad de sus cuerpos, así como por los despiadados ritos y costumbres a que eran tan adictos. La mayor parte de la banda del famoso Knygathin Zhaum fue reclutada entre estos seres, aterrizando las colinas que colindaban con los montes Eiglopheos, donde a diario protagonizaban actos de rapiña, infames y monstruosos. El saqueo constituía el menor de sus crímenes, y la antropofagia distaba mucho de ser el peor.

Como pronto se verá, los voormis pertenecían a una raza aborigen, cuya herencia étnica era tan oscura como desagradable. Además, se decía que el propio Knygathin Zhaum tenía una rama de antepasados si cabe peor que el resto, ya que por parte materna estaba emparentado con ese extraño dios antropomorfo llamado Tsathoggua, adorado durante los ciclos infrahumanos. También había quienes comentaban entre susurros que su sangre —si se podía calificar como sangre— era más extraña aún, aduciendo un parentesco con los negruzcos huevos próteos que llegaron con Tsathoggua desde los viejos mundos y dimensiones exteriores donde la fisiología y la geometría habían asumido una línea de desarrollo inversa por completo. Y a causa de esta mezcla de tendencias ultracósmicas, se decía que el cuerpo de Knygathin Zhaum, al contrario que el de sus hermanos de tribu, peludos y oscuros, carecía de vello desde la coronilla hasta los talones, y además estaba plagado de lunares negros y amarillos; por otro lado, tenía fama de ser mucho más cruel y astuto que el resto.

Durante mucho tiempo, el susodicho proscrito no fue para mí más que un nombre terrorífico; pero es indudable que pensaba en él con cierto interés profesional. Había muchos que creían que era invulnerable a cualquier arma, y que había escapado de forma incomprensible de más de un calabozo cuyas paredes ningún ser humano hubiera podido ni escalar ni perforar. Pero yo no solía hacer caso de semejantes cuentos, puesto que en mi experiencia oficial nunca me había encontrado con alguien que poseyese dichas propiedades o habilidades. Además, conocía de sobra las supersticiones del pueblo.

Cada día me llegaban nuevos informes entre las preocupaciones de una tarea pesada. Al parecer, este molesto merodeador no se contentaba con la amplia esfera de operaciones que le ofrecían sus montes y los fértiles valles, con ciudades populosas. Sus incursiones se hicieron cada vez más audaces y amplias, hasta que una noche descendió hasta un pueblo tan cerca de Commorión, que casi se lo consideraba como un suburbio. En dicha ocasión, junto con su sucia banda, cometió crímenes indescriptibles por lo monstruoso de su naturaleza, y llevando consigo a numerosos habitantes con propósitos

no menos criminales se retiró a sus cuevas en los helados picos Eiglopheos, antes de que la justicia pudiera darles alcance.

A raíz de este acto tan audaz como ofensivo, la ley decidió poner en movimiento todo su poder y vigilancia contra Knygathin Zhaum. Con anterioridad, tanto él como sus hombres dependían de los oficiales locales, pero sus actos habían adquirido tal magnitud que exigían la atención directa del prefecto de Commorión. A partir de entonces, se vigilaron lo más estrechamente posible: se estableció una guardia especial en las ciudades susceptibles de asalto y se prepararon trampas por doquier.

Incluso así, Knygathin Zhaum consiguió escapar una vez tras otra, continuando sus razzias con una frecuencia embarazosa. Fue casi por pura casualidad, o debido a su estupidez, que pudo ser capturado a plena luz del día en una carretera próxima a las afueras de la ciudad. Contrariamente a lo que se esperaba, dada su reconocida ferocidad, no presentó ningún tipo de resistencia, sino que al verse rodeado de arqueros y lanceros armados hasta los dientes, se rindió inmediatamente con una sonrisa oblicua y enigmática, una sonrisa que durante muchas noches perturbaría el sueño de cuantos estaban presentes.

Por razones nunca conocidas, se encontraba completamente solo en el momento de su captura, y ninguno de sus compañeros fue capturado ni entonces ni después. Sin embargo, fue grande la excitación y la alegría en Commorión, ya que todo el mundo sentía curiosidad por contemplar al temido bandido. Más que el resto quizá, era mi interés, ya que con el tiempo la decapitación de Knygathin correría de mi cuenta.

A base de los terribles rumores y leyendas que había oído, y cuya naturaleza acabo de esbozar, yo ya estaba preparado para algo totalmente fuera de lo habitual en cuanto a la personalidad del criminal. Pero incluso a primera vista, cuando le vi camino de la cárcel entre una muchedumbre enardecida, pude darme cuenta de que Knygathin superaba cualquier anticipación por siniestra y desagradable que fuera. Estaba desnudo hasta la cintura, y la piel de algún animal velludo le colgaba hasta las rodillas; pero esos detalles no eran nada en comparación de lo que realmente me sorprendió y desagradó. Sus caderas, todo su cuerpo en general, presentaba las deformaciones del hombre primitivo, e incluso su absoluta falta de vello se hacía más insultante, dado que parecía una caricatura blasfema de un sacerdote afeitado; pero esto se habría pasado por alto, así como su piel moteada, como la de una boa inmensa, considerándolo como una extravagante pigmentación. Lo que verdaderamente horrorizaba era algo distinto: la facilidad untuosa y perversa, la suavidad ondulante y fluida que se desprendía de cada uno de sus movimientos, trasluciendo una estructura interna de las vértebras propia de seres inferiores al hombre, hasta el punto que se hubiera podido decir que se trataba de una falta de estructura ósea propia de anfibios; esto, y no otra cosa, fue lo que me hizo contemplar al cautivo, y en consecuencia a mi trabajo, con desacostumbrado disgusto. Más que andar parecía deslizarse, y la colocación misma de sus huesos, sus rodillas, caderas, codos y hombros era arbitraria y ficticia. Tenía uno la sensación de que la apariencia humana externa no era otra cosa que una concesión a las convenciones anatómicas, y que su formación corpórea podía asumir con toda facilidad —y aún puede hacerlo en cualquier momento— las trazas y dimensiones que rebasan cualquier concepto preestablecido, y que son normales en mundos transgaláxicos. En ese momento no me parecieron tan increíbles los relatos que corrían en torno a sus antepasados. Con idéntico horror y curiosidad, pensé las posibles consecuencias del golpe de justicia que debía asestar, y qué líquido tan etéreo como ruidoso mancharía mi espada imparcial en vez de sangre decente y honrada.

No es necesario relatar en detalle el proceso durante el cual fue juzgado y condenado Knygathin Zhaum por sus numerosos atropellos. La maquinaria de la ley fue

implacable, rápida y certera, y su equidad no dejaba ni lugar a dudas ni a retraso alguno. El cautivo fue confinado en una celda bajo los calabozos, excavada en la roca madre a gran profundidad, y cuya única entrada o salida la constituía un agujero por el que fue introducido con una larga cuerda y un sistema de poleas. Dicho agujero fue cubierto con una enorme piedra, y vigilado día y noche por una docena de soldados. Sin embargo, no hubo intento alguno de evasión por parte de Knygathin Zhaum; al contrario, parecía resignado a su destino.

Para mí, que siempre he poseído una especie de intuición profética, había algo extraño en dicha resignación. Además, no me gustó el talante del prisionero durante el juicio. Ante los jueces mantuvo el mismo silencio que observara durante su captura y encarcelamiento. Por medio de intérpretes que conocían el dialecto duro y silbante de las montañas Eiglopheas fue interrogado, si bien no contestó a ninguna pregunta, como tampoco ofreció defensa alguna. Lo que menos me gustó fue la entereza con que recibió la condena de muerte, pronunciada en el tribunal supremo de Commorión por ocho jueces seguidos, y confirmada por último por el propio rey Loquamethros. Acto seguido, me aseguré del filo de mi espada, prometiéndome que concentraría todas mis fuerzas en mi brazo para conseguir una ejecución impecable.

El momento de mi actuación no se hizo esperar, ya que se redujo el habitual intervalo de quince días entre la condena y la decapitación, a la vista de las sospechosas peculiaridades de Knygathin Zhaum y de la monstruosa magnitud de sus crímenes.

La mañana de su ejecución, después de una noche intranquila a causa de una serie constante de sueños abominables, me dirigí con mi acostumbrada puntualidad al bloque de madera de *eighon*, situada con exactitud en el centro de la plaza principal, donde se había congregado una gran multitud; la clara luz dorada del sol brillaba soberbiamente sobre los plateados y anacarados trajes de los dignatarios de la corte, las capuchas de mercaderes y artesanos, y las rudas pellizas de los campesinos.

Con idéntica puntualidad, pronto apareció Knygathin Zhaum rodeado de su guardia, armada con mazas, lanzas y tridentes. Como precaución, se habían custodiado con destacamentos de soldados todas las avenidas exteriores, así como las entradas a la plaza, por miedo a que los miembros de la banda del desesperado proscrito pudieran intentar el rescate de su infame jefe en el último momento.

Knygathin Zhaum avanzó entre la estrecha vigilancia de sus guardianes, fijando sobre mi persona la intensa pero inexpresiva mirada de sus ojos amarillentos y sin párpados, en los que vistos de frente no podía distinguirse ninguna pupila. Se arrodilló al lado del bloque y presentó su nuca sin temblar. Cuando le miré con ojo calculador, preparándome para el golpe mortal, me impresionó poderosa y desagradablemente la sensación de una plasticidad oculta y repugnante, de una estructura invertebrada, nauseabunda e infraterrestre, bajo su despiadada sorna de forma humana. Tampoco pude evitar la sensación de una frialdad anormal, de un cinismo tan abstracto como impenetrable que se desprendía de cada parte de su cuerpo. Me recordaba a una culebra inerte, a una enorme liana de la selva, totalmente ajena al hacha que va a cercenarle la vida.

Era perfectamente consciente de que tendría que habérmelas con cosas fuera de la tarea habitual de un decapitador público; pero levanté la gran espada haciendo un arco limpio y simétrico, dejándolo caer sobre la nuca desnuda con mi acostumbrada fuerza y destreza.

Los cuellos tienen sensaciones distintas para la mano que empuña la espada. En este caso, sólo puedo decir que no era la que yo había asociado durante tanto tiempo en el corte de cualquier sustancia animal conocida. Pero para tranquilidad mía, observé que el golpe había sido certero: la cabeza de Knygathin Zhaum yacía sobre el poroso bloque

de madera presentando un tajo muy limpio, mientras que su cuerpo se había desplomado sobre el pavimento sin exhalar un solo suspiro. Como ya esperaba, no había sangre, sólo un líquido sucio, negro y fétido, muy escaso, y que cesó de brotar inmediatamente, desapareciendo como por magia de mi espada y del bloque de madera de *eighon*. Además, la espada fatal había revelado que la estructura interna carecía de vértebras. Pero de acuerdo con las apariencias, la obscena vida de Knygathin Zhaum había llegado a su fin, mientras que la sentencia emitida por el rey Loquamethros y los ocho jueces se había cumplido con toda la precisión legal requerida.

Orgullosa pero modestamente, recibí el aplauso de las multitudes expectantes, que con alegría habían presenciado la consumación de mi tarea oficial, y ahora se regocijaban en torno al cadáver. Después de asegurarme de que los restos de Knygathin Zhaum quedaban en manos de los enterradores públicos, quienes solían encargarse de los cuerpos decapitados, abandoné la plaza y regresé a mi casa, ya que no se habían señalado más decapitaciones para esa fecha. Mi conciencia estaba tranquila, y además tenía la impresión de que había salido bastante airoso en la realización de una tarea que distaba mucho de ser agradable.

De acuerdo con la costumbre referente a los cuerpos de los criminales más perseguidos, Knygathin Zhaum fue enterrado con cierta rapidez en un campo baldío fuera de la ciudad, donde la gente solía vaciar sus basuras y trastos viejos. Se le depositó en una tumba sin señalar entre dos montones de escombros. Se había ratificado el poder de la ley y todo el mundo estaba satisfecho, desde el propio Loquamethros hasta los campesinos que habían sufrido las incursiones del fallecido proscrito.

Aquella noche me retiré después de una copiosa comida de fruta *suvana* y alubias *djongua*, todo bien rociado con vino *foum*. Desde un punto de vista moral, merecía el descanso propio de los virtuosos; pero, al igual que me ocurriera la noche anterior, fui presa de continuos sueños cacodemónicos. De ellos sólo conservo el recuerdo de un insufrible suspense, de un horror constante e insufrible, sin forma y sin nombre, y de un sentimiento de frustración al repetir una y otra vez una tarea inútil. Además, recuerdo vagamente, como si mi memoria se resistiese a darle forma, una secuencia de hechos que sobrepasaban la percepción y el conocimiento humanos; y a esto venían a añadirse todas las sensaciones y todo el horror anteriormente mencionados.

Me desperté acalorado y fatigado como si hubiera estado realizando ímprobos trabajos que nadie me agradecería, inmerso en un aplastante desconcierto, estado de ánimo cuya causa atribuí a las alubias *djongua*; en consecuencia, decidí que probablemente habría abusado la noche anterior de esas nutritivas viandas. Afortunadamente, no llegué a sospechar durante mis sueños el oscuro y terrible simbolismo que no tardaría en revelarse.

Ahora debo escribir lo que para la Tierra y los seres de la Tierra no dejan de ser cosas extraordinarias; cosas que rebasan todo lo que sea humano o pertenezca al régimen terrenal; lo que trastorna la razón; lo que en definitiva se ríe de las dimensiones y desafía la biología. Terrible es el relato, y aún después de siete lustros el temblor de un miedo viejo hace que mi mano se agite cuando escribo.

Pero cuando aquella mañana salí para la plaza de la ejecución, yo era ignorante de tales hechos; se trataba de ajusticiar a tres criminales de lo más vulgar, cuyas características craneanas he olvidado junto con sus delitos. Sin embargo, no había andado mucho cuando distinguí un considerable murmullo que se extendía rápidamente de calle en calle, de travesía en travesía, por todo Commorión. Pude apreciar llantos de furia, de horror, de miedo, y lamentos que salían de las gargantas de todo el que se encontrase en la calle en aquellas horas. Al cruzarme con algunos conciudadanos, en un estado evidente de agitación y sin cesar de lamentarse, les pregunté la razón de tanto

alboroto. Y fue entonces cuando me enteré de que Knygathin Zhaum, cuya carrera aparentemente estaba acabada, había vuelto a aparecer, dando fe del milagro que suponía su regreso con un acto de lo más asombroso, llevado a cabo en la calle Mayor y ante los ojos de los primeros transeúntes. Había atrapado a un respetable vendedor de alubias *djongua*, y procedido inmediatamente a devorar a su víctima vivo, sin prestar atención a los golpes, los ladrillos, las flechas, las jabalinas, las piedras y los insultos que le llovían tanto del grupo de gente que se había congregado como de la policía. Cuando hubo satisfecho su atroz apetito, permitió que la policía se lo llevase, dejando poco más que los huesos y vestidos del vendedor de *djongua*, señalando el lugar del terrible acontecimiento. Como dicho acto carecía de parangón legal, Knygathin Zhaum fue encerrado una vez más en la celda bajo los calabozos, a la espera de la decisión de Loquamethros y de los ocho jueces.

Bien podéis imaginaros mi desaliento, así como el de los magistrados de Commorión. Como todos pudieron testimoniar, Knygathin Zhaum había sido decapitado y enterrado de acuerdo con el ritual acostumbrado, y su resurrección no sólo estaba en contra de la naturaleza, sino que además suponía una ruptura incomprensible de la ley. De hecho, los aspectos legales que presentaba el caso requerían la creación de un estatuto especial que cubriese un nuevo juicio y una segunda decapitación para todos los malhechores que regresasen de su estado natural de cadáveres. Aparte de estos aspectos, la consternación era general, e incluso ya entonces, los más ignorantes y religiosos pretendían entender semejante hecho como una maldición debida a alguna calamidad cívica.

En cuanto a mí, mi mente científica me obligaba a rechazar lo sobrenatural y buscar una explicación al problema desde la consideración de los antepasados supraterrrestres de Knygathin Zhaum. Estaba seguro de que las fuerzas de una biología desconocida, las propiedades de una sustancia de vida transestelar, estaban directamente implicadas en los acontecimientos.

Con espíritu investigador, convoqué a los enterradores que habían dado sepultura a Knygathin Zhaum y les pedí que me condujeran al lugar donde fuera enterrado en los estercoleros. Cuando llegamos, nos encontramos ante un hecho singular. La tierra no había sido tocada, excepto por un agujero de cierta profundidad que aparecía en una esquina de la sepultura, y que parecía obra de algún roedor grande. Ningún cuerpo humano, o por lo menos con forma humana, hubiera podido salir por dicho agujero. A una orden mía, los enterradores apartaron toda la tierra, mezclada con restos de cerámicas y demás detritos, que ellos mismos acumularan sobre la tumba el día anterior. Cuando llegaron al fondo, sólo se encontró la huella donde se había depositado el cuerpo; pero esto, junto con el fétido hedor que llenaba la sepultura, se esfumó rápidamente en el aire fresco.

Desconcertado, y más intrigado que nunca, pero convencido aún de que el enigma tendría una solución natural, esperé la celebración del nuevo juicio. En esta ocasión, el curso de la justicia fue todavía más rápido, con menos protocolo que la vez anterior. Se condenó de nuevo al prisionero, fijándose la fecha de ejecución para el día siguiente. A la sentencia se añadió una cláusula referente al enterramiento: los restos serían encerrados en un resistente sarcófago de madera debidamente sellado, que sería inhumado en un profundo pozo excavado en la roca viva, y luego cubierto con bloques de piedra. Con estas medidas se consideraban cubiertas las posibilidades de evasión, tan ajenas a las leyes naturales, y que eran propias del reincidente malhechor.

Cuando Knygathin Zhaum compareció de nuevo ante mí, custodiado por una guardia doble y en medio de una muchedumbre enardecida que desbordaba la plaza y las calles adyacentes, le contemplé con verdadera preocupación, y con no menos desagrado que la

vez anterior. Como tengo buena memoria para los detalles anatómicos, pude observar algunos extraños cambios en su aspecto físico. Los enormes lunares de un negro parduzco y amarillo pálido que antes le cubrieran de pies a cabeza presentaban ahora una distribución distinta. Al tener los ojos y la boca rodeadas de dichas manchas, su aspecto se hacía de lo más desagradable, por tener una expresión sonriente y sarcástica. Por otro lado, podía observarse una considerable disminución del cuello, aunque el lugar del corte y de unión entre la cabeza y los hombros no había dejado ninguna señal. Al mirar sus miembros pude observar igualmente algunos cambios. Y a pesar de mi sagacidad y conocimiento en cuanto a cuestiones físicas, no hubiera podido especular acerca del proceso que había provocado dicho cambio, y mucho menos adelantar los resultados problemáticos de su continuación, en caso de que se produjesen. Deseando fervientemente poner un fin definitivo a Knygathin Zhaum y sus terribles propiedades, levanté la espada de la justicia y la dejé caer con fuerza heroica.

Una vez más, y ante los ojos humanos, obtuve los resultados deseados con semejante golpe mortífero. La cabeza rodó hacia delante sobre el madero de *eighon*, mientras que el tronco y los miembros se desparramaban sobre las losas immaculadas. Desde el punto de vista legal, el indeseable malhechor había muerto por segunda vez.

Sin embargo, en esta ocasión me encargué personalmente del entierro de sus restos, vigilando el cierre del excelente sarcófago de madera de *apha* donde fueron depositados, así como del relleno de la fosa —de diez pies de profundidad— con grandes bloques de piedra, cuyo peso requería la fuerza de tres hombres. Una vez terminado el trabajo, pensamos que Knygathin Zhaum no volvería a molestarnos.

Pero ¡cuánto nos fiamos de nuestras esperanzas y fatigas humanas! Al día siguiente amanecimos inmersos en un relato tan increíble como indescriptible: por segunda vez consecutiva había logrado escaparse el semihumano agresor, y preso de una gula antropofágica atacó a dos honorables hombres ciudadanos de Commorión. En efecto, había devorado nada menos que a uno de los ocho jueces, y no satisfecho con roer hasta los huesos del grueso individuo, habíase tomado, como postre de su festín, los rasgos más destacados del rostro de un miembro de la policía, cuando este último intentaba impedir que se zampase al juez. Y al igual que la vez anterior, todo ello ocurrió entre las protestas frenéticas de una gran muchedumbre. Después de saborear los escasos restos de la oreja izquierda del desgraciado policía, Knygathin Zhaum dio por satisfecho su apetito y se entregó dócilmente a los carceleros.

Los que nos habíamos dedicado a la fatigosa tarea de la inhumación nos quedamos totalmente aturdidos al conocer la noticia, y el efecto que produjo en general fue desastroso. Los más supersticiosos y cobardes comenzaron a abandonar la ciudad en ese preciso instante; se resucitaron profecías ya olvidadas, y por último, numerosos sacerdotes consideraron la necesidad de aplacar con ofrendas y sacrificios a los enfurecidos dioses. Pero yo me negaba a participar en semejantes simplezas, ya que desde mi punto de vista, y dadas las circunstancias, el constante regreso de Knygathin Zhaum era tan alarmante para la ciencia como para la religión.

Examinamos la tumba por puro formulismo, y pudimos constatar que algunas de las piedras superpuestas se habían desplazado de manera que permitían la salida de un cuerpo con las dimensiones de una serpiente grande o de una rata almizclera. A pesar de los cerrajes de metal, el sarcófago estaba reventado en un extremo, ante lo cual temblamos al pensar en la inconmensurable fuerza que se había empleado.

Dado que las características del caso superaban todas las leyes biológicas conocidas, no se tuvieron en cuenta las formalidades de la ley civil; y yo, Athammaus, fui convocado en ese mismo día antes de que el sol alcanzase el meridiano, y encargado solemnemente de redecapitar inmediatamente a Knygathin Zhaum. Se confió a mi

criterio la inhumación o disposición de los restos, y en caso de que me hicieran falta, quedaron a mi disposición las fuerzas armadas locales, así como las policiales.

Perfectamente consciente del honor conferido, y tan perplejo como desanimado, me dirigí a mi lugar de trabajo. Cuando volvió a comparecer el criminal, todo el mundo pudo darse cuenta de que su aspecto físico había sufrido un cambio notorio. Su moteado se había desarrollado siguiendo un patrón repulsivo y llamativo, mientras que sus características humanas presentaban deformaciones infraterrestres. La cabeza se encontraba unida a los hombros, con escasa mediación del cuello; los ojos estaban incrustados diagonalmente en un rostro con protuberancias y pliegues oblicuos; la nariz y la boca estaban casi juntas, y aún había más alteraciones que no especificaré, ya que constituían una horrible degradación de los miembros humanos más característicos y nobles. Mencionaré, no obstante, las extrañas protuberancias, como papadas anudadas, que ocupaban el lugar de las rodillas. A pesar de todo, era Knygathin Zhaum en persona quien estaba de pie —si es que puede calificarse así su postura— ante el bloque de justicia.

Dada la casi inexistencia de la nuca, para esta tercera decapitación se requería una gran precisión de la vista y una verdadera destreza manual, cualidades ambas que sólo yo podía proporcionar. Me complace decir que mi pericia estaba a la altura de las exigencias, y una vez más el culpable se vio privado de su cabeza. Pero si la hoja se hubiera desviado una milésima hacia un lado u otro, la ejecución habría recibido otra denominación técnica en vez de decapitación.

La tercera inhumación se realizó con tanto cuidado que sólo podíamos esperar un éxito total. Colocamos el cuerpo en un fuerte sarcófago de bronce, separado de la cabeza, la cual fue depositada en otro sarcófago más pequeño pero del mismo material. Las tapaderas se soldaron con metal fundido, trasladándose después ambos sarcófagos a distintos lugares de Commorión. El que contenía el cuerpo fue enterrado a una gran profundidad debajo de enormes masas de piedra, mientras que el de la cabeza permaneció sin enterrar, ya que yo me proponía vigilarlo toda la noche en compañía de un grupo de soldados. Con idénticos propósitos, envié un nutrido cuerpo de soldados al lugar donde se hallaba enterrado el cuerpo.

Cuando llegó la noche, me encaminé hacia el sitio donde se encontraba el sarcófago pequeño, acompañado de siete lanceros de mi confianza. Se trataba del patio de una casa desierta en plenos suburbios, lejos de los barrios populares. A guisa de armas, llevaba una falcata corta y un gran garrote. Para no carecer de luz durante nuestra vigilia, llevamos gran provisión de antorchas, algunas de las cuales encendimos inmediatamente, colocándolas en las grietas de las losas de piedra que cubrían el patio, de manera que formaban un verdadero círculo de llamas alrededor del sarcófago.

Junto con las antorchas habíamos llevado numerosas botas de cuero bien repletas de vino *foum* carmesí, así como dados de colmillo de elefante con que pasar las negras horas de la noche. Después de revisar nuestra «carga» comenzamos a beber vino y a jugar a los dados apostando pequeñas sumas de dinero, nunca superiores a los cinco *pazoors*, como es costumbre entre los tahúres hasta que han podido medir las fuerzas de sus oponentes.

Lentamente, la oscuridad se hacía más densa, y en el cuadrado de zafiro que nos cubría contemplamos Polaris y los planetas rojos que por última vez vislumbraban Commorión en toda su gloria. Pero entonces no teníamos ni idea de lo cercano del desastre, y nos dedicábamos a bromear bravuconamente, y a beber con chanzas en honor de la cabeza monstruosa encerrada para siempre, y muy lejos de su odioso cuerpo. El vino pasaba una y otra vez de mano en mano, y su espíritu rosáceo se subió a

nuestros cerebros, y jugamos apuestas audaces, y la partida adquirió una rapidez vertiginosa.

No sé cuántas estrellas nos sobrevolaron por el cielo enmohecido, ni cuántas veces bebí de las botas incesantes. Pero recuerdo perfectamente que había ganado nada menos que noventa *pazoors* a mis compañeros, quienes voceaban injurias y obscenidades a la vez que intentaban tomarse la revancha. Unos y otros, nos habíamos olvidado por completo del verdadero objeto de nuestra vigilia.

El sarcófago que contenía la cabeza estuvo destinado en un principio para la inhumación de un niño pequeño. Para algunos, el uso que se le había dado constituía un pecaminoso y sacrílego despilfarro de un buen bronce; pero no se había encontrado nada apropiado, ni en tamaño ni en resistencia, fuera del sarcófago. Como decía antes, con el entusiasmo del juego cesamos de vigilar el cofre y tiemblo al pensar el tiempo que habríamos ganado de haber percibido u oído algo antes de que nuestra atención fuese reclamada por la terrible conducta del sarcófago. Fue algo parecido a un clamor repentino, sonoro y metálico, como si chocasen dos escudos o sonasen dos gongs, lo que nos obligó a darnos cuenta que las cosas no iban como debieran, y al volver todos a una la cabeza en la dirección del sonido, pudimos observar que el sarcófago se hinchaba y rebotaba extrañamente, en medio de las antorchas llameantes. Primero sobre un lado y luego sobre el otro, bailaba y realizaba piruetas, aferrándose no obstante al pavimento de granito.

Aún no habíamos podido asimilar el verdadero horror que presenciábamos cuando tuvo lugar un acontecimiento si cabe aún más espantoso. El cofre se hinchaba desmesuradamente, dilatando la tapa, los lados y el fondo, perdiendo rápidamente cualquier parecido con su forma original. Las líneas rectangulares se hinchaban y curvaban, borrándose como si se tratase de una pesadilla, hasta que el objeto se convirtió en una esfera ligeramente alargada; y entonces, con un ruido atronador, se rompieron las soldaduras de la tapa, y el sarcófago reventó en mil pedazos. Como si surgiera de una ebullición infernal, apareció una masa oscura e informe, que se expandía como la espuma venenosa de un millón de serpientes, burbujeante como si tuviera el fermento del vino, y salpicándonos con grandes pompas del tamaño de un hígado de cerdo. Después de tumbar varias antorchas, rodó cual ola devastadora por las losas de piedra, obligándonos a retroceder rápidamente, presos de una mezcla de estupefacción y terror.

Protegidos detrás de la pared del fondo del patio, y mientras las antorchas caídas se apagaban humeantes, contemplamos las peripecias asombrosas de la masa, que se había parado para reponerse, y adoptar la forma de una rosquilla infernal. Se encogía, se retraía, y al cabo de unos momentos sus dimensiones comenzaron a aproximarse a las de la cabeza, aunque no presentaban un verdadero parecido con su forma original. Se convirtió en una bola negruzca, donde se vislumbraban ciertos rasgos faciales, como si fuera un dibujo. Un ojo sin párpado, sin pupila y fosforescente nos contemplaba desde el centro de la bola, mientras, al parecer, tomaba una decisión. Permaneció quieto durante un minuto, y entonces, como si fuera lanzado por una catapulta se dirigió hacia una de las salidas del patio, desapareciendo de nuestra vista por las oscuras calles.

A pesar de nuestro asombro y desconcierto pudimos observar la dirección que había seguido. Y para nuestra mayor confusión y miedo, se dirigió al lugar de Commorión donde había quedado enterrado el cuerpo de Knygathin Zhaum. Desconocíamos el sentido de todo lo ocurrido, por lo que temíamos sus posibles consecuencias. Aunque estábamos muertos de miedo y aprensión, cogimos nuestras armas y seguimos el camino de la cabeza incompleta con toda la rapidez y decisión que nos permitía la cantidad de vino *foum* ingerida durante la noche.

A esas horas éramos los únicos habitantes despiertos, ya que hasta los más trasnochadores se habían retirado a sus casas o sucumbido al sopor sobre las mesas de las tabernas. Las calles estaban oscuras, y en cierto modo tenebrosas e inhóspitas; por su parte, las estrellas brillaban tímidamente, como oscurecidas por la invasora pestilencia de la misma. Continuamos nuestra búsqueda por una de las calles principales y nuestro paso hacía eco sobre el pavimento, produciendo un sonido hueco en la quietud de la noche, como si la sólida piedra que pisábamos hubiera sido cubierta con bóvedas de mausoleo durante nuestra extraña vigilia.

Durante nuestra búsqueda no encontramos señal alguna del execrable y molesto objeto que se había escapado del sarcófago destrozado. Para nuestra tranquilidad, y en contra de nuestro temor, tampoco pudimos encontrar objetos parecidos o de naturaleza similar, como habíamos temido. Pero cerca de la plaza Central de Commorión encontramos a un grupo de hombres que portaban garrotes, tridentes y antorchas, y que no eran otros que los guardias a quienes yo había encargado la custodia de la tumba de Knygathin Zhaum. Dichos hombres se encontraban en un estado de agitación lamentable; al interrogarlos, nos relataron un suceso terrible: la profunda tumba cubierta con bloques de piedra enormes se había abierto como sacudida por un terremoto, dando salida a una masa con forma de serpiente pitón y de una materia resbaladiza y silbante, que se había desvanecido en la oscuridad, con dirección a Commorión. Por nuestra parte, les contamos lo ocurrido en el patio durante nuestra vigilancia, llegando todos a la conclusión de que una vez más algo horrible, peor que una bestia o serpiente, se encontraba suelto haciendo estragos en la oscuridad. Tal era nuestro pavor, que hablábamos entre susurros ahogados, temiendo por lo que pudiera traernos el amanecer.

Uniendo nuestras fuerzas, dimos una batida por la ciudad, sin olvidar el último rincón de la última calleja, temiendo en todo momento, con el temor de los valientes en la oscuridad, lo que nuestras antorchas podían alumbrar en cualquier momento, a la vuelta de una esquina, o en lo profundo de un portal. Pero la búsqueda fue en vano, y las estrellas palidieron sobre nosotros en un cielo aún lívido, y llegó el amanecer entre las agujas marmóreas con el temblor de espíritus plateados, y paredes y suelos se cubrieron de un suave y tenue ámbar de aspecto fantasmal.

Pronto se oyeron otros pasos que hacían eco por la ciudad aún dormida; uno a uno se despertaron los familiares ruidos y estruendos de la ciudad. Aparecieron los primeros transeúntes y comenzaron a llegar del campo los vendedores de frutas, leche y verduras. Pero seguíamos sin rastro del objeto de nuestra búsqueda.

Proseguimos nuestra tarea, mientras la ciudad seguía recobrando sus habituales actividades matutinas a nuestro alrededor. Entonces, de repente, sin advertencia alguna, y bajo unas circunstancias que habrían asustado al más valeroso y sobresaltado al más impávido, encontramos nuestra presa. Entrábamos en la plaza en que se hallaba el bloque de *eighon*, donde tantos malhechores perdieran la cabeza para siempre, cuando oímos un grito de agonía y pánico mortal, como sólo una cosa en el mundo podía causar. Apresurándonos, vimos a dos viandantes que cruzaban la plaza a la altura del bloque de justicia, luchando y retorciéndose en las garras de un monstruo sin igual, que tanto la historia natural como la ficción hubieran repudiado.

A pesar de las rarezas ambiguas que presentaba el objeto, lo identificamos como Knygathin Zhaum al acercarnos al lugar de la contienda. La cabeza, en su tercera reunión con el detestable torso, se había juntado en una forma aplanada a la región inferior del pecho, y durante el proceso de esta nueva transformación uno de los ojos se había desplazado con relación al otro y a la cabeza, encontrándose ahora en el ombligo, justo debajo de la barbilla. También se habían producido otras alteraciones más

chocantes aún; los brazos eran ahora tentáculos, con dedos como nudos de víboras retorcidas; y donde debiera estar la cabeza, los hombros se habían juntado para formar una prominencia cónica que terminaba en una boca con forma de copa. Pero lo más fabuloso e imposible de todo eran los cambios sufridos en las extremidades: en cada rodilla y cadera se habían producido largas bifurcaciones cuajadas de bocas absorbentes. Combinando sus numerosas fauces, el monstruo se dedicaba a devorar a los dos indefensos viandantes a la vez.

Atraída por los gritos se había congregado una numerosa multitud detrás nuestro, a medida que nos acercábamos al atroz espectáculo. La ciudad entera parecía llenarse de un clamor unísono y estruendoso, donde la nota dominante era de un terror incontrolable.

No hablaré de nuestros sentimientos como oficiales y como hombres. Estaba claro que los factores ultraterrestres de los antepasados de Knygathin Zhaum se habían despertado con una celeridad increíble, a raíz de su última resurrección. Pero a pesar de todo, incluida la enormidad indescriptible del monstruo que teníamos ante nuestros ojos, nos sentíamos aún preparados para cumplir con nuestro deber y defender lo mejor posible al pueblo indefenso. No presumo del heroísmo que tal gesto requería; no éramos más que hombres sencillos dispuestos a cumplir el cometido que se nos había encomendado.

Rodeamos al monstruo, y lo hubiéramos asaltado inmediatamente con nuestros garrotes y tridentes, pero se nos presentó una dificultad tan embarazosa como imprevista: la horrible criatura se había enroscado de tal manera sobre su presa, y todo el grupo se retorcía con tal violencia, que no podíamos utilizar nuestras armas sin grave peligro de herir mortalmente a nuestros dos conciudadanos. Por último, cesaron la lucha y los resoplidos cuando el monstruo consumió la sustancia y la sangre de ambos hombres, adquiriendo entonces la masa un tamaño desproporcionadamente inmenso, que se tranquilizaba paulatinamente.

Ahora más que nunca teníamos nuestra oportunidad, pero estoy seguro de que aunque aunásemos todas nuestras fuerzas el resultado hubiera sido igualmente negativo. Pero era obvio que el monstruo se había cansado, y no hubiera permitido ninguna molestia por parte de los humanos. Cuando levantamos las armas preparados para golpear, el objeto se retiró, y llevando aún entre sus zarpas los restos de sus víctimas, se encaramó sobre el bloque de madera de *eighon*. Y aquí, ante los ojos de los reunidos, comenzó a hincharse por todas partes, por cada uno de sus miembros, como si se inflase con un rencor y una maldad sobrehumanos. La rapidez con que se hinchaba y las proporciones que adquiría cubriendo completamente el bloque de madera y cayendo por los cuatro lados con pliegues ondulantes eran suficientes como para espantar a los más aguerridos héroes de la antigua mitología. Cabe añadir que la hinchazón del tronco era más lateral que vertical.

Cuando la deformidad comenzó a presentar dimensiones que superaban las de cualquier criatura de este mundo, y a moverse agresivamente hacia nosotros, estirando lentamente sus brazos en forma de boa, mis valientes compañeros comenzaron a retirarse, sin que pudiera acusárseles por ello. Tampoco puedo criticar a la población en general por evacuar Commorión en multitudes torrenciales, y profiriendo gritos y sollozos. No hay duda que su huida fue acelerada por los sonidos vocales que, por vez primera desde que comenzó nuestra observación, emitía el monstruo. Dichos ruidos eran más parecidos a silbidos que a cualquier otra cosa, con un volumen estruendoso y un verdadero tormento y náusea para el oído; y lo peor de todo, salían de todas las aberturas y bocas recientemente creadas. Incluso yo, Athammaus, retrocedía ante los silbidos y permanecía fuera del alcance de los dedos de serpiente.

No obstante, me enorgullece decir que aún permanecí durante algún tiempo en las afueras de la plaza vacía, y cuando por fin la abandoné no fue sin antes echar más de una mirada atrás. Lo que antes fuera Knygathin Zhaum parecía muy contento de su triunfo, irguiéndose gigantescamente sobre el vencido bloque de *eighon*. Sus silbidos adquirieron un tono más bajo, más profundo, como el que produciría toda una familia de serpientes pitón dormidas; en ningún momento intentó asaltarme o acercarse a mí. Pero cuando por último pude asegurarme de que el problema profesional no tenía solución, y adivinando que Commorión ya no tenía ni rey, ni sistema judicial, ni policía, ni ciudadanos, opté por abandonar definitivamente la ciudad maldita, y seguir a los demás.

El Testamento De Athammaus, 1932

Hyperbórea

Clark Ashton Smith

Trad. Guadalupe Rubio de Urquía

Colección Ciencia Ficción, 19

EDAF, 1978

LA LLEGADA DEL GUSANO BLANCO

CLARK ASHTON SMITH

Evagh el mago, que vivía al borde del mar boreal, conocía muchos de los portentos extraños y anacrónicos que tenían lugar hacia mediados del verano. Gélido era el sol que ardía sobre Mhu Thulan desde un cielo límpido y pálido como el hielo. Al atardecer, la aurora descendía del cenit hasta la tierra como un velo en la cámara sagrada de los dioses. Pocas y raras eran las amapolas y pequeñas las anémonas que crecían en los valles ocultos por los precipicios, detrás de la casa de Evagh, y las frutas de su jardín vallado tenían la piel pálida y el corazón verde. De día contemplaba la huida, impropia para la época, de grandes bandadas de faisanes que se dirigían hacia el sur procedentes de las islas que se encuentran más allá de Mhu Thulan y de noche escuchaba el clamor de otras bandadas.

Pero Evagh estaba preocupado por tales acontecimientos, ya que su magia no podía interpretarlos en su totalidad. Los toscos pescadores de la costa, que habitaban el puerto debajo de la morada de Evagh, también se sentían preocupados a su manera. A lo largo del verano habían salido todos los días canoas de cuero de ciervo y troncos de sauce para echar sus redes, pero al retirarlas sólo sacaban peces muertos, reventados por el fuego o por un frío intenso, y a causa de ello, con el deslizarse del verano, eran pocos los que se molestaban en salir a la mar.

Entonces, y procedente del norte, adonde se dirigen los navíos de Cerngoth para recorrer las islas árticas, llegó deslizándose una galera cuyos remos estaban parados y el timón carecía de guía. La marea empujó la galera entre los barcos de los pescadores sobre las arenas, bajo la casa de Evagh, que se alzaba en el acantilado. Rodeándola, los pescadores contemplaron a sus remeros inmóviles en los remos y a su capitán en el timón. Pero sus rostros y manos eran tan blancos como los de los leprosos, y las pupilas se habían difuminado, confundándose con la del blanco de sus ojos abiertos, y todos ellos reflejaban un gran horror, tan profundo como el hielo que se congela en el fondo de los lagos.

Los pescadores temían tocar a los muertos y murmuraban diciendo que había caído una maldición sobre el mar, y todas las cosas y hombres con él relacionados. Pero Evagh, pensando que los cuerpos se pudrirían al sol llenando el aire de olores pestilentes, les encargó que levantasen una pila de madera seca cerca de la galera. Cuando dicha pila adquirió la altura del castillo, escondiendo a los remeros muertos, le prendió fuego con sus propias manos.

Las llamas alcanzaron una gran altura y el humo se elevaba tan negro como una nube de tormenta, soplando en montoncillos. Pero cuando se apagó el fuego, los cuerpos de los remeros seguían sentados entre los bancos ardidados, y sus brazos permanecían estirados en posición de remar, con los dedos cerrados, aunque los remos se habían deshecho en cenizas. El capitán de la galera seguía inmóvil, de pie ante lo que antes fuera timón, ahora quemado sobre la cubierta. El fuego había consumido todo salvo los cuerpos, que brillaban como mármol blanco sobre la escoria de madera, sin presentar ninguna mancha negra ni ninguna huella de fuego.

Considerando el fenómeno como un prodigio de mal agüero, los pescadores quedaron estupefactos y huyeron raudos a las rocas más altas. Pero el hechicero Evagh esperó a que se enfriasen las brasas.

Estas se oscurecieron rápidamente, pero siguió saliendo humo durante todo el mediodía y por la tarde, y cuando llegó el anochecer todavía estaban demasiado

calientes para tocarlas. En vista de ello, Evagh cogió agua del mar en grandes jarras y roció con ella las cenizas y las brasas de manera que pudiese acercarse a los cadáveres. Cuando cesaron el humo y el chisporroteo se adelantó, y a medida que se aproximaba a los cadáveres tenía la sensación de un frío intenso, un frío que se apoderaba de sus manos y orejas, introduciéndose a través de su capa de pieles. Cuando llegó cerca tocó uno de los cuerpos con la punta de su dedo índice, y aunque lo retiró inmediatamente, sintió como si lo cruzase una llamarada de fuego.

Evagh no cabía en sí de asombro: la condición de dichos cadáveres le resultó desconocida hasta entonces, y no había nada en toda su ciencia mágica que pudiera ilustrarle en este sentido.

Al volver a su casa aquella tarde quemó en cada una de las ventanas y puertas los talismanes más ofensivos para los demonios del norte. Acto seguido releyó con todo cuidado los escritos de Pnom, donde se explican numerosos exorcismos de gran efectividad contra los espíritus blancos del polo. Al parecer, eran estos espíritus los que habían dejado caer su poder sobre la tripulación de la galera, y a él no le quedaba más remedio que enterarse del alcance de dicho poder.

Aunque en la habitación ardía un buen fuego, a base de hermosos troncos de pino y eucalipto, hacia medianoche comenzó a invadirla un mortífero frío. Los dedos de Evagh se entorpecieron sobre las páginas de pergamino, de manera que casi no podía ni moverlas. El frío se hizo más intenso, disminuyendo la circulación de su sangre como si fuera hielo puro, y sintió sobre su rostro el aliento de un viento gélido. Sin embargo, las pesadas puertas y las ventanas de sólidos paneles estaban perfectamente cerradas, mientras en el interior el fuego ardía con todas sus fuerzas, sin necesidad de volverlo a cargar.

Entonces, con ojos cuyos párpados se endurecían, Evagh vio cómo la habitación se iluminaba con una luz que penetraba por las ventanas orientadas hacia el norte. Pálida era la luz y llegaba a la habitación en un rayo enorme que caía directamente donde se encontraba sentado. La luz cruzó sus ojos con una brillantez helada y el frío se hizo más crudo con el resplandor; el viento silbó fuera de la luz, y ya no parecía aire, sino un elemento extraño, tan irrespirable como el éter. En vano, y con la mente entorpecida, luchó por recordar los exorcismos de Pnom; pero su aliento le ahogó en el viento afilado como un cuchillo y cayó en una especie de sopor muy próximo a la muerte. Le pareció oír voces que murmuraban encantamientos desconocidos, mientras que la luz cegadora y el éter le embebían flotando como una marea en su derredor. Al poco tiempo tuvo la sensación de que sus ojos y su carne se iban acostumbrando; y pudo volver a respirar, y su sangre corrió de nuevo por sus venas, y el sopor se disipó, y se levantó como si regresase de la muerte.

La extraña luz caía sobre él con todas sus fuerzas a través de las ventanas; pero el entumecimiento del frío había desaparecido de sus miembros y ya no sentía el frescor propio de las últimas noches del estío. Al mirar por una de las ventanas contempló un espectáculo inusitado: en el puerto se encontraba un iceberg como ningún barco había visto hasta entonces en su navegar por el norte. Llenaba el amplio puerto de orilla a orilla y se elevaba hasta una altura inconmensurable con escarpados superpuestos y precipicios profundos; sus cumbres colgaban como torres en el cenit. Era más grande y más alto que la montaña Yarak, que delimita la frontera con el polo boreal, y desde su cúspide despedía un resplandor helado, más pálido y más brillante que la luz de la luna llena.

Al pie del iceberg, en la orilla, quedaban los restos carbonizados de la galera, y entre los mismos podían distinguirse los cadáveres incombustibles. A lo largo de las playas arenosas y de las rocas había pescadores caídos o todavía en pie, en posturas

rígidas y quietas, como si hubieran descendido hasta la orilla para contemplar al gran iceberg y sucumbido a un sueño mágico. Y todo, desde el puerto y la playa hasta el jardín de Evagh, resplandecía pálidamente, como si estuviera bajo un grueso manto de hielo.

Consciente de una gran maravilla, Evagh sintió deseos de salir de su casa; pero aún no había dado tres pasos cuando sintió que se entorpecían todos sus miembros, mientras un sueño profundo invadía sus sentidos allí mismo donde se encontraba.

Cuando despertó el sol brillaba en lo alto. Al mirar afuera fue testigo de otra nueva maravilla: ya no podía distinguir ni su jardín, ni las rocas, ni la playa. En su lugar sólo quedaban plataformas lisas de hielo que rodeaban su casa, con altos picachos. Más allá del hielo pudo ver un mar muy lejano, y más allá del mismo, una playa triste y confusa.

Entonces, Evagh se sintió lleno de miedo, al reconocer en cuanto veía los resultados de una magia fuera del poder de los magos mortales. Estaba seguro que su sólida casa de piedra ya no se encontraba en la costa de Mhu Thulan, sino sobre alguna cresta superior del enorme iceberg que contemplara la noche anterior. Temblando, se arrodilló y rezó a los Antiguos, que habitaban secretamente en cavernas subterráneas, o bajo el mar, o en espacios extraterrestres. Mientras rezaba oyó unos golpes fuertes sobre la puerta.

No sin temor, se levantó y abrió el portal. Ante él se encontraban dos hombres, de rostro extraño y piel brillante, cuyas capas se asemejaban a las que acostumbran a llevar los magos, con letras entrelazadas⁴. Dichos caracteres eran bastos y desconocidos, pero cuando los hombres le hablaron comprendió parte de su lengua, un dialecto de las islas hyperbóreas.

—Servimos al Ser Exterior cuyo nombre es Rlim Shaikorth —dijeron—. Procedente de espacios más allá del norte ha llegado en su ciudadela flotante, la montaña de hielo Yikilth. de donde brota un frío extremado y un resplandor pálido que quema la carne humana. Sólo nos ha respetado a nosotros de entre todos los habitantes de la isla Thulask, acomodando nuestro cuerpo al rigor de su morada, haciendo respirable para nosotros un aire insoportable para cualquier mortal y llevándonos consigo a lo largo de su travesía en Yikilth. También tú has sido respetado y aclimatado mediante sus encantamientos al frío y al éter. Saludos, oh Evagh, a quien consideramos un gran mago, ya que sólo los hechiceros más poderosos son elegidos y perdonados.

Evagh no salía de su asombro; pero al ver que tenía que entenderse con hombres como él, interrogó detenidamente a los dos magos de Thulask. Se llamaban Dooni y Ux Loddhan respectivamente, y hablaban con respeto de los viejos dioses. Nada podían decirle sobre Rlim Shaikorth, pero le confesaron que su servicio para con dicho ser era igual a la adoración y culto que se rinden a un dios, junto con el rechazo de cuantos lazos le unieran hasta entonces con la humanidad. También le dijeron a Evagh que debía partir con ellos inmediatamente, llegar a la presencia de Rlim Shaikorth y realizar el ritual acostumbrado de obediencia y acatamiento del lazo señor—siervo.

Evagh acompañó a los thulaskianos. quienes le condujeron hasta el pico más alto de hielo, sobre el que caían impotentes los rayos del sol. Dicho pico estaba hueco; descendiendo por unas escaleras de hielo, llegaron por fin a la cámara de Rlim Shaikorth, de planta circular abovedada, y con un bloque redondo en el centro formando un trono.

Al ver lo que ocupaba el trono, el pulso de Evagh se paralizó durante un instante por el terror; después de la primera sensación de miedo, se le revolvió el estómago de puro asco y repugnancia. Nada en el mundo podía compararse por su fealdad a Rlim

⁴ El autor se refiere a ciertos caracteres pertenecientes al alfabeto de los antiguos pueblos germánicos (*N. del T.*)

Shaikorth. En cierto modo se parecía a un gusano gordo y blanco, pero su tamaño superaba con creces el de un elefante marino. Su cola, medio enroscada, era tan gruesa como los pliegues centrales de su cuerpo, y la parte frontal del mismo se elevaba del trono hacia arriba formando un disco blanco sobre el cual estaban impresos algunos rasgos. En lo que podría llamarse rostro, observábase una boca curva tan ancha como el disco, que se abría y se cerraba incesantemente dejando ver una cavidad pálida exenta de lengua y de dientes. Las cuencas de los ojos estaban muy juntas, encima de las profundas aletas de la nariz; pero dichas cuencas se hallaban vacías, y en vez de ojos aparecían de cuando en cuando glóbulos de una sustancia sanguinolenta, que se desparramaba delante del trono. Del suelo helado ascendían dos masas parecidas a las estalagmitas, oscuras y de color granate, que se habían formado con el incesante chorrear de los glóbulos.

Dooni y Ux Loddhan se postraron, y Evagh creyó oportuno imitarlos. Mientras permanecía tendido sobre el hielo oyó cómo caían las gotas rojas con el mismo ruido que el de gruesas láminas; entonces le pareció oír una voz que llegaba desde la cúpula, y la voz se parecía al sonido de una catarata oculta en un glaciar hueco lleno de cavernas.

—Oh Evagh —dijo la voz—, te he conservado de la desdicha de los demás, haciéndote igual a los que habitan dentro de las fronteras del frío y respiran el vacío sin aire. Tuya será la sabiduría eterna, y el dominio inalcanzable para los mortales, si me adoras y te conviertes en mi servidor. Viajarás conmigo por los reinos y las islas de la tierra y contemplarás cómo cae sobre ellos la blanca muerte que despide la luz de Yikilth. Nuestra llegada llevará una helada perpetua a sus jardines, infligiendo en la carne de la gente el rigor de los golfos transárticos. Y todo esto lo verás tú mismo, como si fueras uno de los señores de la muerte, sobrenatural e inmortal; y al final regresarás conmigo al mundo que se extiende más allá del polo, donde se encuentra mi imperio.

Al ver que no tenía opción alguna, Evagh declaró estar dispuesto a rendir culto y servicio al gusano pálido. Siguiendo las instrucciones de sus colegas, realizó los ritos impropios de ser narrados, y juró el voto de servidumbre.

La travesía fue muy extraña, ya que al parecer el gran iceberg se movía por magia, superando toda clase de vientos y mareas. A medida que avanzaban les precedía el gélido resplandor que emanaba de Yikilth. Alcanzaron grandes galeras, cuyas tripulaciones quedaron congeladas en los remos. Los alegres puertos hyperbóreos, activos con el tráfico marítimo, se paralizaban a la llegada del iceberg. Calles y muelles quedaban inactivos y era nulo el ajetreo habitual en los puertos cuando llegaba la luz pálida. Los rayos alcanzaban las zonas del interior llevando a los campos y a los jardines una helada más duradera que el propio invierno; se helaban los bosques, y las bestias que pastaban se convenían en estatuas de mármol, de manera que los hombres que llegaron años después se encontraron a los ciervos, osos y mamuts en las posturas que tenían en el momento de morir. Pero Evagh, sentado en su casa o caminando por el iceberg, no sentía más frío que el propio de los crepúsculos estivales.

Además de Dooni y Ux Loddhan había otros cinco magos que viajaban con Evagh, escogidos igualmente por Rlim Shaikorth y transportados con sus casas al iceberg mediante encantamientos desconocidos. Eran extranjeros, llamados polarianos, y procedían de islas más próximas al polo que la gran Thulask. Evagh no terminaba de comprender sus costumbres, su magia le era extraña y su lengua incomprensible, al igual que para los thulaskianos.

Los ocho magos encontraban cada día sobre sus mesas todo lo necesario para la subsistencia humana, aunque desconocían al suministrador. Lo que les unía era la adoración al gusano. Pero Evagh estaba intranquilo en su fuero interno, al contemplar la

desgracia que conllevaba la aparición de Yikilth en ciudades maravillosas y zonas costeras muy productivas. No sin pena, observó la congelación de la florida Cerngoth, y la quietud que se apresuró de las ruidosas calles de Leqqan, y la helada que repentinamente cayó sobre las vegas y huertas del valle marítimo de Aguil.

El gran iceberg continuaba su viaje hacia el sur, llevando consigo el invierno mortal a tierras donde el sol estival lucía intensamente. Y Evagh se guardó para sí mismo sus pensamientos, siguiendo en todo las costumbres de los demás. A intervalos regulados por los cambios de las estrellas circumpolares, los magos ascendían hasta la cámara donde Rlim Shaikorth residía continuamente, medio enroscado sobre su trono de hielo. Una vez allí, y siguiendo un ritual cuya cadencia se correspondía con la caída de las lágrimas en forma de ojo, y con genuflexiones acordes con los bostezos de la boca del gusano, rendían a Rlim Shaikorth la adoración exigida. Y Evagh aprendió de los demás que el gusano dormía durante cierto tiempo cada vez que se oscurecía la luna; y sólo entonces cesaban de caer las lágrimas sanguinolentas y los bostezos.

A la tercera repetición de los ritos, sólo siete magos subieron a la torre. Al contarlos, Evagh se dio cuenta que el que faltaba era uno de los cinco extranjeros. Más tarde interrogó a Dooni y a Ux Loddhan e hizo signos de interrogación a los cuatro norteños; pero al parecer la suerte del mago que faltaba constituía igualmente un misterio para ellos. Ni le habían visto ni oído: después de mucho meditar, Evagh se sintió muy intranquilo. Dicha inquietud se debía a que durante la ceremonia en la cámara de la torre le había parecido que el gusano estaba más grueso que la vez anterior.

Discretamente preguntó a los thulaskianos qué clase de alimentos necesitaba Rlim Shaikorth. En este sentido, ninguno se ponía de acuerdo, ya que Ux Loddhan mantenía que el gusano se nutría con los corazones de los blancos osos polares, mientras que Dooni juraba que su alimento consistía en el hígado de las ballenas. Pero, en conjunto, coincidían en que el gusano no había comido durante su estancia sobre el Yikilth.

Pero el iceberg continuaba su camino bajo el ardiente sol; y una vez más, en la fecha señalada por las estrellas, es decir, cada dos días, los magos acudían a la presencia del gusano. Ahora sólo quedaban seis, y el hechicero que faltaba era otro extranjero. El gusano estaba más gordo aún que la vez anterior, engordando visiblemente desde la cabeza hasta la cola.

En esta ocasión, y utilizando cada uno su propia lengua, los seis magos restantes imploraron al gusano que les explicase la suerte corrida por sus dos compañeros ausentes. Y el gusano contestó, y su lenguaje era comprensible para todos, y cada uno pensaba que le hablaba en su propio idioma:

—Esto es un misterio, pero seréis informados a vuestro debido tiempo. Sabed esto: los dos que han desaparecido están presentes; y tanto ellos como vosotros disfrutaréis por igual de las riquezas ultramundanas y del imperio de Rlim Shaikorth, como os he prometido.

Cuando descendieron de la torre, Evagh y los dos thulaskianos discutieron acerca de la interpretación de dicha respuesta. Evagh mantenía que sus compañeros desaparecidos sólo estaban presentes desde el estómago del gusano; pero los otros sostenían que dichos hombres habían sufrido una transformación más mística, y se encontraban elevados por encima de la vista y el oído humanos. A partir de entonces comenzaron a prepararse con oraciones y ayuno para la sublime apoteosis que, según creían, les llegaría a su vez. Pero Evagh no podía confiar en las promesas confusas del gusano, y la duda y el temor aumentaron en su ánimo.

Con esperanza de encontrar alguna huella de los polarianos perdidos para mitigar su incertidumbre, realizó una búsqueda a fondo por el gran iceberg, donde tanto su casa como las de los demás hechiceros estaban colgadas, al igual que las diminutas cabañas

de los pescadores, sobre los acantilados. Nadie le acompañó en su búsqueda, por temor a desagradar al gusano. Deambuló de una punta a la otra y escaló los peligrosos escarpados de hielo; descendió por los precipicios y penetró en las cuevas donde el sol no llega, y cuya única luz era el extraño brillo que se desprendía del hielo. Empotradas en las paredes, como si estuvieran incrustadas en la roca madre, vio casas como nunca las construyera el hombre, y navíos que bien podían pertenecer a otras edades y a otros mundos; pero en ninguna parte pudo detectar la presencia de criaturas vivas, y ningún espíritu o sombra respondió a sus llamadas.

En consecuencia, Evagh temía aún la traición del gusano, por lo que decidió permanecer despierto la noche anterior a la siguiente celebración de los ritos de adoración. La víspera de dicha noche se aseguró que los otros magos se hallaban en sus respectivas casas, hasta cinco; entonces se propuso vigilar sin remisión la entrada a la torre de Rlim Shaikorth, perfectamente visible desde sus propias ventanas.

La luz que despedía el gran iceberg en la oscuridad era extraña y fría, desparramando un sinfín de estrellas heladas. La luna apareció muy pronto sobre el mar oriental. Pero Evagh, firme en su vigilia desde su ventana hasta bien entrada la medianoche, no vio forma alguna que saliese o entrase a la torre. A medianoche cayó súbitamente presa de un gran sopor, y no pudiendo mantener la vigilancia por más tiempo, durmió profundamente durante el resto de la noche.

Al día siguiente sólo quedaban cuatro magos, quienes se reunieron en la cámara de hielo para tributar el acostumbrado homenaje a Rlim Shaikorth. Evagh observó que otros dos extranjeros, hombres de menos estatura y tamaño que sus compañeros, también faltaban.

Uno tras otro desaparecieron los compañeros de Evagh las vísperas de las noches prescritas para la ceremonia de adoración. La siguiente víctima fue el último polariano; y llegó un momento en que sólo fueron a la torre Evagh, Ux Loddhan y Dooni, pero luego Evagh y Ux Loddhan fueron los únicos en acudir. El terror de Evagh aumentaba diariamente y se habría lanzado al mar desde Yikilth si

Ux Loddhan, adivinando su intención, no le hubiera advertido que ningún hombre podía escaparse de allí y seguir viviendo después en el calor solar, respirando el aire terrenal, cuando ya estaba acostumbrado al frío y al intangible éter.

Llegó el momento en que la luna se oscureció completamente, y Evagh llegó ante Rlim Shaikorth preso de una gran agitación. Cuando penetró en la bóveda, con los ojos humillados, advirtió que era el único adorador.

El miedo le paralizaba mientras rendía obediencia, y apenas se atrevía a elevar la vista y contemplar al gusano. Pero poco después, al iniciar las genuflexiones de rigor, pudo observar que las lágrimas rojas de Rlim Shaikorth ya no caían sobre las estalagmitas granates; tampoco se oía ruido alguno, como el que acostumbraba a hacer el gusano con sus perpetuos abrir y cerrar de boca. Por último, Evagh se atrevió a levantar la vista, y pudo observar que la masa hinchada del monstruo desbordaba por completo el borde del trono, cayendo por los lados del mismo; además, tanto la boca como las cuencas de los ojos estaban completamente cerradas. Entonces se acordó de lo que le dijeran los magos de Thulask: el gusano dormía durante cierto tiempo cada vez que se oscurecía la luna.

Pero Evagh estaba desconcertado: los ritos que le habían enseñado sólo se podían realizar mientras cayesen las lágrimas de Rlim Shaikorth y su boca se abriese y cerrase alternativa y rítmicamente. Nadie le había dicho cuáles eran los ritos adecuados cuando el gusano dormía. Tan grande era su incertidumbre, que dijo suavemente:

—¡Despertaos, oh Rlim Shaikorth!

Como respuesta, le pareció oír una multitud de voces que procedían oscuramente de la pálida masa que tenía ante sí. El sonido de las voces le llegaba amortiguado, pero pudo distinguir los acentos de Dooni y de Ux Loddhan entre un murmullo denso de palabras desconocidas que identificó con la lengua de los cinco polarianos, y, al fondo de todo, captó innumerables susurros pertenecientes a criaturas no terrenales. Y las voces se hicieron más sonoras, produciendo un clamor parecido al de prisioneros confinados en algún calabozo profundo.

Pero mientras escuchaba preso de asombro y terror, la voz de Dooni se dejó oír por encima de las demás, y cesó el clamar y el murmullo, como si una multitud se silenciara para dejar hablar a un portavoz. Y Evagh oyó la voz de Dooni, que decía:

—El gusano duerme, pero nosotros, los que hemos sido devorados por él, estamos despiertos. Nos ha engañado sutilmente, y ha venido a nuestras casas durante la noche para devorarnos uno a uno mientras dormíamos bajo sus encantamientos. Se ha comido nuestras almas y nuestros cuerpos, y ahora formamos parte de Rlim Shaikorth, aunque sólo existamos en un calabozo oscuro y ruidoso. Mientras el gusano duerme, carecemos de cuerpo separado, ya que estamos inmersos en el propio ser de Rlim Shaikorth.

—Escucha, pues, oh Evagh, la verdad que hemos aprendido al formar un sólo ser con el gusano. Nos ha salvado del sino blanco y nos ha traído a Yikilth por la siguiente razón: somos los únicos de toda la humanidad que, por ser hechiceros con grandes dotes y conocimientos, podemos soportar el peligroso cambio al hielo, y respirar en un ambiente sin aire, *y en consecuencia, convertirnos en un alimento apropiado para él.*

»El gusano es tan poderoso como terrible, y el lugar de donde procede y al cual regresará no cabe en imaginación humana. El gusano es todopoderoso, excepto por el hecho de que desconoce el despertar de los que ha devorado, y la conciencia de los mismos durante su sopor. Pero el gusano, aunque es más antiguo que la antigüedad misma de los mundos, no es inmortal, sino vulnerable en una forma muy particular. Quien conozca el momento y la forma de su vulnerabilidad, y posea los arrestos necesarios, puede darle muerte fácilmente. Por tanto, te rogamos ahora en nombre de la fe para con los Antiguos que desenvaines la espada que llevas bajo el manto y la hundas en el costado de Rlim Shaikorth: así es como puede morir.

»Ésta es la única manera de poner fin a la muerte blanca, y de que nosotros, tus colegas, obtengamos la libertad de nuestro encarcelamiento; y junto con nosotros, son muchos los traicionados y devorados por el gusano en épocas anteriores y en mundos lejanos. Además, ésta es la única forma, asimismo, de que te libres de las fauces del gusano, y no te veas enclaustrado como un fantasma dentro de su estómago. Pero has de saber, no obstante, que quien dé muerte a Rlim Shaikorth perecerá a su vez en la empresa.

En medio de su gran asombro, Evagh interrogó a Dooni, quien le respondió con rapidez a todas sus preguntas. Aprendió mucho acerca del origen y esencia del gusano, así como de la forma en que Yikilth había descendido flotando desde los golfos transpolares para navegar por los mares de la Tierra. A medida que escuchaba, aumentaba su aborrecimiento, si bien las prácticas de magia negra hacía tiempo que endurecieran su carne y su alma, permitiéndole soportar sin inmutarse horrores indescriptibles. Pero enfermaríamos si relatásemos todo lo que oyó y aprendió.

Por último, el silencio invadió la bóveda; Evagh se sentía sin fuerzas para seguir haciendo preguntas al fantasma de Dooni, y, por su parte, los que estaban encerrados con este último parecían esperar y mirar con la quietud de los muertos.

Hombre de decisión y valentía, Evagh no retrasó por más tiempo su cometido, y desenvainó de la vaina de marfil la espada de bronce corta y bien templada, que llevaba en su cinto. Acercándose al trono, hundió la hoja en la hinchada masa de Rlim

Shaikorth. El arma penetró fácilmente, cortando y desgarrando, como si hubiera tocado un hígado monstruoso donde también cabía el ancho empuñadura; por último, la mano derecha entera de Evagh fue arrastrada dentro de la herida.

Por parte del gusano no pudo apreciar ningún movimiento, si bien de la herida brotó un torrente de una materia líquida de color negruzco, que fue adquiriendo mayor rapidez y densidad, hasta que la espada de Evagh quedó atrapada como si estuviera en un torbellino. Mucho más caliente que la sangre, y despidiendo extraños vapores humeantes, el líquido empapó sus brazos y ropas. En escasos minutos, el hielo del suelo estaba completamente cubierto, pero el fluido seguía brotando como si surgiese de alguna fuente inagotable de suciedad, desparramándose por doquier y formando charcos y riachuelos.

Evagh hubiera escapado entonces, pero cuando llegó a la escalera principal el líquido oscuro seguía subiendo, llegándole hasta los tobillos, precipitándose delante de él, escaleras abajo, como una catarata. Cada vez estaba más caliente, hirviendo y burbujeando mientras que la corriente aumentaba, agarrándole y atrayéndole con garras malignas. No se atrevía a intentar las escaleras hacia el piso inferior, pero tampoco podía encaramarse a ningún sitio dentro de la cámara abovedada. Al darse la vuelta, luchando contra la marejada por no perder pie, pudo ver entre los densos vapores la masa entronizada de Rlim Shaikorth. La herida se había agrandado prodigiosamente y el vapor salía como si fuera el agua que se escapa de una tubería rota; pero aun así, y como prueba indiscutible de la naturaleza sobrenatural del gusano, *no por ello había disminuido lo más mínimo su enorme corpachón*. El negro líquido seguía brotando a grandes borbotones, subiendo rápidamente hasta las rodillas de Evagh; por su parte, los vapores parecían adoptar la forma de fantasmales sirenas, retorciéndose y multiplicándose difusamente al pasar por su lado. Entonces, cuando luchaba en vano por mantenerse en pie, la marea negra le arrastró violentamente, lanzándole a una muerte segura por los peldaños de hielo, hacia los profundos abismos.

Ese mismo día, las tripulaciones de algunos veleros mercantes, que navegaban por el mar que se extiende al este de la Hyperbórea central, contemplaron un espectáculo insólito. Al avanzar hacia el norte, de regreso de las lejanas islas oceánicas y ayudados por un viento favorable, divisaron a la caída de la tarde un iceberg monstruoso, cuyas cumbres se elevaban tan altas como montañas. Parte del bloque de hielo brillaba con una luz extraña, mientras que desde el pico más alto brotaba un torrente tan negro como la tinta: todas las colinas de hielo y las plataformas inferiores estaban completamente cubiertas de ríos y cascadas de idéntica negrura, que humeaban como agua hirviendo al lanzarse al océano; el mar que rodeaba al iceberg estaba nublado y rayado en una enorme extensión, como si se tratase de una gran cantidad de Líquido negro de los pulpos.

Los marineros no se atrevían a acercarse; pero presos de asombro y admiración, pararon sus remos y permanecieron quietos contemplando el iceberg; además, cesó el viento, con lo cual sus galeras no pudieron alejarse en todo el día. El iceberg se balanceó suavemente, derritiéndose como si lo consumiera algún fuego desconocido; el aire adquirió un calor extraño entre golpes de frío ártico, y el agua que rodeaba sus barcos se tornó tibia. El hielo se deshacía trozo a trozo, y las grandes torretas heladas caían en el mar con gran estruendo, hasta que se desmoronó el pico más alto; pero el líquido negro brotaba aún como de una fuente inagotable. Los espectadores creyeron ver por un instante casas que se deslizaban hacia el mar entre restos sueltos, aunque tampoco estaban seguros a causa de los densos vapores. A la hora del crepúsculo, el iceberg se había reducido a una masa no mayor que la de un islote de hielo normal; pero la corriente negra no cesaba; y cuando el iceberg se hundió en su totalidad, la extraña

luz se apagó. A partir de entonces, y dada la ausencia de luz lunar, se perdió en la oscuridad. Se levantó una galerna, que soplabla con fuerza desde el sur, y con el amanecer el mar surgió limpio de vestigios.

Referente a los temas relatados más arriba, son muchas las leyendas que han corrido por todo Mhu Thulan, así como por todos los reinos hyperboreales y sus archipiélagos. La verdad no se encuentra en dichos relatos, ya que ningún hombre ha conocido la verdad hasta ahora. Pero yo, el mago Eibon, convocando con mi necromancia al espíritu vagabundo de Evagh, he podido enterarme a través de él de la verdadera historia sobre la llegada del gusano. Y la he escrito en mi volumen omitiendo únicamente aquello que considero necesario teniendo en cuenta la debilidad y salud mortales. Y los hombres leerán este informe, muchos días después de la llegada y deshielo del gran glaciar.

La Llegada Del Gusano Blanco, 1941

Hyperbórea

Clark Ashton Smith

Trad. Guadalupe Rubio de Urquía

Colección Ciencia Ficción, 19

EDAF, 1978

UBBO—SATHLA

CLARK ASHTON SMITH

“Ya que Ubbo—Sathla es el principio y el fin. Antes de la llegada de Zhothaquah o Yok—Zothoth o Kthulhut procedentes de las estrellas, Ubbo—Sathla habitaba en las bocas humeantes de la Tierra recién creada: era una masa sin cabeza ni miembros, que generaba las deformes salamandras grises que serían los primeros prototipos de vida terrenal... Y toda la vida de la Tierra volverá, de acuerdo con la tradición, a través del gran círculo del tiempo, a Ubbo—Sathla.”

Libro de Eibon.

Paul Tregardis encontró el vidrio lechoso entre un montón de curiosidades de muchos países y muchas épocas. Había entrado en la tienda del anticuario sin propósito alguno, excepto el de entretenerse con la distracción que siempre proporciona el curioso y manoseo de objetos dispares y acumulados. Al echar una ojeada poco entusiasta, le llamó la atención un resplandor opaco procedente de una mesa; por último, pudo rescatar la extraña piedra en forma de globo de su oscuro retiro entre un pequeño ídolo azteca bastante feo, un huevo de didornis fosilizado, y un fetiche hartamente obscuro tallado en madera negra del Níger.

El extraño objeto tendría el tamaño de una naranja pequeña, con los polos ligeramente achatados, igual que un planeta. Tregardis se sintió intrigado, ya que no era un cristal ordinario, puesto que presentaba una superficie opaca y cambiante, así como un resplandor intermitente en el corazón, como si por dentro se iluminase y se apagase a intervalos. Sujetándolo delante de la ventana, por donde penetraba la mortecina luz invernal, lo estudió durante un buen rato sin poder determinar el secreto de dicha intermitencia. En breve su intriga se vio complicada por una sensación vaga de familiaridad irreconocible, como si ya hubiera visto el objeto con anterioridad, pero en circunstancias que había olvidado por completo.

Recurrió al anticuario, un hebreo menudo que rezumaba él mismo antigüedad, dando la impresión de estar totalmente ajeno a las consideraciones comerciales, e inmerso en una maraña de ensueño cabalístico.

—¿Podría decirme algo sobre esto?

El vendedor se encogió de hombros, a la vez que arqueaba las cejas.

—Es muy antiguo; podría decirse que paleoegeo. No es mucho lo que puedo decirle, ya que es poco lo que sabemos. Un geólogo lo encontró en Grecia, bajo el cielo glacial, en un estrato micénico. ¿Quién sabe? Puede que perteneciera a algún mago de la Thula primaveral. En épocas micénicas Grecia era una región caliente y fértil. No hay duda de que se trata de un cristal mágico, y cualquiera puede contemplar extrañas visiones en su corazón, si lo mira durante el suficiente tiempo.

Tregardis se sobresaltó, ya que la sugerencia aparentemente fantástica del vendedor le había recordado sus propias investigaciones en una rama de la sabiduría hartamente oscura, remitiéndole concretamente al *Libro de Eibon*, el más extraño y raro volumen de las ciencias ocultas olvidado hacía tiempo, y que según la tradición perduró a través de una

serie de traducciones diversas desde el original prehistórico, escrito en el perdido idioma de Hyperbórea. No sin gran dificultad, Tregardis pudo conseguir la versión medieval francesa —copia que había pertenecido a muchas generaciones de hechiceros y adoradores de Satán—, pero nunca pudo encontrar el manuscrito griego de donde salió dicha versión.

El fabuloso y remoto original fue obra de un gran mago hyperbóreo, quien le había dado su nombre. Se trataba de una colección de mitos oscuros y densos, de liturgias, rituales e invocaciones esotéricas dedicadas al mal. A lo largo de sus estudios, un tanto extraños para cualquier persona corriente, Tregardis se había dedicado, no sin cierto temor, a la comparación del volumen francés con el terrible *Necronomicón*, del árabe loco Abdul Alhazred. Había encontrado numerosas correspondencias cuyo significado era tan negro como escalofriante, junto con muchos datos prohibidos que, o bien eran desconocidos para el árabe, o bien los había omitido él mismo... o sus traductores.

¿Era esto lo que había tratado de recordar —se preguntaba Tregardis—, la referencia breve y casual en el *Libro de Eibon*, a un cristal opaco que perteneciera al mago Zon Mezzamalech, en Mhu Thulan? Evidentemente, era demasiado fantástico, demasiado hipotético, demasiado increíble; pero Mhu Thulan, esa parte septentrional de la antigua Hyperbórea, parecía haber correspondido más o menos con la Grecia actual, que a su vez estuvo unida como península al continente. ¿Sería posible que la piedra que tenía en la mano, por un maravilloso azar, fuera el cristal de Zon Mezzamalech?

Tregardis se sonrió para sí mismo, con una ironía interna, ante la idea de concebir semejante consideración absurda. Esas cosas no solían ocurrir, por lo menos en el Londres actual; por otro lado, lo más probable es que el *Libro de Eibon* no fuese más que una mera fantasía supersticiosa. No obstante, había algo en el cristal que seguía atrayéndole, y terminó por adquirirlo a un precio bastante moderado. El vendedor pronunció una cifra y el comprador la pagó sin regateo alguno.

Con el cristal en el bolsillo, Paul Tregardis regresó inmediatamente a sus habitaciones, en vez de continuar su paseo. Instaló el blanquecino globo sobre su escritorio, donde se posó sobre uno de sus lados planos. Entonces, sonriéndose aún ante su propio absurdo, tomó el amarillento manuscrito de pergamino con el *Libro de Eibon* de su sitio, entre una colección de literatura rebuscada. Abrió la cubierta de cuero bermellón con cerrajes de hierro mohoso y leyó para sí mismo, traduciendo del francés antiguo el párrafo referente a Zon Mezzamalech:

“Este mago, poderoso entre los hechiceros, había encontrado una piedra nublada, con forma de orbe y achatada por los lados, en cuyo interior se podían contemplar muchas visiones del pasado terrenal, retrocediendo incluso hasta el principio de la Tierra, cuando Ubbo—Sathla, la fuente no concebida, se extendía vasta e hinchada, germinando entre el fango humeante... Pero de lo que él contemplara, poco dejó escrito Zon Mezzamalech; y la gente cuenta que desapareció inmediatamente después, en forma desconocida, perdiéndose entonces en el cristal nublado”.

Paul Tregardis dejó a un lado el manuscrito. Una vez más, sintió que había algo que le atraía y le intrigaba, algo parecido a un sueño perdido o una memoria condenada al olvido. Movido por un sentimiento que no se detuvo ni a interrogar ni a escrutar, se sentó ante la mesa y comenzó a contemplar intensamente el interior frío y nebuloso del globo. Experimentó una expectación que, de alguna manera, le era tan familiar, tan inherente a su consciente, que no tuvo ni que definírsela a sí mismo.

Permaneció sentado minuto tras minuto, contemplando la luz intermitente y misteriosa que brotaba del corazón del cristal. Lentamente, y sin darse cuenta, le invadió una sensación de dualidad ensoñadora, con respecto a su persona y a su entorno. Seguía siendo Paul Tregardis, y al mismo tiempo otra persona; la habitación

era la de su apartamento londinense, pero también una recámara de otro lugar extraño pero hartamente conocido. Y desde ambos sitios contemplaba intensamente el mismo cristal.

Después de un prolongado intervalo, y sin sorpresa alguna por parte de Tregardis, se completó el proceso de reidentificación. Supo que Zon Mezzamalech era un mago de Mhu Thulan, así como un estudiante de todos los conocimientos anteriores a su propia época. Sabio en secretos terribles pero desconocidos para Paul Tregardis, estudioso aficionado a la antropología y ciencias ocultas en el moderno Londres, deseó adquirir un conocimiento mayor y más terrible aún por medio del cristal nublado.

Había comprado la piedra en circunstancias dudosas y en un lugar bastante siniestro. Era una pieza única, sin paralelo alguno en ningún sitio ni en ninguna época. Se creía que todo lo ocurrido en la historia del mundo a través de los años estaba reflejado en sus profundidades, revelándose a quien la contemplase recientemente. Y a través del cristal, Zon Mezzamalech soñó con recuperar la sabiduría de los dioses que habían muerto antes de que naciera la Tierra. Habían pasado el vacío sin luz, dejando inscrita su sabiduría en tablas de piedra ultraestelar; dichas tabletas quedaron bajo la custodia del demiurgo deforme, primitivo e idiota, llamado Ubbo—Sathla. Así, sólo mediante el cristal podría Zon Mezzamalech encontrar las tablas y leerlas.

Era la primera vez que ponía a prueba las famosas cualidades del cristal. Se encontraba en una cámara cuyas paredes estaban cubiertas con paneles de marfil, y donde se acumulaban los libros e instrumentos de magia, visión que se apreciaba en medio de una consciente nebulosa. Ante él, sobre una mesa de alguna madera oscura de Hyperbórea grabada con cifras grotescas, el cristal se hinchaba y se hundía visiblemente, mientras que en su nublada profundidad proyectaba una serie de escenas difusas que se esfumaban como burbujas de jabón. Como si contemplase un mundo de verdad, las ciudades, los bosques, las montañas, los mares y las praderas se sucedían bajo él, encendiéndose y apagándose como si estuvieran sujetos al paso de los días y de las noches en una corriente de tiempo muy acelerada.

Zon Mezzamalech se había olvidado de Paul Tregardis, perdiendo conciencia incluso de su propia entidad y entorno en Mhu Thulan. A cada momento, la visión fugaz que se reflejaba en el cristal se hacía más definida y distinta, mientras que el propio globo se hacía denso hasta marearle, como si mirase desde una altura insegura a un abismo insondable. Sabía que el tiempo retrocedería dentro del cristal, desenrollando para él las imágenes de todos los días pasados; pero pronto se apoderó de él una alarma extraña, y no se atrevió a seguir su contemplación. Como si hubiera estado a punto de caer de un precipicio, dio un respingo y se retiró del globo misterioso.

Ante sus ojos surgió otra vez el gran mundo vertiginoso en que se había zambullido como si fuera un cristal pequeño y nublado, que se posaba sobre su desgastada mesa en Mhu Thulan. Entonces, y progresivamente, tuvo la sensación de que la gran habitación con paneles esculpidos de marfil de mamut disminuyese para convertirse en otra estancia más reducida y sucia; y Zon Mezzamalech, perdiendo su sabiduría sobrenatural así como sus poderes mágicos, retornó, mediante una regresión extraña, a la persona de Paul Tregardis.

Pero al parecer no pudo volver del todo. Entre mareado y asombrado, Tregardis se encontró ante el escritorio donde depositara la esfera achatada. Sentía la confusión de quien ha soñado y todavía no se ha despertado del todo. La habitación le intrigaba en cierto modo, como si el tamaño o la decoración hubiesen cambiado; por otro lado, su recuerdo de la compra del cristal al anticuario se mezclaba extrañamente con la impresión de haberlo adquirido de muy distinta manera.

Experimentó la sensación de que le había pasado algo muy extraño al mirar dentro del globo, si bien no podía recordar exactamente de qué se trataba. Lo único que le

quedaba era una especie de atontamiento psíquico, parecido al que suele producir una porción de hachís. Se aseguró a sí mismo que en efecto no era otro que Paul Tregardis, que vivía en una determinada calle de Londres, y que el año era 1933. Pero dichas verdades tan prosaicas carecían en ese momento de validez y significado, ya que tenía la sensación de estar flotando en un mundo de sombras e insustancial. Las paredes parecían temblar como el humo; la gente de la calle eran los fantasmas; y él mismo no era más que una sombra perdida, un eco errante de algo olvidado hacía mucho.

Decidió no repetir el experimento de contemplar el globo de cristal. Los efectos eran demasiado desagradables y confusos. Pero al día siguiente, movido por un impulso irracional ante el cual se rindió casi mecánicamente, sin esfuerzo alguno, se encontró sentado delante del poderoso globo. Una vez más se convirtió en el hechicero Zon Mezzamalech, de Mhu Thulan; una vez más soñó que recobraba la sabiduría de los dioses premundanos; una vez más se retiró del profundo cristal víctima del miedo de quien teme caer; y, de nuevo, volvió a ser Paul Tregardis, si bien con menos claridad que la vez anterior.

Tregardis repitió tres veces la misma experiencia a lo largo de los días subsiguientes, y en cada ocasión, tanto su persona como el mundo que le rodeaba se fue haciendo más tenue y confuso. Sus sensaciones eran las de un soñador que está a punto de despertar, y el propio Londres le parecía tan irreal como los países que surgen entre sueños, retrocediendo en una niebla densa y una luz nublada. Ajeno a todo, experimentó la opresión de grandes visiones, desconocidas y a la vez casi familiares. Era como si la fantasmagoría del tiempo y del espacio se disolviese a su alrededor, con el fin de revelar una realidad palpable, u otro sueño de espacio y tiempo.

Por fin llegó el día en que se sentó ante el cristal y no regresó como Paul Tregardis. Fue el día en que Zon Mezzamalech, desobedeciendo insolentemente advertencias perversas pero poderosas, decidió superar su miedo lleno de curiosidad y dejarse caer en el mundo visionario que contemplara, miedo que hasta entonces le había impedido seguir la corriente en retroceso del tiempo. Se hizo ver a sí mismo que si algún día quería leer las tablas perdidas de los dioses no le quedaba más remedio que superar su propio miedo. Sólo había contemplado algunos fragmentos de los años de Mhu Thulan inmediatamente posteriores al tiempo presente; es decir, los años de su propia vida..., y entre estos años y el Principio se extendían ciclos inestimables.

El cristal volvió a intensificarse una vez más ante sus propios ojos, reflejando escenas y acontecimientos que se sucedían en una corriente retrospectiva. De nuevo, se borraron las cifras mágicas de la mesa oscura, mientras que las paredes talladas mágicamente se derritieron en sus sueños. Una vez más, se mareó víctima de un vértigo fatal al inclinarse sobre los torbellinos en los terribles golfos del tiempo, dentro del globo con forma terráquea. Preso de terror, y a pesar de su decisión, se hubiera retirado, pero ya era demasiado tarde, pues era mucho lo que había visto. Tenía la sensación de una caída abismal, como si fuera arrastrado por vientos desatados, por torbellinos que le llevaban a través de inestables visiones de su propia vida pretérita, empujándole hacia eras y dimensiones anteriores al mundo. Tuvo la sensación de sufrir los dolores de un cambio irreversible, hasta que dejó de ser Zon Mezzamalech, el sabio e instruido observador del cristal, para formar parte integrante de la extraña y veloz corriente que se apresuraba por regresar al Principio.

Tuvo la sensación de vivir innumerables vidas, de morir muertes fantásticas, olvidando en cada ocasión las vidas y las muertes previas. Luchó como guerrero en batallas semilegendarias; existió como niño jugando entre las ruinas de una antigua ciudad en Mhu Thulan; por último, fue el rey que reinó durante el apogeo de la ciudad, así como el profeta que presagió la construcción y la caída de la misma. Fue mujer

llorando a los muertos perdidos en una necrópolis derruida; antiguo mago susurrando encantamientos sencillos, propios de hechicería primitiva; sacerdote al servicio de un dios prehumano, forjando el cuchillo de sacrificios en templos excavados en cuevas y con pilares de basalto. Vida a vida, era a era, retrocedió los largos y condensados ciclos por los que atravesara Hyperbórea desde su estadio de salvajismo hasta el de civilización.

Se convirtió en un bárbaro perteneciente a una tribu troglodita, deslizándose desde los hielos lentos y picudos de la primitiva era glacial hasta los países perpetuamente iluminados por las llamaradas de los volcanes. Entonces, después de innumerables años, dejó de ser hombre y pasó al estadio de semibestia depredadora, habitando en bosques de helechos y arbustos gigantes, entre las ramas de los poderosos tilos.

Había alguien —o algo— que a través de eones de sensaciones anteriores, de pasión primitiva y de hambre, de un terror y una locura aborígenes, seguía retrocediendo en el tiempo. La muerte se convirtió en nacimiento, y el nacimiento en muerte. A lo largo de una visión lenta de cambio, la tierra parecía deshacerse, descender de las colinas y montes hasta los estratos ulteriores. El sol se agrandaba y se hacía más caliente sobre los pantanos humeantes que exultaban con una vida más intensa, con una vegetación más frondosa. Y lo que en sus tiempos fuera Paul Tregardis y Zon Mezzamalech, ahora formaba parte de toda la monstruosa evolución. Voló con las alas con forma de garra de un pterodáctilo, nadó por los mares tibios con el cuerpo gigantesco y retorcido de un ictiosaurio, rugió salvajemente a la enorme luna que ardía a través de nieblas liásicas, con la claveteada garganta de un arcaico hipopótamo.

Por último, después de eones de brutalidad inmemorial, se convirtió en uno de los perdidos hombres reptiles que elevaron sus ciudades de piedra volcánica y lucharon sus venenosas guerras en el primer continente del mundo. Caminó ondulante por calles prehumanas y bajo bóvedas extrañamente retorcidas; contempló las primeras estrellas desde elevadas torres de Babel, y se inclinó ante los grandes ídolos—serpiente, recitando letanías silbantes. Regresó a través de los años y años de la era de los anfibios, como algo que se arrastraba en el fango, y que aún no había aprendido a pensar, a soñar y a construir. Y llegó un momento en que ya no hubo continente, sino un enorme y caótico pantano, un mar de fango, sin límites ni horizonte, que rezumaba vapores amorfos.

Allí, en el gris amanecer de la Tierra, la masa deforme de Ubbo—Sathla reposaba entre el fango y los vapores. Sin cabeza, sin órganos y sin miembros, segregaba por sus costados porosos, con un movimiento ondulante y lento, las formas amébicas que serían los arquetipos de la vida terrestre. Era algo horrible, si se hubiera podido captar el horror; y desagradable, en caso de que existiera capacidad de aversión y desagrado. Sobre dicha masa, destacando en medio del barro estaban esparcidas las poderosas tablas de piedra estelar donde había quedado escrita la inconcebible sabiduría de los dioses anteriores al mundo.

Y allí, hacia la meta de una búsqueda olvidada, fue arrastrada la cosa que había sido —o que sería en ocasiones— Paul Tregardis y Zon Mezzamalech. Al convertirse en un ente deforme y primitivo, se arrastró desdeñoso y olvidadizo por encima de las tablas caídas de los dioses, y luchó y se peleó ciegamente con los seres que segregaba Ubbo—Sathla.

No existe ninguna mención referente a la desaparición de Zon Mezzamalech y su propia persona, excepto el breve párrafo en el *Libro de Eibon*. En cuanto a Paul Tregardis, también desaparecido, apareció una noticia corta en varios periódicos londinenses. Nadie parece saber nada acerca del mismo; se fue como si nunca hubiera

existido; y al parecer, el cristal ha desaparecido igualmente; por lo menos, nadie lo ha encontrado.

Ubbo—Sathla, 1933
Hyperbórea
Clark Ashton Smith
Trad. Guadalupe Rubio de Urquía
Colección Ciencia Ficción, 19
EDAF, 1978.

LA PUERTA DE SATURNO

CLARK ASHTON SMITH

Cuando Morghi, el supremo sacerdote de la diosa Yhoundeh, junto con doce de sus más feroces y eficientes subordinados, llegaron con el amanecer a prender a Eibon, el hereje infame, en su casa de roca negra que estaba enclavada sobre un promontorio, se sorprendieron y desilusionaron al encontrarla vacía.

Su sorpresa se debía al hecho de que estaban seguros de poder hundirle por sorpresa, ya que todos sus planes contra Eibon se habían llevado a cabo con meticuloso secreto en cámaras subterráneas con puertas insonorizadas. Por su parte, habían realizado el largo viaje hasta su casa en una sola noche, inmediatamente después de su condena. Su decepción se debía a que el terrible documento de arresto, plagado de caracteres simbólicos grabados con fuego en un rollo de piel humana, ya no servía; además, quedarían sin llevar a cabo las ingeniosas agonías y dolorosas torturas que con tanto cuidado habían preparado para Eibon.

El más decepcionado era el propio Morghi, y las maldiciones que soltó cuando encontró desierta la habitación más alta de la casa eran tan largas y cabalísticas como verdaderamente temibles. Eibon era su principal contrincante en hechicería y últimamente estaba adquiriendo demasiada fama y prestigio entre la gente de Mhu Thulan, esa península algo rezagada del continente Hyperbóreo. Por esta razón, Morghi se había prestado gustoso a dar crédito a ciertos rumores malignos en torno a Eibon, con el fin de utilizarlos en los cargos presentados.

Dichos rumores consistían en que Eibon era devoto de un dios pagano desacreditado hacía tiempo, llamado Zhothaquah, cuya devoción era indudablemente más antigua que el hombre, y que la magia de Eibon provenía de esta afiliación ilegal con la oscura deidad, quien había llegado a través de otros mundos desde un universo extraño, en tiempos remotos cuando la Tierra no era más que una masa hirviente. Todavía era temible el poder de Zhothaquah, y se decía que quienes estuviesen dispuestos a ofrecer su humanidad sirviéndole se convertirían en herederos de secretos anteriores al mundo, así como en maestros de un conocimiento tan terrible que sólo podía venir de planetas lejanos sumidos en la noche y en el caos.

La casa de Eibon estaba construida con la forma de una torre pentagonal, con cinco pisos, incluyendo los dos subterráneos. Sin duda, se hizo una búsqueda exhaustiva por todo el edificio, y los tres criados de Eibon fueron sometidos a tortura, que consistía en rociarles lentamente con asfalto hirviendo, para que revelasen el paradero de su amo. Su constante negativa en cuanto a su conocimiento del paradero, durante media hora seguida, fue prueba suficiente de su total ignorancia.

No se encontró ningún pasillo subterráneo después de tumbar las paredes y levantar los suelos de las habitaciones inferiores, aunque Morghi llegó incluso a retirar las losas de piedra bajo una imagen obscena de Zhothaquah, que ocupaba una de las habitaciones más inferiores. Dicha operación la había llevado a cabo con verdadera repugnancia, ya que el dios peludo y rechoncho, con sus rasgos de murciélago y cuerpo de gusano, resultaba terriblemente desagradable para el supremo sacerdote de la diosa—cierva Yhoundeh.

Al realizar una nueva búsqueda por la habitación de la torre más alta de Eibon, los apresores

tuvieron que reconocer su fracaso. Sólo encontraron algunos muebles, varios volúmenes antiguos sobre conjuraciones, propios de cualquier mago, algunas pinturas

toscas y desagradables sobre tiras de pergamino de pterodáctilos; y algunas urnas y esculturas primitivas, así como totems, de los que Eibon era un gran coleccionista. En la mayoría estaba representado, de una u otra forma, Zhothaquah: en los cerrajes de las urnas podía apreciarse su rostro inmerso en una somnolencia bestial, mientras que en los tótems —pertenecientes a las tribus infrahumanas— aparecía acompañado de la foca, el mamut, el tigre gigante y los alces. Morghi presintió que los cargos presentados contra Eibon contaban ahora con pruebas sustanciales que no dejaban lugar a dudas; nadie que no fuera un adorador de Zhothaquah se tomaría la molestia de poseer una sola representación de esta repugnante deidad.

Sin embargo, toda esta evidencia adicional de culpa, por muy significativa y condenatoria que fuese, no servía de nada en la búsqueda de Eibon. Mientras miraba desde las ventanas de la cámara más alta, desde donde las paredes descendían a lo largo del acantilado por ambos costados hasta el mar enfurecido a doscientos pies de profundidad, Morghi llegó a pensar que su rival le superaba en recursos mágicos. De otro modo, la desaparición del mago era demasiado misteriosa, y a Morghi no le gustaban los misterios que no formasen parte de su propia profesión.

Se retiró de la ventana y examinó de nuevo la habitación palmo a palmo. No había lugar a dudas que Eibon la utilizó como estudio: había un escritorio de marfil, con plumillas, palilleros y numerosas tintas de diversos colores en cuencos pequeños de barro; al lado, hojas de papel vegetal llenas de extraños cálculos astronómicos y astrológicos, cuyo significado no pudo entender Morghi.

De cada una de las cinco paredes colgaba una pintura sobre pergamino, realizadas todas ellas al parecer por una raza aborígen. Los temas representados eran tan blasfemos como repugnantes; Zhothaquah aparecía en todos, en medio de formas y paisajes cuya anormalidad y fealdad pudieran atribuirse a las técnicas poco desarrolladas de artistas primitivos. Morghi las arrancó de las paredes una a una, como si sospechase que Eibon estuviera de alguna forma escondido detrás de las mismas.

Cuando las paredes quedaron completamente desnudas, Morghi se dedicó a contemplarlas durante largo rato, en medio del respetuoso silencio de sus subordinados. Al retirar una de las pinturas quedó al descubierto un extraño panel, en la parte sudeste de la habitación, encima del escritorio. Al verlo, las cejas de Morghi se fruncieron, formando una sola línea. Se diferenciaba muy poco del resto de la pared, ya que se trataba de una incrustación ovalada de una especie de metal rojizo que no era ni oro ni cobre; dicho metal irradiaba una fluorescencia oscura y fugaz de extraños colores, cuando se contemplaba a través de los párpados semicerrados. Pero por alguna razón desconocida resultaba imposible recordar los colores cuando se abrían completamente los ojos.

Morghi —posiblemente más astuto y perspicaz de lo que Eibon hubiera creído— llegó a sospechar algo que en apariencia era tan absurdo como improbable, ya que la pared del panel era un muro exterior del edificio, dando únicamente al mar y al cielo.

Se subió al escritorio y golpeó el panel con el puño. Tanto la sensación que recibió como el resultado del golpe fueron sorprendentes. Al tocar el desconocido metal rojo, una sensación de frío gélido tan extremado que casi no se distinguía del fuego recorrió su mano, y a través del brazo, por todo el cuerpo. En cuanto al panel, cedió hacia fuera con facilidad, como si se apoyara en goznes invisibles, pero con un sonoro chasquido que parecía llegar desde una distancia inconmensurable. Al fondo, Morghi vio que no había ni cielo, ni mar, ni de hecho nada que hubiera podido imaginarse o soñar en la peor de sus pesadillas...

Se volvió hacia sus compañeros. Su rostro reflejaba asombro y a la vez triunfo.

—Esperad aquí hasta que regrese —ordenó, y penetró a través del panel abierto.

Los cargos presentados contra Eibon eran ciertos. Durante su prolongado estudio de las leyes y medios naturales, así como sobrenaturales, el inteligente mago habíase enterado de los mitos que prevalecían en Mhu Thulan acerca de Zhothaquah, pensando que merecería la pena realizar una investigación personal sobre semejante ser prehumano.

Cultivó la compañía de Zhothaquah, quien, al carecer de advocación, se veía obligado a llevar una existencia subterránea; recitó las oraciones prescritas y ofreció los sacrificios más adecuados; y el pequeño dios, dormilón y extravagante, en agradecimiento a la devoción e interés de Eibon, le había confiado cierta información harto útil en la práctica del ocultismo. Además, habíale proporcionado datos autobiográficos que confirmaban plenamente las leyendas populares. Por razones que no especificó, había llegado a la tierra durante eones anteriores desde el planeta Cykranosh —nombre con que se conocía a Saturno en Mhu Thulan—, mera escala en sus viajes desde mundos y sistemas más remotos.

Después de numerosos años de servicio y ofrendas, obsequió a Eibon, como premio especial, con una bandeja grande, muy delgada y de forma ovalada, confeccionada con un material ultratelúrico; al mismo tiempo le indicó que la colocase como panel, girando sobre goznes, en una habitación alta de su casa. Si se abría el panel, girando hacia fuera, desde la pared al cielo abierto, era posible, gracias a sus propiedades, introducirse en el mundo Cykranosh, a muchos millones de millas en el espacio.

De acuerdo con una explicación un tanto confusa e insatisfactoria, sonsacada al dios, al estar moldeado con una especie de materia procedente de un universo no humano, dicho panel poseía propiedades radiactivas poco frecuentes que le permitían unirse a cualquier dimensión superior del espacio, quedando reducida la distancia a esferas astronómicamente remotas a un mero paso.

No obstante, Zhothaquah le advirtió a Eibon que sólo utilizase el panel en casos de extrema necesidad, como medio de escape de algún peligro inminente, ya que sería muy difícil, cuando no imposible, devolver a Eibon de Cykranosh, un mundo de difícil adaptación para Eibon, ya que las condiciones de vida eran muy distintas a las de Mhu Thulan, a pesar de no suponer un cambio total de todas las costumbres y normas terrestres, como era el caso en planetas más lejanos.

Algunos parientes de Zhothaquah habitaban aún en Cykranosh, donde eran adorados por sus pobladores; y Zhothaquah le había confiado a Eibon el nombre, casi impronunciable, de la deidad más poderosa, añadiendo que le sería útil como contraseña en caso de que tuviera que visitar Cykranosh.

La idea de un panel que se abriese dando paso a un mundo remoto le sonó a Eibon como algo fantástico, por no decir imposible; pero por otro lado, en todo momento y manera había podido constatar la veracidad de la deidad. A pesar de todo, nunca probó la única virtud del panel, hasta que Zhothaquah —que siempre vigilaba de cerca los acontecimientos subterráneos— le advirtió acerca de las maquinaciones de Morghi, así como del proceso de la ley eclesiástica que se estaba preparando en las cámaras bajo el templo de Yhoundeh.

Perfectamente consciente del poder de los envidiosos contrincantes, Eibon decidió que sería imprudente, por no decir una verdadera locura, dejarse atrapar en sus manos. Tras una corta pero agradecida despedida a Zhothaquah, cogió un pequeño paquete de carne, queso y vino, y retirándose a su estudio se subió al escritorio. Entonces, apartando la burda pintura de una escena en Cykranosh que Zhothaquah inspirara a algunos artistas primitivos, empujó el panel escondido.

Una vez más, Eibon constató que Zhothaquah era un dios sincero: la escena que se extendía más allá del panel era tal que no tenía cabida en ningún lugar de la topografía

de Mhu Thulan, u otra región de la Tierra. De hecho, no le resultó nada atractiva; pero no tenía otra alternativa excepto las inquisitorias celdas de la diosa Yhoundeh. Después de considerar las diversas sutilezas y complicaciones de las torturas que Morghi le tenía preparadas, saltó a través de la oquedad hacia Cykranosh con una agilidad insospechada para un mago de tan avanzada edad.

No era mas que un paso; pero al volver la cabeza vio que habían desaparecido tanto el panel como su propia casa. Se encontraba sobre un largo declive de suelo ceniciento, por el que corría una turbia corriente que no era agua, sino un metal líquido parecido al mercurio, desde unos escarpados enormes e inaccesibles de las montañas que se erguían sobre él, para desembocar en un lago rodeado de colinas.

La ladera que descendía a sus pies estaba bordeada de líneas de objetos extraños, y no pudo determinar si eran árboles, formas minerales u organismos de animales, ya que parecían combinar ciertas características conjuntas. Este paisaje prenatal era asombrosamente distinto en cada detalle, bajo un cielo verdinegro que formaba una especie de arco rematado de lado a lado con un triple anillo ciclópeo de una luminosidad deslumbrante. El aire era frío, pero Eibon no encontró molesto el olor a sulfuro ni la extraña sensación a moho que llenaban su nariz y pulmones. Cuando dio algunos pasos por el desagradable terreno, comprobó que tenía la desconcertante fragilidad de cenizas secas después de la lluvia.

Comenzó a descender por la ladera, en parte temeroso de que alguno de los dudosos objetos alargase sus ramas o brazos minerales y parasen su marcha. Había una especie de cactus de obsidiana azul—morada, con brazos que terminaban en espinas enormes con forma de talón, y cabezas que eran demasiado elaboradas para ser frutas o capullos. No se movieron cuando pasó a su lado, pero oyó un leve y singular tintineo con numerosas modelaciones de tono, que le precedían y seguían a lo largo de la ladera. Eibon llegó a la desagradable conclusión de que hablaban entre ellos, decidiendo incluso qué hacer con él.

Sin embargo, pudo llegar hasta el final de la cuesta sin problema alguno, encontrándose con terrazas y salientes de materia descompuesta que formaban una gigantesca escalinata de antiguos eones rodeando el hundido lago de metal líquido. Considerando cuál camino seguir, Eibon permaneció decidido sobre uno de los salientes.

Pero su línea de pensamiento quedó interrumpida por una sombra que sin previo aviso se proyectó sobre él formando un borrón monstruoso en la resquebrajada piedra que yacía a sus pies. Mas no se dejó intimidar por la sombra: se trataba de un desafío para las normas establecidas de la estética, y tanto su deformación como su distorsión eran poco menos que extravagantes.

Se volvió para ver qué clase de criatura había proyectado la sombra. Pero como pudo comprobar, dicho ser no era clasificable, a causa de sus patas cortas, sus brazos excesivamente largos y su cabeza redonda y adormilada colgando de un cuerpo esférico, como si estuviera a punto de realizar una voltereta de funambulista. Mas después de estudiarlo durante un rato, considerando su expresión tímida y adormilada, comenzó a apreciar una semejanza ligera pero invertida con el dios Zhothaquah. Al recordar que Zhothaquah le había dicho que la forma que asumía en la Tierra no era la misma que tenía en Cykranosh, Eibon se preguntó si dicho ser no sería un pariente de Zhothaquah.

Intentaba recordar el casi impronunciable nombre que le confiara el dios como contraseña, cuando el propietario de la sombra, sin al parecer considerar la presencia de Eibon, comenzó a descender por las terrazas y salientes hasta el lago. Su medio de

locomoción eran las manos principalmente, ya que sus piernas eran tan absurdamente cortas que no servían ni para dar la mitad del paso necesario en el descenso.

Al llegar al borde del lago, la criatura bebió del metal líquido tan copiosamente que Eibon se convenció de su naturaleza divina: ningún ser perteneciente a un grupo biológico inferior se permitiría satisfacer su sed con una bebida tan extraordinaria. Entonces, al subir de nuevo hasta la terraza donde se encontraba Eibon se paró, y por vez primera pareció advertir su presencia.

Por fin, Eibon pudo recordar el extraño nombre que durante largo tiempo intentara recordar.

Torpedamente, intentó articular «Hziulquoigmzhah». Estaba claro que el resultado de dicho intento no estaba de acuerdo con las reglas de Cykranosh; no obstante, Eibon hizo lo mejor que pudo con sus órganos vocales. El extraño ser pareció reconocer la palabra, ya que contempló a Eibon con más interés que antes, a través de los desplazados ojos; además, se dignó incluso murmurar algo que sonó a un intento por corregir su pronunciación. Eibon se preguntó cómo llegaría a aprender semejante idioma, o, si después de aprendido, podría pronunciarlo. Sin embargo, se sintió reconfortado al pensar que por fin le habían comprendido.

—Zhothaquah —dijo, repitiendo el nombre por tres veces seguidas, lo más rotunda y claramente posible.

El fofó ser abrió los ojos un poco más y volvió a corregirle murmurando la palabra Zhothaquah abreviando mucho las vocales y haciendo hincapié sobre las consonantes. Después se quedó contemplando a Eibon como si no supiera qué determinación adoptar. Por último, levantó uno de sus larguísimos brazos y señaló la costa del lago, donde se podía advertir entre las colinas la entrada de un profundo valle. Al mismo tiempo, pronunció las enigmáticas palabras de *Iqhui dlosh odhqlonqh*, y entonces, mientras el mago trataba de comprender el significado de esta extraña alocución, se apartó y comenzó a subir los escalones hacia una cueva grande y espaciosa, con una entrada de columnas, y de cuya existencia no se había percatado. Apenas había desaparecido el ser en el interior cuando Eibon fue saludado por el sumo sacerdote Morghi, quien había seguido su rastro por el suelo ceniciento.

—¡Detestable brujo! ¡Abominable hereje! ¡Os arresto! —dijo Morghi con severidad pontifical.

Eibon quedó sorprendido, por no decir asustado; no obstante, se tranquilizó al ver que Morghi estaba solo. Sacó la espada de bronce templado al rojo vivo que siempre llevaba consigo, y sonrió.

—Os recomendaría que moderaseis vuestras palabras, Morghi —le advirtió Eibon—. Además, vuestra idea de arrestarme carece actualmente de sentido, ya que nos encontramos solos en Cykranosh, y tanto Mhu Thulan como los calabozos de Yhoundeh se encuentran a muchos millones de millas de distancia.

Morghi no pareció apreciar dicha información. Frunció el ceño y murmuró:

—Supongo que esto no es más que una muestra de vuestra condenable magia.

Eibon prefirió ignorar la insinuación.

—He estado conversando con uno de los dioses de Cykranosh —dijo condescendentemente—. El dios, cuyo nombre es Hziulquoigmzhah, me ha encomendado una misión, un mensaje que tengo que entregar, y me ha indicado la dirección que debo seguir. Sugiero que dejéis a un lado nuestras diferencias mundanas y me acompañéis. Sin duda podríamos cortarnos la cabeza mutuamente, o sacarnos las entrañas, ya que ambos llevamos armas. Pero teniendo en cuenta las circunstancias actuales, estoy seguro de que comprenderéis la puerilidad, por no decir la mera inutilidad, de semejante procedimiento. Si ambos vivimos podremos ayudarnos

mutuamente, en un mundo extraño y desconocido, cuyos problemas y dificultades son, si no me equivoco, dignos de nuestros poderes conjuntos.

Morghi expresó duda y consideró las palabras de Eibon.

—De acuerdo —contestó de mal grado—. Accedo. Pero os advierto que los asuntos pendientes recobrarán su curso habitual cuando regresemos a Mhu Thulan.

—Eso —replicó Eibon— no es más que una contingencia que no debe preocuparnos por el momento a ninguno de los dos. ¿Comenzamos?

Mientras hablaban, los dos hyperbóreos habían seguido un desfiladero que se alejaba del lago de metal líquido, entre colinas cuya vegetación se iba espesando, además de adquirir mayor variedad, a la vez que iban descendiendo de altitud. Pronto se encontraron en el valle que el balanceante bípedo indicara al mago. Morghi, inquisitivo por naturaleza, bombardeaba a Eibon con preguntas.

—¿Quién o qué era ese ente singular que desapareció dentro de la cueva poco antes de que os imprecara?

—Era el dios Hziulquoigmnzhah.

—Y, decidme, ¿quién es ese dios? Confieso que nunca oí hablar de él.

—Es el tío paterno de Zhothaquah.

Morghi guardó silencio, excepto por un extraño sonido que podía interpretarse como un estornudo interrumpido o como una exclamación de disgusto. Pero al cabo de un rato preguntó:

—¿Y en qué consiste vuestra misión?

—Eso lo sabréis a su debido tiempo —respondió Eibon con dignidad sentenciosa—. No me es lícito comentarlo por ahora. Soy portador de un mensaje del dios que debo entregar únicamente a determinadas personas.

Sin desearlo, Morghi quedó muy impresionado.

—Bueno, supongo que sabréis lo que estáis haciendo y hacia dónde os encamináis. ¿No podríais darme una pista sobre nuestro destino?

—También eso lo sabréis a su debido tiempo.

Las colinas se deslizaban suavemente hacia una llanura con numerosos y frondosos bosques, cuya flora desesperaría a cualquier botánico de la Tierra. Cuando pasaron la última colina, Eibon y Morghi llegaron a un estrecho camino que comenzaba abruptamente y se perdía en la lejanía. Sin dudarle un instante, Eibon se internó por el camino. Por otro lado, tampoco tenía otra alternativa, ya que a cada paso los arbustos de plantas minerales y los árboles se hacían más impenetrables. Delimitaban el camino a uno y otro lado, con ramas tan afiladas como puntas de flechas u hojas de dagas, filos de espadas o agujas.

Eibon y Morghi no tardaron en observar que el camino estaba lleno de huellas de pie bastante grandes, redondas y con señales de garras salientes. Sin embargo, no se comunicaron sus preocupaciones.

Después de un par de horas caminando a lo largo del ceniciento camino, entre vegetación más fea aún que las formas acuchilladas y caltropos, los viajeros recordaron que estaban hambrientos. Con la prisa por arrestar a Eibon, Morghi se había olvidado de desayunar; por su parte, al propio Eibon le había ocurrido lo mismo al escapar a toda prisa de Morghi. Hicieron un alto en la cuneta, y el mago compartió su comida y su vino con el sacerdote. Comieron y bebieron frugalmente, dado que las provisiones eran escasas, y por lo que podía deducir del paisaje que les rodeaba, no era muy posible que encontrasen viandas apropiadas al sustento del hombre.

Reanimados y fortalecidos después de tan frugal colación, reanudaron su marcha. No habían andado mucho cuando llegaron a la altura de un llamativo monstruo, autor, sin duda, de las numerosas huellas. Dicho ser estaba a cuatro patas, presentándoles sus

enormes cuartos traseros, y llenando por completo el camino a lo largo de un trecho indefinible. Los viajeros pudieron observar que poseía numerosas patas cortas, pero no pudieron hacerse idea de cómo serían la cabeza o cuartos delanteros.

Eibon y Morghi se mostraron alarmados.

—¿Se trata de otro de vuestros dioses? —preguntó Morghi con cierta ironía.

El mago no respondió, pero se dio cuenta de que su reputación estaba en juego. Se adelantó valientemente y gritó: «Hziulquoigmzhah» lo más sonoramente que pudo. Al mismo tiempo desenvainó la espada y la introdujo entre dos placas de la malla llena de pinchos que cubría los cuartos traseros del monstruo.

Para su tranquilidad, el animal comenzó a moverse y reanudó su marcha a lo largo del camino. Los hyperbóreos le siguieron, y cada vez que se paraba o disminuía la velocidad Eibon repetía la fórmula que tan buenos resultados le había dado. Morghi no tuvo más remedio que contemplarle con cierta admiración.

De este modo, caminaron aún durante varias horas. El gran anillo luminoso y triple se arqueaba todavía sobre el cenit, aunque un sol de escaso tamaño y fríos rayos interceptaba el anillo, mientras descendía hacia el Oeste de Cykranosh. El bosque que se erguía a lo largo del camino parecía un alto muro de afilado follaje metálico; pero ahora podían distinguirse otros caminos y senderos que se ramificaban del que seguía el monstruo.

Reinaba el silencio, y lo único que se oía era el arrastrar de las numerosas patas del desagradable animal. El sumo sacerdote estaba cada vez más arrepentido por haberse apresurado en su persecución de Eibon a través del panel; por su parte, Eibon deseaba que Zhothaquah le hubiera instruido en cuanto a su entrada en un mundo totalmente distinto. Pero un repentino clamor producido por profundas y resonantes voces que surgían de algún lugar delante del monstruo les sacó de sus respectivas meditaciones. Se trataba de un verdadero pandemonio de gritos y gruñidos guturales inhumanos, con notas que reflejaban reprobación y condena, algo parecido al golpear de tambores, como si un grupo de seres inimaginables

estuviese reprendiendo al monstruo.

—¿Y bien? —inquirió Morghi.

—Todo lo que tengamos que contemplar se revelará a su debido tiempo —apuntó Eibon.

El bosque desaparecía rápidamente, mientras que se acercaba el clamor de los gritos. Siguiendo aún los cuartos traseros del polípedo animal, que se arrastraba con una lentitud forzada, los viajeros llegaron a un espacio abierto donde se encontraron ante un cuadro de lo más singular. El monstruo, sin duda domesticado e inofensivo, se retraía ante un grupo de seres más o menos del tamaño del hombre, cuya única arma consistía en agujones con largos mangos.

Dichos seres, que aunque eran bípedos, y no tan extraños en su estructura anatómica como el ser que Eibon se encontrara al borde del lago, presentaban una sola masa, y las orejas, ojos, nariz, bocas y otros órganos de desconocida utilidad estaban repartidos por el pecho y el abdomen. Estaban completamente desnudos, y la pigmentación era bastante oscura, sin trazas de pilosidad alguna. Detrás de ellos podían observarse numerosos edificios, cuya estructura no concordaba con el concepto humano de simetría arquitectónica.

Valerosamente, Eibon se adelantó, con un Morghi discreto y temeroso a sus talones. Los seres torso—cabezudos cesaron de reprender al monstruo y escudriñaron a los terrestres con expresiones de difícil interpretación, a causa de la relación extraña y desconcertante entre sus rasgos.

—¡Hziulquoigmnzhah! ¡Zhothaquah! —exclamó Eibon con solemnidad y sonoridad oraculares. Después de una pausa impregnada de hieratismo, exclamó—: *¡Iqhui dlosh odhqlongh!*

El resultado no pudo ser más positivo, incluso de una fórmula tan sorprendente: los habitantes de Cykranosh inclinaron sus cuerpos y saludaron al mago hasta que la parte frontal tocaba el suelo.

—He llevado a término mi misión, ya que he entregado el mensaje que me encomendara Hziulquoigmnzhah —dijo Eibon a Morghi.

Durante varios meses cykranóshicos ambos hyperbóreos recibieron el trato de huéspedes de honor por parte de estos seres menudos, honorables y virtuosos, cuyo nombre era bhlemphroimos. Excepcionalmente dotado para los idiomas, Eibon realizó verdaderos progresos en el idioma local, mientras que Morghi avanzaba con más lentitud. En poco tiempo, Eibon adquirió un gran conocimiento de las costumbres, modos de vida, ideas y creencias de los bhlemphroimos, aunque dicho conocimiento le produjo una mezcla de desilusión y de iluminación.

Como pronto se enteró, el monstruo que tan valientemente les guiara a Morghi y a él no era más que un animal doméstico de carga, que se había alejado de sus dueños por entre la vegetación mineral de las tierras desérticas muy próximas a Vhlorrh, la ciudad principal de los bhlemphroimos. Las genuflexiones de que fueron objeto a su llegada significaban una expresión de gratitud por la devolución de dicho animal, y no, como imaginara Eibon en un principio, como muestra de reconocimiento ante los nombres divinos que expresara en la temible frase de *Iqhui dlosh odhqlongh*.

Sin embargo, el ser con el que se había encontrado junto al lago sí era el dios Hziulquoigmnzhah; y, por lo que pudo deducir, existían lejanas tradiciones de Zhothaquah en algunos mitos de los bhlemphroimos. Pero al parecer, dicho pueblo presentaba un carácter claramente materialista, y desde hacía mucho había dejado de ofrecer sacrificios y oraciones a los dioses; no obstante, cuando se referían a ellos lo hacían con verdadero respeto, y sin blasfemia alguna.

Eibon aprendió que las palabras *Iqhui dlosh odhqlongh* pertenecían sin duda alguna al lenguaje privado de los dioses, incomprendible desde hacía tiempo para los bhlemphroimos; sin embargo, un pueblo vecino, los ydheemos, lo seguían estudiando, a la vez que conservaban y cultivaban el antiguo rito formal de Hziulquoigmnzhah y otras deidades afines.

Estaba claro que los bhlemphroimos eran una raza eminentemente práctica, y sus intereses inmediatos se limitaban al cultivo de una gran variedad de fungus comestibles, la cría de enormes animales centípedos y la propagación de su propia raza. Esto último, según les informaron a Eibon y a Morghi, consistía en un extraño proceso: aunque los bhlemphroimos eran bisexuales, se elegía a una sola hembra de cada generación para los deberes de reproducción; dicha hembra se convertía en la madre de una nueva generación entera, después de alimentarse a base de una comida preparada con un fungus especial, y adquirir el tamaño de un mamut.

Después de iniciarse a conciencia en la vida y costumbres de Vhlorrh, los hyperbóreos disfrutaron el privilegio de visitar a la madre nacional, llamada la Djhenquomb, quien ya había logrado las proporciones exigidas después de numerosos años de alimentación científica. Habitaba en un edificio que, por razones obvias, era mayor que cualquiera de las casas de Vhlorrh. Su única y exclusiva actividad consistía en la consumición de enormes cantidades de comida. Tanto el mago como el inquisidor quedaron impresionados, por no decir cautivados, por la amplitud casi montañosa de sus encantos, así como por lo insólito de sus rasgos. Según les informaron, el padre (o los padres) aún no habían sido seleccionados.

El hecho de que los hyperbóreos poseyeran cabezas separadas constituía un verdadero interés biológico a los ojos de sus anfitriones. Estos últimos, como pronto se informaron Eibon y Morghi, no siempre carecieron de cabeza, ya que habían alcanzado su estado actual a través de un lento proceso de evolución. a lo largo del cual la cabeza del bhlemphroimo prototípico se había ido incrustando gradualmente en el torso, hasta formar parte del mismo. Pero, al contrario que otros pueblos, no consideraban su estado de desarrollo con complacencia. De hecho, suponía una fuente de tristeza nacional: deploraban la deformación natural en este sentido, y la llegada de Eibon y Morghi, considerados como ejemplos ideales de evolución cefálica, supuso un acicate más para su tristeza.

Por su parte, el mago y el inquisidor encontraban aburrida su existencia entre los bhlemphroimos, especialmente después de que se agotase el atractivo de lo exótico. Por un lado, la dieta resultaba monótona, ya que casi siempre estaba compuesta de setas crudas, cocidas o asadas, salteadas en raras ocasiones con trozos de carne, vasta y flácida, de los monstruos domesticados. Por otro lado, dichas gentes, aunque siempre se mostraban correctas y respetuosas, no parecían asombrarse lo más mínimo ante las exhibiciones de magia hyperbórea, con cuyos trucos tanto Eibon como Morghi se esforzaban por complacerles; y por último, su falta absoluta de ardor religioso dificultaba cualquier tarea de carácter evangélico. Pero lo peor de todo era que como no tenían imaginación alguna, no se sintieron impresionados al saber que sus visitantes habían llegado procedentes de un remoto mundo ultracykranóshico.

—Me da la sensación —dijo Eibon a Morghi cierto día— que el dios estaba bastante equivocado al dignarse enviar a estas gentes cualquier mensaje.

Poco después, un numeroso comité de bhlemphroimos se presentó ante Eibon y Morghi para informarles que habían sido elegidos para padres de la siguiente generación, y que en consecuencia tenían que contraer matrimonio inmediatamente con la madre tribal, esperando que de esta unión naciese una raza de bhlemphroimos con sus cabezas bien formadas.

Eibon y Morghi se sintieron muy agradecidos por el honor concedido; pero al recordar a la gigantesca hembra que acababan de ver, Morghi se sintió inclinado a rememorar sus votos sacerdotales de celibato, mientras que Eibon decidió tomarlos a su vez inmediatamente. A pesar de todo, el inquisidor se sentía tan honrado que casi se queda sin habla; pero, por su parte, el mago dio muestras de una extraña presencia de ánimo al contemporizar con algunas preguntas acerca del estatus social y legal que disfrutarían él y Morghi como esposos de Djhenquomb. Los ingenuos bhlemphroimos le dijeron que ese problema sería de corta duración, puesto que después de realizar sus deberes maritales los esposos eran servidos a la madre nacional bajo la forma de guisado de carne u otras preparaciones culinarias.

Los hyperbóreos intentaron ocultar la repugnancia que les producía semejantes honores. Pero Eibon, verdadero maestro de la diplomacia en cualquier circunstancia, aceptó formalmente en nombre suyo y de su compañero. Cuando se hubo marchado la delegación de bhlemphroimos, le dijo a Morghi:

—Ahora más que nunca estoy convencido de que el dios estaba equivocado. Debemos partir de la ciudad de Vhlorrh lo más rápidamente posible, y continuar nuestro viaje hasta que encontremos un pueblo digno de recibir su comunicado.

Al parecer, nunca se les había ocurrido a los sencillos y patrióticos bhlemphroimos que la paternidad de la siguiente generación nacional sería un privilegio rechazable. Eibon y Morghi no estaban obligados a restricción alguna, y por lo tanto nadie vigilaba sus movimientos. Así, resultaba fácil abandonar la casa que se les había asignado como domicilio, mientras los sonoros gruñidos de sus anfitriones se elevaban hacia el gran

anillo de las lunas cykranóshicas, y continuar el camino principal que conducía desde Vhlorrh hacia el país de los ydheemos.

Ante ellos se extendía el camino bien delimitado, y la luz del anillo era casi tan brillante como a plena luz del día. Caminaron un largo trecho a través de un paisaje distinto pero siempre único antes de la salida del sol, y en consecuencia antes de que los bhlemphroimos se enterasen de su partida. Pero estos bípedos de escasa inteligencia estaban demasiado perplejos y confundidos por la pérdida de los huéspedes a quienes habían escogido como progenitores como para pensar en seguirles.

La tierra de los ydheemos —como anteriormente les indicaron los bhlemphroimos— se encontraba a muchas leguas de distancia, y para llegar hasta allí debían atravesar numerosos espacios de desiertos cenicientos, de cactus minerales, de bosques de fungosos, así como altísimas montañas. Llegaron a la frontera de los bhlemphroimos, señalada con una escultura tosca de la madre tribal, poco antes del amanecer.

A lo largo de todo el día siguiente viajaron a través de numerosas razas a cada cual más extraña, características de la población de Saturno. Vieron a los djhibbis, ese pueblo con forma de pájaro que permanece acurrucado en sus casas durante años enteros, entregado a profundas meditaciones sobre el cosmos, y que a intervalos muy prolongados se lanzan unos a otros las místicas sílabas de *yop*, *yeep* y *yoop*, que según la tradición expresan una serie insondable de pensamientos esotéricos.

También se encontraron con esos pigmeos minúsculos, los ephiqhs, que construyen sus casas ahuecando el tronco de ciertos fungus grandes, y están casi constantemente buscando nuevas moradas porque las viejas se les derrumban, quedando reducidas a cenizas en pocos días. Y pudieron escuchar el croar subterráneo de ese pueblo misterioso, los ghlonghos, temerosos no sólo de la luz solar, sino también de la luz del anillo lunar, y que ningún habitante de la superficie ha visto jamás.

Pero a la caída del sol, Eibon y Morghi habían atravesado los dominios de las mencionadas razas, e incluso trepado los escarpados inferiores de las montañas que aún les separaban de los ydheemos. Cuando llegaron a las mismas, su cansancio les obligó a descansar bajo una arista protegida, y como ya no temían la persecución de los bhlemphroimos, se envolvieron en sus mantos para protegerse del frío; después de una frugal cena a base de setas crudas, cayeron profundamente dormidos.

Su reposo se vio perturbado por una serie de sueños cacodemoniacos, donde ambos creyeron estar capturados por los bhlemphroimos, quienes les obligaban a desposarse con la Djhenquomb. Despertaron poco antes del amanecer, inquietos aún por visiones que parecían verídicas, y reanudaron con redoblado afán su ascensión por las montañas.

Las colinas y vaguadas que se erguían sobre sus cabezas eran lo suficientemente desoladoras como para desalentar a cualquier viajero que no tuviese ni su fortaleza física ni el pánico que les impulsaba a seguir.

Los altos bosques de fungus se habían reducido a tamaños casi diminutos, y al cabo de un trecho no eran mayores que plantas de musgo; después sólo quedaba la roca desnuda y negra. Eibon, delgado y nervudo, no tuvo grandes dificultades en el ascenso; pero Morghi, con su amplitud y atavío sacerdotal, pronto se fatigó. Cada vez que se paraba para recuperar el aliento, Eibon le gritaba:

—¡Pensad en la madre nacional! —y Morghi se lanzaba hacia delante como una cabra montesa ágil pero algo asmática.

Al mediodía llegaron a una garganta custodiada por un alto pico, desde donde pudieron contemplar a sus pies el país de los ydheemos. Comprobaron que se trataba de un reino amplio y fértil, con bosques de setas gigantes y otras plantas superiores en tamaño y número a las de cualquier región que habían atravesado. Incluso las laderas de

las montañas parecían ser más fructíferas en esta vertiente, ya que no habían descendido apenas cuando Eibon y Morghi se encontraron bajo arcos de enormes ortigas y tréboles.

Estaban admirando la magnitud y variedad de dichas plantas, cuando oyeron sobre sus cabezas un ruido estruendoso, procedente de las montañas. El ruido se acercaba, atrayendo el rugido de nuevos truenos. Eibon hubiera rezado a Zhothaquah, y Morghi hubiera suplicado a la diosa Yhoundeh, pero desgraciadamente no había tiempo. Se encontraron apresados en una gran masa de ortigas que rodaban y tréboles amontonados por la enorme avalancha que había comenzado arriba, en las alturas; y arrebatados en cuestión de segundos, terminaron el descenso de la montaña en menos de un minuto presos de una rapidez vertiginosa y en medio de un montón de fungus cada vez mayor.

Al intentar salir de la pila de restos vegetales donde se encontraban sepultados, Eibon y Morghi pudieron apreciar que el estruendo persistía, a pesar de que la tormenta había cesado. Además, sintieron otros ruidos y movimientos en la pila de hierbas, aparte de los suyos. Cuando consiguieron sacar el cuello y los hombros, descubrieron que los autores del estruendo no eran otros que unas gentes cuya diferencia básica con respecto a sus anteriores anfitriones era que poseían una cabeza.

Pertenecían a los ydheemos, y la avalancha había caído sobre una de sus ciudades. Los tejados y las torres emergían poco a poco de entre la masa de rocas y ortigas, y justo enfrente de los hyperbóreos se elevaba un gran edificio, con aspecto de templo, en cuya puerta bloqueada estaba trabajando una multitud de ydheemos. Al ver a Eibon y a Morghi suspendieron su faena, y el mago que había conseguido salir de la montaña de plantas, después de cerciorarse de que todos sus huesos y miembros estaban intactos, escogió la oportunidad que le brindaban y se dirigió a ellos.

—¡Escuchad! —dijo con gran imperio—, he venido a traeros el mensaje del dios Hziulquoigmnzah. Lo he traído fielmente a pesar de los caminos sembrados de peligros y aventuras. En las palabras divinas del dios quiere decir lo siguiente: *«Iqhui dlosh odhqlongh»*.

Como les habló en el dialecto de los bhemphroimos, que era algo distinto al suyo, quizá la primera parte de la alocución no quedase muy clara para los ydheemos. Pero Hziulquoigmnzah era su divinidad tutelar, y conocían el lenguaje de los dioses. Ante las palabras: *«Iqhui dlosh odhqlongh»* la actividad se reanimó sensiblemente, provocando un constante movimiento por parte de los ydheemos, un griterío de órdenes guturales y un resurgimiento de cabezas y cuerpos de entre la avalancha.

Los que habían salido del templo retornaron a él, para volver a salir llevando entre ellos una enorme imagen de Hziulquoigmnzah, algunos iconos más pequeños de deidades menos importantes, y un ídolo muy antiguo en el que tanto Eibon como Morghi reconocieron un gran parecido con Zhothaquah. Otros ydheemos sacaron sus enseres y muebles de las casas, y cantando pidieron a los hyperbóreos que evacuasen con ellos la ciudad.

Eibon y Morghi no entendían lo que ocurría. Y hasta que no construyeron otra ciudad completamente nueva, en una llanura rodeada de bosques de fungus, a un día de marcha, donde les instalaron en el nuevo templo junto a sus propios sacerdotes, no se enteraron del porqué: ni del sentido de las palabras *«Iqhui dlosh odhqlongh»*. Dichas palabras tan sólo querían decir: «Poneos en marcha», pero el dios se las había dicho a Eibon a modo de despedida. No obstante, la coincidencia de la avalancha con la llegada de Eibon y Morghi portadores de semejante mensaje de parte del dios fue interpretada por los ydheemos como una llamada para que se retirasen junto con sus dioses a otro lugar distinto. De ahí, el éxodo del pueblo con sus ídolos y enseres domésticos.

La ciudad recién fundada recibió el nombre de Ghlomph, en memoria de la que había quedado enterrada por la avalancha. Hasta el final de sus días, tanto Eibon como

Morghi fueron objeto de constantes honores, ya que su llegada con el mensaje de «*Iqhui dlosh odhqlongh*» no pudo ser, en efecto, más afortunada, ya que no había riesgo de más avalanchas que atentasen contra la seguridad de Ghloiph dada su lejanía de las montañas.

Los hiperbóreos compartieron el aumento de la afluencia cívica y bienestar de los ciudadanos, como resultado de dicha seguridad. No existía madre nacional entre los ydheemos, cuya propagación era muy distinta a la de los bhlemphroimos, y la existencia transcurría tranquila y segura. Eibon, por lo menos, se encontraba en su elemento: las noticias que había traído de parte de Zhothaquah, que todavía era adorado en esta región de Cykranosh, le permitieron establecerse como una especie de profeta menor, aparte incluso del renombre que disfrutaba como portador del mensaje divino y fundador de la nueva ciudad de Ghloiph.

Sin embargo, Morghi no era del todo feliz. Aunque los ydheemos eran religiosos, su fervor no era ni exagerado ni intolerante; por lo tanto, resultaba imposible iniciar una inquisición entre ellos. Pero todavía había compensaciones: el vino del fungus que fabricaban los ydheemos era muy fuerte y de sabor agradable, y había hembras disponibles para quien no tuviera grandes pretensiones. En consecuencia, tanto Eibon como Morghi se instalaron en un régimen eclesiástico, que, después de todo, no era tan radicalmente diferente del de Mhu Thulan u otro lugar de su planeta.

Estas fueron las aventuras y éste fue el final de la desabrida pareja de Cykranosh. Pero en la torre de basalto negro de Eibon que se elevaba sobre el saliente del mar del norte en Mhu Thulan, los subordinados de Morghi aguardaron su regreso durante muchos días, sin desear seguir al sumo sacerdote a través del panel mágico, y sin atreverse a abandonar la habitación desobedeciendo sus órdenes.

Por último, una dispensa especial emitida por el quiromante, que reemplazaba a Eibon temporalmente, les permitió abandonar la vigilancia. Pero desde el punto de vista de la jerarquía de Yhondeh, el resultado del asunto no podía ser más desagradable. Era opinión general que Eibon no sólo se había escapado gracias a la poderosa magia que aprendiera de Zhothaquah, sino que además había conseguido que Morghi se fuera con él. El resultado de dicha creencia fue que desapareció la fe en Yhondeh, mientras se producía un renacimiento general del culto a Zhothaquah a través de Mhu Thulan, durante el último siglo antes de la llegada de la gran Era Glaciar.

La Puerta De Saturno, 1932

Hyperbórea

Clark Ashton Smith

Trad. Guadalupe Rubio de Urquía

Colección Ciencia Ficción, 19

EDAF, 1978

EL DEMONIO DE HIELO

CLARK ASHTON SMITH

Quanga el cazador, junto con Hoom Feethos y Eibur Tsanth, dos de los más emprendedores joyeros de Iqqua, cruzaron la frontera de una región a la cual casi nunca iban los hombres, y de la cual regresaban menos aún. Dirigiéndose hacia el norte de Iqqua, llegaron a las desoladas tierras de Mhu Thulan, donde el gran glaciar de Polarión había inundado como un mar helado ciudades ricas y de gran fama, cubriendo el gran istmo de orilla a orilla, bajo capas de hielos perpetuos.

De acuerdo con la leyenda, las cúpulas en forma de concha de la ciudad de Cerngoth podían verse aún a través del hielo, así como las altas y delgadas agujas de Oggon—Zhai, junto con las palmeras y mamuts y los templos cuadrados y negros del dios Tsathoggua, allí incrustados. Todo esto había ocurrido hacía muchos siglos, y el hielo, como un muro poderoso y deslizante, continuaba moviéndose hacia el sur por tierras desiertas.

Ahora Quanga conducía a sus compañeros por el camino del endurecido glaciar hacia una meta atrevida. Su objeto no era ni más ni menos que la recuperación de los rubíes del rey Haalor, quien, con el mago Ommum—Vog y un nutrido grupo de aguerridos soldados había partido hacía cinco décadas para guerrear en el hielo polar. Ni Haalor ni Ommum—Vog hablan regresado de su fantástica expedición, y los restos de su tropa, derrotados y harapientos, volvieron al cabo de dos lunas para narrar una increíble historia.

Contaron cómo el ejército había acampado sobre una especie de montículo, cuidadosamente escogido por Ommum—Vog, desde donde se obtenía una visión completa del territorio helado. Entonces el poderoso mago, de pie junto a Haalor y en medio de un círculo de braseros de los que humeaba un constante humo dorado, y recitando conjuros que eran más antiguos que el propio mundo, había conjurado a un astro candente, mayor y más rojo que el sol meridional que brillaba en el cielo. Y el astro, con rayos ardientes que chispeaban desde el cenit, tórrido y refulgente, hizo que el sol brillase con la misma intensidad que una luna en pleno día, mientras los soldados casi se derriten a causa del gran calor, dentro de sus pesadas armaduras. Pero bajo sus rayos se deshelaron los glaciares convirtiéndose en arroyos y riachuelos de corriente rápida, hasta el punto que por un momento Haalor alimentó la esperanza de poder reconquistar el reino de Mhu Thulan, donde sus antepasados habían reinado durante tiempos pretéritos.

Los cauces de las aguas se hicieron más profundos, discurriendo más allá del montículo donde aguardaba el ejército. Entonces, como por arte de una magia hostil, los ríos comenzaron a producir una niebla pálida y abrumadora, que cegó y conjuró al sol de Ommum—Vog, hasta que sus rayos deslumbrantes palidieron y se enfriaron, cesando su poder sobre el hielo.

En vano intentó el mago nuevos conjuros que disipasen la niebla densa y gélida. Pero el vapor descendió, maligno y pegajoso, enrollándose y retorciéndose como nudos de serpientes fantasmas, y penetrando en la médula de los hombres como el frío de la muerte. Cubrió todo el campamento como algo tangible, cada vez más frío y grueso, entumeciendo los miembros de los que manoteaban a ciegas y no podían ver los rostros de sus compañeros a un metro de distancia. Sin embargo, algunos de los soldados de tropa consiguieron salirse y escapar sigilosamente hacia el desvanecido sol, y observaron que ya no podía distinguirse en los cielos el globo mágico que conjurara

Ommum—Vog. Cuando huían poseídos de un extraño terror, miraron hacia atrás y vieron que en vez de la niebla baja y densa ahora había una nueva capa de hielo reciente que cubría el montículo donde el rey y el mago habían establecido el campamento. El hielo se elevaba sobre el terreno a una mayor altura que por encima de la cabeza de un hombre alto: y débilmente, a una profundidad brillante, los soldados que huían pudieron ver las formas aprisionadas de sus jefes y compañeros.

Sospechando que dicho fenómeno no era un acontecimiento natural, sino un embrujamiento provocado por el gran glaciar, y que el propio glaciar era un ser vivo, de carácter maligno y con poderes de límite desconocido, se apresuraron en su huida. El hielo les dejó marchar en paz, como si advirtiese de la suerte que correrían a quienes se atreviesen a conquistarlo.

Unos creyeron el relato y otros dudaron de su veracidad; pero el rey que gobernaba en Iqqua después de Haalor no prosiguió la guerra con el hielo, y ningún mago se dedicó a batallar con soles conjurados. Muchos hombres huyeron ante las constantes avanzadillas de los glaciares, relatándose numerosas leyendas acerca de gentes atrapadas o aisladas en valles solitarios por cambios repentinos y diabólicos del hielo, como si este último alargase una mano viva. También había leyendas de terribles socavones que se abrían y cerraban abruptamente como fauces monstruosas que atacaban a quienes se atrevían a invadir el desierto helado; se hablaba de vientos que parecían ser el aliento de demonios boreales, y de cuerpos humanos reventados, que en un minuto se convertían en estatuas duras como el granito. Durante mucho tiempo, y a lo largo de mucha millas antes de llegar al glaciar, toda la región estaba deshabitada, y sólo los cazadores más audaces se atrevían a perseguir a su presa por esas tierras de inviernos perpetuos.

Pero ocurrió que el temerario cazador Iluac, hermano mayor de Quanga, se internó en Mhu Thulan tras un enorme zorro negro que le había conducido a través de las enormes planicies cubiertas de hielo. Iluac siguió su rastro a lo largo de muchas leguas, sin lograr ponerse a tiro de flecha de la bestia; por último, llegó a un enorme montículo que sobresalía de la llanura, señalando al parecer una colina enterrada. Iluac tensó la flecha en el arco y penetró a su vez tras la bestia, pensando sin duda que el zorro se había introducido en una cueva del montículo.

Pronto se encontró en un lugar que parecía ser la cámara de reyes o dioses boreales. Todo cuanto le rodeaba, inmerso en una tenue luz verde, era enorme: altísimos pilares brillantes, gigantes estalactitas colgando de la bóveda. El suelo era una pendiente hacia abajo, e Iluac llegó al final de la cueva sin encontrar rastro alguno del zorro. Pero en las transparentes profundidades de la pared del fondo distinguió las formas erectas de numerosos hombres, totalmente congelados y encerrados como en una tumba, cuyos cuerpos estaban incorruptos, mientras que sus rasgos faciales aún presentaban tersura y belleza. Los hombres estaban armados con largas lanzas, y la mayoría portaba la coraza de soldado. Pero en medio había una figura altiva ataviada con los mantos azul marino propios de un rey; a su lado se encontraba un anciano encorvado vestido con el clásico ropón negro de los hechiceros. Los mantos de la real figura estaban completamente bordados con piedras preciosas que ardían como estrellas de colores a través del hielo. Enormes rubíes, rojos como gotas de sangre recién coagulada, formaban un triángulo sobre el pecho, reproduciendo el emblema real de los reyes de Iqqua. Por ello, Iluac pudo determinar que había encontrado la tumba de Haalor y Ommum—Vog. así como de los soldados que partieran con ellos en días pretéritos.

Asustado ante todas las extrañas circunstancias, y recordando las viejas leyendas, Iluac perdió su bravura por vez primera en su vida y abandonó la cámara a toda prisa. No pudo dar con el zorro negro, y cesando su búsqueda regresó hacia el sur, alcanzando

las tierras más allá del glaciar sin tropiezo alguno. Pero más tarde juró que el hielo había cambiado extrañamente mientras perseguía al zorro, de manera que cuando salió de la cueva tardó un rato en orientarse. Donde antes no existieran se encontró con profundos riscos y barrancos, dificultando así su viaje de regreso; además, al parecer, el proceso de glaciación se había extendido por numerosas millas superando el límite anterior. Precisamente a causa de estos hechos, que no podía ni explicar ni comprender, nació en el corazón de Iluac un miedo curioso y siniestro.

Nunca más regresó al glaciar, si bien relató a su hermano Quanga lo que había encontrado, describiéndole la localización de la cueva—cámara donde estaban enterrados el rey Haalor y Ommum—Vog junto con sus guerreros. Poco después del suceso, Iluac murió en las garras de un oso blanco, no sin antes haberle asaeteado en vano con todas sus flechas.

Quanga era tan valiente como Iluac, y no tenía miedo al glaciar, por haber ido allí en numerosas ocasiones, pero nunca apreció nada llamativo. Poseía un corazón avaro, y a menudo pensaba en los rubíes de Haalor, encerrados con el rey en el hielo eterno; y no tardó en pensar que un hombre arriesgado podía recuperar los rubíes.

Por ello, un verano, después de comerciar en Iqqua con sus pieles, se dirigió a los joyeros Eibur Tsanth y Hoom Feethos, llevando consigo algunos granates que había encontrado en un valle del norte. Mientras los joyeros tasaban los granates, comentó casualmente acerca de los rubíes de Haalor, inquiriendo astutamente sobre su valor. Entonces, al enterarse del enorme valor de las gemas, y advirtiendo el interés avaricioso demostrado por Hoom Feethos y Eibur Tsanth, les habló del relato que oyera de labios de su hermano Iluac, ofreciendo guiarles hasta la cueva oculta, a cambio de que le prometieran la mitad del valor de los rubíes.

Los joyeros aceptaron la proposición, a pesar de las dificultades del viaje, así como de la posterior venta de las gemas pertenecientes a la familia real de Iqqua, y que sin duda serían reclamadas por el presente rey, Ralour, si se enteraba de su descubrimiento. Pero el valor fabuloso de las piedras incrementó su avaricia. Por su parte, Quanga deseaba la complicidad y conspiración de los comerciantes, consciente de que no le sería posible vender las joyas sin su ayuda. No se fiaba de Hoom Feethos y Eibur Tsanth, y por esta razón les exigió que fuesen con él a la cueva donde le entregarían la suma de dinero acordada tan pronto se encontrasen en posesión del tesoro.

El extraño trío inició su viaje a mediados del verano. Ahora, después de dos semanas de caminar a través de una región salvaje y subártica, se estaban acercando a los confines del hielo perpetuo. Viajaban a pie, transportando sus provisiones a lomos de tres caballitos no mayores que bueyes enanos. Experto cazador, Quanga se encargaba diariamente de su sustento a base de liebres y faisanes propios del país.

Tras ellos, en un cielo límpido de color turquesa, ardía el sol poniente que según las leyendas describiera antaño un eclipse. En las sombras de las colinas se amontonaba la nieve perpetua, mientras que en los valles se extendían los glaciares de capas heladas. Comenzaron a escasear los árboles y matorrales, en una tierra donde en tiempos pretéritos florecieran frondosos bosques, bajo un clima más benigno. Pero las amapolas llameaban aún en los campos y a lo largo de las laderas, extendiendo su frágil belleza como una alfombra de color escarlata a los pies de un invierno eterno, y las tranquilas lagunas y corrientes estancadas estaban cercadas de blancos lirios acuáticos.

Volviéndose un poco hacia el este, contemplaron el humear de los picos volcánicos que se seguían resistiendo a la invasión de los glaciares. Hacia el oeste se erguían las altas montañas sombrías cuyas cumbres y picos estaban coronados de nieve, mientras sus laderas se sumergían bajo el mar de hielo. Ante ellos se extendía la muralla poderosa del reino glaciar, abarcando llanuras y riscos. El verano había retrasado el

avance de los hielos, y al avanzar, Quanga y los joyeros llegaron hasta unos profundos surcos excavados por el deshielo temporal, que surgían de debajo de los deslizantes paredones verdiazules.

Dejaron sus caballerías en un valle de abundante hierba, amarrados a deformes y diminutos saucos con largas cuerdas de piel de ciervo. Entonces, transportando las suficientes provisiones y material para dos días de viaje, comenzaron a ascender la ladera helada desde un punto escogido por Quanga, por considerarlo como más accesible, dirigiéndose hacia la cueva descubierta por Iluac. Quanga se orientó tomando como puntos de mira las montañas volcánicas y dos picachos aislados que se elevaban sobre la llanura helada hacia el norte, como si fueran los pechos de una gigante bajo su brillante armadura.

Los tres estaban bien equipados para poder hacer frente a las exigencias de su búsqueda. Quanga iba provisto de una curiosa hacha—pico de bronce bien templado, para desenterrar el cuerpo del rey Haalor; como armas llevaba una espada corta en forma de hoja, además de su arco y carcaj de flechas. La piel de un oso gigante, de color marrón—negruzco, le servía de vestimenta.

Le seguían Hoom Feethos y Eibur Tsanth con pesados ropajes para combatir el frío, quejándose por las incomodidades del viaje pero ebrios de avaricia. No habían disfrutado de las largas caminatas a través de una tierra estéril y desértica, ni de las inclemencias de los elementos septentrionales. Es más, les desagradaba Quanga sobremanera, por considerarle grosero y aprovechado. Sus males se vieron agravados por el hecho de que ahora se veían obligados a transportar la mayor parte de las provisiones, además de las dos pesadas bolsas de oro, que más tarde habrían de entregar a cambio de las piedras. Por nada que no fuese tan valioso como los rubíes de Haalor se hubiesen atrevido a llegar tan lejos, y por supuesto a poner siquiera los pies en los formidables desiertos helados.

Ante ellos se extendía un paisaje que bien parecía un mundo externo helado, perteneciente a otras dimensiones, y totalmente íntegro, liso, excepto algunos montículos dispersos y apriscos diseminados, extendiéndose la llanura hasta el blanco horizonte de picos encrespados. El sol se hacía cada vez más pálido y frío, disminuyendo tras los viajeros, sobre quienes soplaba un viento helado procedente de las frías cumbres como si fuera la respiración de los abismos existentes más allá del polo. No obstante, aparte de la desolación y melancolía boreales no había nada que hiciese desfallecer a Quanga o a sus compañeros. Ninguno de ellos era supersticioso, y consideraban que las viejas historias no eran más que mitos insulsos, imaginaciones producto del miedo. Quanga se sonrió con displicencia al pensar en su hermano Iluac, quien se había aterrado tan extrañamente, imaginándose cosas tan extraordinarias después de encontrar a Haalor. Sin duda se trataba de una debilidad muy singular por parte de Iluac, por tratarse de un cazador audaz e incluso temerario que nunca había temido a ningún animal ni a ninguna bestia. En cuanto al infortunio de Haalor y Ommum—Vog con su ejército, al quedar atrapados en el glaciar, estaba claro que habían dejado atraparse por las tormentas de invierno; y los escasos supervivientes, debilitados mentalmente tras los numerosos esfuerzos, se dedicaron a relatar historias extraordinarias. Aunque hubiese conquistado medio continente, el hielo no era más que hielo, y en consecuencia cualquier alteración quedaba sometida a ciertas leyes naturales. Iluac había dicho del hielo que éste era un demonio poderoso, cruel, avaricioso y reticente a la hora de ceder lo que había conquistado. Pero dichas creencias no eran más que supersticiones absurdas y primitivas, que en ningún momento merecían consideración alguna por parte de las ilustradas mentes del Pleistoceno.

A primera hora de la mañana escalaron el baluarte de hielo, y Quanga prometió a los joyeros que llegarían a la cueva a la altura del mediodía, como muy tarde, contando incluso con posibles dificultades en localizarla, y el consecuente retraso.

La llanura que se extendía ante ellos presentaba una asombrosa lisura, con lo cual no había nada que les impidiese avanzar. Orientándose con las montañas en forma de pechos como puntos de mira, llegaron después de tres horas de caminata a una pequeña elevación parecida a una colina, que correspondía con la descrita en el relato de Iluac. No sin dificultad, dieron por fin con la entrada de la profunda cámara.

Al parecer, el extraño lugar no había cambiado apenas, o en absoluto, desde la visita de Iluac, ya que el interior, con sus columnas y estalagmitas, se ajustaba a su descripción. La entrada tenía la forma de unas fauces. Dentro, el suelo descendía formando un ángulo resbaladizo durante una distancia de más de cien pies. La cámara rezumaba una luminosidad húmeda y glauca que se filtraba a través del techo abovedado. Al fondo, sobre la pared estriada, Quanga y los joyeros advirtieron las formas empotradas de un grupo de hombres, entre los que se podía distinguir fácilmente el cuerpo alto y vestido de azul del rey Haalor, junto a la oscura y encorvada momia de Ommum—Vog. Detrás, descendiendo por el pasadizo en prietas filas, podían apreciarse las formas de los soldados con las lanzas levantadas para la eternidad.

Haalor permanecía con apostura regia y erecta, manteniendo los ojos bien abiertos, cuya penetrante mirada proyectaba sensación de vida. Sobre su pecho resplandecía incandescente en la sombra glacial el triángulo de rubíes, rojos y calientes como la misma sangre, y los fríos ojos de los topacios, aguamarinas, diamantes y crisolitas irradiaban destellos desde el azul de los ropajes. A primera vista, las fabulosas piedras sólo se encontraban a una distancia de uno o dos pies de hielo desde los avariciosos dedos del cazador y sus compañeros.

Sin pronunciar una sola palabra, contemplaron absortos el preciado tesoro. Aparte de los grandes rubíes, los joyeros calcularon igualmente el valor de las demás piedras de Haalor. Con gran alegría por su parte, comprendieron que sólo el valor de estas últimas compensaba sobradamente las fatigas del viaje y la insolencia de Quanga.

Por su parte, el cazador se arrepentía del bajo precio exigido a los joyeros. Sin embargo, las dos bolsas de oro le convertirían en un hombre rico. Podría beber hasta saciarse los costosos vinos, más rojos que los propios rubíes, procedentes de la lejana Uzuldaroum en el sur. Las delgadas jóvenes de ojos alargados de Iqqua correrían a cumplir sus deseos, y, por último, podría apostar grandes sumas en sus juegos.

Los tres estaban completamente inconscientes de su extraña situación, completamente solos en la soledad boreal y acompañados de los muertos congelados, olvidando igualmente la macabra naturaleza del robo que estaban a punto de cometer. Sin aguardar a que sus compañeros le instasen, Quanga levantó el bien templado y afilado pico de bronce y comenzó a golpear la pared transparente con poderosos golpes.

El hielo caía ruidosamente bajo la piqueta, deshaciéndose en astillas acristaladas y gotas como diamantes. En escasos minutos consiguió perforar una gran cavidad, y sólo una capa delgada, resquebrajada y ruinosa le separaba del cuerpo de Haalor. Entonces, Quanga se dedicó a retirar la capa con exquisito cuidado, hasta que muy pronto el triángulo de enormes rubíes, más o menos cubiertos aún con partículas de hielo, cayó en sus manos. Mientras que los orgullosos ojos sin vida de Haalor contemplaban inmutables su tarea detrás de su máscara acristalada, el cazador dejó caer el pico, y sacando su espada en forma de hoja de la vaina, comenzó a cortar los delgados hilos de plata que cosían los rubíes al manto del rey. En su prisa desgarró trozos de la tela azulada, dejando al descubierto la carne helada y la blancura mortal. Retiró las piedras una a una, entregándoselas a Hoom Feethos, quien se hallaba inmediatamente detrás de

él; y el comerciante, cuyos ojos brillaban con avaricia, y atontado ante el éxtasis, las iba guardando cuidadosamente en una enorme bolsa de lagarto moteado que había llevado para dicho fin.

Cuando hubo rescatado el último rubí, Quanga desvió su atención a las joyas menores que adornaban los ropajes reales formando curiosos patrones de signo astrológico o significado hierático. Entonces, cuando se encontraban embebidos por su preocupación, Quanga y Hoom Feethos se sobresaltaron al oír un gran estruendo que culminó con el suave tintineo de cristales rotos. Al volverse, vieron que una enorme estalagmita se había desprendido de la bóveda, y que con su punta, con una puntería asombrosa, había atravesado el cráneo de Eibur Tsanth, quien ahora yacía en medio de los hielos desprendidos, y de cuyo encéfalo reventado sobresalía un fragmento afilado y puntiagudo. Había muerto instantáneamente, ignorante de su propia suerte.

Aparentemente, el accidente se debía a causas naturales, como los que suelen ocurrir en el verano durante el deshielo de un gran muro de hielo; pero, en su consternación, Quanga y Hoom Feethos se vieron obligados a tomar nota de ciertas circunstancias que distaban mucho de ser normales y por supuesto explicables.

Mientras retiraban los rubíes, operación sobre la que centraron toda su atención, *la cámara se había reducido a la mitad, tanto en altura como en dimensión*, hasta el punto de que las estalagmitas quedaban justo por encima de sus cabezas, como si fueran los colmillos atenazantes de una enorme boca. Había aumentado la oscuridad, y la luz era como la que ilumina los mares árticos bajo grandes masas de hielo. La inclinación de la cueva era más marcada, descendiendo hacia profundidades insondables. Arriba, muy arriba, los hombres pudieron contemplar la diminuta entrada que ahora no era mayor que la boca de una zorrera.

Por un instante quedaron estupefactos. Los cambios ocurridos en la cueva no admitían explicaciones naturales; de pronto, los hyperbóreos sintieron la aprensión angustiada de todos los horrores supersticiosos que poco antes despreciaran. Ya no podían negar la existencia consciente de una maldad animada, los enormes poderes diabólicos que las viejas leyendas atribuían al hielo.

Dándose cuenta del peligro que corrían, y espoleados por un pánico frenético, comenzaron a ascender el declive. Hoom Feethos conservó la abultada bolsa de rubíes así como el pesado saco de oro que colgaba de su cinturón, mientras que Quanga tuvo la suficiente presencia de ánimo como para llevar consigo la espada y el pico. Sin embargo, en su huida, acelerada por el miedo, ambos olvidaron la segunda bolsa de oro, que yacía al lado de Eibur Tsanth, bajo los restos de la estalagmita desprendida.

El estrechamiento sobrenatural de la cueva y el descenso terrible y siniestro del techo parecían haber cesado por el momento. De todas formas, los hyperbóreos no pudieron detectar una continuación visible del proceso a medida que ascendían frenética y peligrosamente hacia la entrada. En numerosas ocasiones se vieron obligados a encorvarse con el fin de evitar las poderosas fauces que amenazaban descender sobre ellos; e incluso calzados con sus fuertes borceguíes de piel de tigre tenían que hacer un verdadero esfuerzo para mantenerse en pie sobre la terrible pendiente. A veces conseguían levantarse agarrándose a los salientes resbaladizos en forma de columna, y con harta frecuencia hubo Quanga, que iba el primero, de excavar improvisados escalones en la cuesta, ayudado de su pico.

Hoom Feethos tenía tanto miedo que no podía ni hacer la más mínima reflexión. Pero mientras escalaba, Quanga sí consideraba detenidamente las alteraciones monstruosas de la cueva, alteraciones incomparables a todas las conocidas a lo largo de su amplia y variada experiencia de los fenómenos de la naturaleza. Intentó autoconvencerse de que había cometido un error de cálculo en cuanto a las dimensiones

de la cámara y la inclinación de su suelo. Esfuerzo en vano, ya que todavía se veía enfrentado a un hecho que desafiaba su raciocinio, un hecho que deformaba el conocido rostro del mundo con una locura supraterrrenal, odiosa, mezclando un caos maligno con sus ordenadas realizaciones.

Después de un ascenso terriblemente prolongado, parecido al esfuerzo por escapar de un destino de pesadilla, tedioso y delirante, consiguieron aproximarse a la boca de la cueva. Casi no quedaba sitio para que un hombre se arrastrase sobre el estómago bajo los afilados y poderosos dientes de hielo. Presintiendo que las fauces podían cerrarse sobre él como las de un gran monstruo, Quanga se lanzó hacia delante y comenzó a retorcerse a través del hueco, con una rapidez que distaba mucho de ser heroica. Pero algo le retenía, y por un momento pensó preso de terror que su peor aprensión se había hecho realidad. Pronto se dio cuenta que su arco y carcaj de flechas, que aún colgaban de su espalda, se habían enganchado en el hielo. Mientras Hoom Feethos temblaba de miedo e impaciencia, Quanga retrocedió y se libró de las armas engorrosas, que lanzó delante con el pico en su segundo y más positivo intento de atravesar la estrecha entrada.

Al ponerse en pie sobre el glaciar, oyó un grito salvaje emitido por Hoom Feethos, quien, al intentar seguir a Quanga, se había enganchado en la entrada con una de sus fajas. Su mano derecha, aferrada al saco de rubíes, sobresalía del umbral de la cueva. El joyero no cesaba de dar alaridos, protestando incoherentemente que los crueles colmillos de hielo le estaban desgarrando hasta la muerte.

A pesar de los sórdidos terrores por que había pasado, aún le sobraba al cazador la suficiente valentía como para retroceder y ayudar a Hoom Feethos. Estaba a punto de derribar los enormes pinchos de hielo con su pico, cuando oyó el grito agonizante del joyero, seguido de un rechinar áspero e indescriptible. No se había producido ningún movimiento visible de las fauces, y sin embargo, Quanga vio que llegaban al suelo. El cuerpo de Hoom Feethos, atravesado de parte a parte por uno de los hielos picudos, y clavado al suelo por el resto de los colmillos, chorreaba sangre sobre el glaciar, como el mosto rojo que rezuma de la prensa de vino.

Quanga comenzó a dudar del testimonio de sus sentidos. El hecho ante el que se enfrentaba era imposible de todo punto, dado que no había ninguna señal de hendiduras en el montículo, sobre la boca de la cueva, que explicase el cierre de las horribles fauces. Pero tan impensable enormidad había ocurrido ante sus propios ojos si bien demasiado de prisa para poder reconocer el proceso.

Hoom Feethos quedaba lejos de cualquier ayuda humana, y Quanga, ahora esclavo único de un pánico odioso, tampoco hubiera permanecido más tiempo para asistirle. Mas al ver el saco que había caído de los dedos del joyero muerto, el cazador lo arrebató movido por un impulso mitad miedo mitad avaricia; y entonces, sin volver la vista atrás, huyó por el glaciar hacia el sol poniente.

Mientras corría, y durante algunos momentos, Quanga no se dio cuenta de las alteraciones tan siniestras como fatídicas, comparables a las de la cueva, que en cierto modo habían tenido igualmente lugar en la propia llanura. Petrificado por el miedo, presa de un verdadero vértigo, observó que estaba escalando una ladera larguísima y escalonada sobre la cual se retraía un sol lejano, pequeño y frío, como si perteneciese a otro planeta. Incluso el cielo tenía otro aspecto: aunque permanecía límpido de nubes, había adquirido una palidez mortal. Una sensación densa de deseo maligno, poderoso y helador, parecía invadir el aire y asentarse sobre Quanga como un hongo. Pero lo más terrible de todo, precisamente por constituir una prueba del desarreglo consciente y maligno de la ley natural, era la inclinación vertiginosa hacia el polo adoptada por la meseta.

Quanga tuvo la sensación de que la propia creación se había vuelto loca, dejándole a merced de fuerzas demoniacas procedentes de cosmos exteriores desdivinizados. Manteniéndose milagrosamente en pie, tropezando y sorteando en su camino hacia arriba, temió por un momento resbalar, caer, y deslizarse hacia abajo para siempre, cayendo en las insondables profundidades árticas. Sin embargo, cuando se atrevió a pararse por fin y volverse temblando para mirar hacia abajo, vio *detrás* de él una ladera escarpada idéntica a la que estaba escalando: se trataba de un muro de hielo desquiciado y oblicuo, que se elevaba interminablemente hacia un segundo sol igualmente remoto.

En la confusión de ese extraño *bouleversement*, creyó perder lo que le quedaba de equilibrio, y el glaciar subía y bajaba a su alrededor como un mundo invertido mientras él intentaba recuperar el sentido de la orientación, que por primera vez en su vida había perdido. Al parecer, surgían pequeños y fugaces parapetos que se reían de él desde los interminables escarpados glaciales. Reanudó su ascenso desesperado a través de un perturbado mundo de ilusión, sin que pudiera determinar si se dirigía hacia el norte, el sur, el este o el oeste.

Un repentino viento sopló hacia abajo por el glaciar; aullaba en los oídos de Quanga como las voces lejanas de diablillos socarrones; gemía, y reía, y ululaba con notas estridentes que recordaban el chirriar del hielo resquebrajado. Azotaba a Quanga con dedos maliciosos, succionando el aire por el que luchaba agonizante. A pesar de sus pesados ropajes y de la rapidez de su difícil escalada, sentía el mordisco de sus colmillos, buscando la carne e hincándose incluso en la médula.

Mientras continuaba escalando observó confusamente que el hielo ya no era liso, que de su superficie sobresalían pilares y pirámides a su alrededor, adquiriendo formas a cada cual más salvaje. Perfiles inmensos y malvados le contemplaban desde cristales verdiazules; las cabezas deformes de los diablos bestiales fruncían el ceño, mientras dragones desconfiados se retorcían a lo largo del escarpado muro, o se hundían en las profundidades heladas de los precipicios.

Además de estas formas imaginarias adoptadas por el propio hielo, Quanga vio, o creyó ver, cuerpos y rostros humanos incrustados en el glaciar. Manos pálidas parecían alzarse hacia él desde las profundidades con gesto implorante; sintió sobre su persona la mirada de los ojos helados de hombres que en eras anteriores quedasen atrapados, y pudo contemplar sus miembros hundidos, rígidos y con extrañas actitudes de verdadera tortura.

Quanga ya no era capaz de pensar. Terrores primitivos, sordos y ciegos, más viejos que la razón, llenaban su mente con su oscuridad abismal. Le empujaban implacablemente, como quien conduce una bestia, sin dejarle parar en la burlona ladera digna de pesadilla. Una mínima reflexión le habría hecho ver que un último escape sería igualmente imposible; que el hielo, un ser vivo, consciente y malévolo, se estaba divirtiendo con un juego cruel y fantástico, inventado de algún modo en su increíble animismo. Por ello, casi era mejor que hubiera perdido el poder de la reflexión.

Desesperado y sin previo aviso, llegó al final de la glaciación. Fue como un repentino cambio de sueño que pilla al soñador desprevenido: Quanga contemplaba, sin comprender al principio, los familiares valles hyperbóreos que se extendían a los pies del parapeto hacia el sur, y los volcanes que humeaban oscuros más allá de las colinas sudorientales.

Su huida de la cueva había consumido prácticamente todo el largo atardecer subpolar, y ahora el sol se balanceaba cerca de la línea del horizonte. Habían desaparecido los obstáculos, y como por una magia prodigiosa, la capa de hielo recobraba su horizontalidad normal. Si hubiera podido comparar sus impresiones,

Quanga se habría dado cuenta de que en ningún momento pudo comprender al glaciar durante la realización de sus asombrosos cambios sobrenaturales.

Dudando aún, como si se tratase de una ilusión que pudiera desvanecerse en cualquier momento, contempló el paisaje que se extendía bajo las murallas. Aparentemente, había regresado al mismo lugar del cual comenzara junto con los joyeros su desastroso viaje por el hielo. Ante él descendía un declive suave hacia las fértiles praderas. Temeroso de que se tratase de algo irreal y engañoso —una trampa atractiva y hermosa, una nueva traición por parte del elemento a quien ahora consideraba como un demonio cruel y todopoderoso—, Quanga descendió por la ladera con paso veloz y ligero. Cuando sus pies se hundían ya en los matorrales, y estaba rodeado de frondosos sauces y jugosas hierbas, no daba aún crédito a la veracidad de su huida.

Todavía se sentía impulsado por una rapidez inconsciente, fruto de un miedo que rayaba en el pánico; y un instinto primario, igualmente inconsciente, le arrastraba hacia las cumbres volcánicas. El instinto le decía que encontraría un refugio entre sus cavidades, contra el intenso frío boreal, y que una vez allí se encontraría a salvo de las maquinaciones diabólicas del glaciar. Fuentes hirvientes corrían, según las leyendas, perpetuamente desde las altas laderas de estas montañas; inmensos géiseres, rugiendo y silbando cual calderas infernales, llenaban las oquedades superiores con cataratas ardientes. Las prolongadas nieves que azotaban Hyperbórea se convertían en lluvias inofensivas al aproximarse a los volcanes, donde florecía durante las cuatro estaciones una flora rica y multicolor, que en épocas anteriores consistiera en la propia de toda la región.

Quanga no pudo encontrar los caballitos enanos que dejaran atados a los sauces en la pradera del valle. Pero quizá, después de todo, no se trataba del mismo valle. Sin embargo, no detuvo su huida para buscarlos. Después de una aterrada mirada atrás, a la amenazadora masa de la glaciación, reanudó sin detenerse su camino en línea recta hacia las montañas coronadas de humo.

El sol se hundió más, rozando indefinidamente el horizonte sudoccidental, e iluminando la muralla de hielo y el suave paisaje con una luz de pálidas tonalidades amatistas. Quanga apresuró su paso, no repuesto aún del miedo, hasta que por fin alcanzó un crepúsculo prolongado y etéreo, propio de los veranos septentrionales.

Sin saber cómo, conservó a lo largo de todas las etapas de su huida su hacha—pico, su arco y sus flechas. Horas atrás, como un autómatas, había introducido el pesado saco de rubíes en el interior de sus ropajes, para no perderlo. Se había olvidado por completo de los mismos, y ni siquiera se dio cuenta del cosquilleo del agua al deshelarse el hielo incrustado en las joyas, y que ahora le empapaba la carne a través de la bolsa de lagarto.

Después de cruzar uno de los innumerables valles, chocó contra una raíz de sauce que sobresalía, cayéndose el pico de la mano al tiempo que tropezaba. Poniéndose en pie, corrió despavorido sin recogerlo.

Ya se distinguía un rojizo resplandor procedente de los volcanes, iluminando el oscuro cielo, a medida que Quanga avanzaba al deseado e inviolable santuario. Desmoralizado y sacudido aún por los recientes esfuerzos sobrehumanos, comenzó a pensar que después de todo podría escapar del demonio del hielo.

De pronto se dio cuenta de que le consumía la sed, hecho al que no había prestado atención hasta ahora. Haciendo un alto en uno de los sombríos valles, bebió de un arroyo bordeado de flores. Entonces, cediendo al inmenso cansancio acumulado, se dejó caer para descansar un momento entre la amapolas rojas como la sangre, teñidas de violeta a la luz del crepúsculo.

El sueño descendió sobre sus párpados como una nieve suave y abrumadora, pero pronto se interrumpió con sueños malvados donde todavía huía del glaciar burlador e inexorable. Se despertó en medio de un terror frío, sudando y temblando, para encontrarse contemplando el cielo septentrional, donde lentamente moría un delicado fulgor. Creyó que una gran sombra, maligna, masiva y en cierto modo sólida, se deslizaba sobre el horizonte y las colinas bajas hacia el valle donde se encontraba. Llegó con una rapidez inexplicable, y parecía que la última luz caía de los cielos, fría como si fuera un reflejo atrapado en el hielo.

Se puso en pie con la rigidez de un cuerpo exhausto por el cansancio, mientras se despertaba de nuevo el miedo y la estupefacción a causa de la pesadilla. Como señal de un reto momentáneo, descolgó su arco y disparó una flecha tras otra, hasta vaciar el carcaj, con el fin de herir a la sombra enorme, pálida y deforme que parecía interponerse entre el cielo y él. Cuando concluyó, reanudó su interrumpida huida.

Mientras corría seguía temblando, sin poder evitarlo, a causa del frío intenso y repentino que había descendido sobre el valle. Torpemente, presa de un acceso de miedo, presintió que había algo irreal y antinatural en el frío, algo que no pertenecía ni al lugar ni a la estación del año. Los volcanes relucientes estaban cada vez más cerca, y pronto llegaría a las primeras colinas. Por ello, el aire debería ser templado, por no decir caliente.

De pronto el cielo se oscureció dejando entrever un destello verdiazul que surgía desde lo profundo. Por un momento pudo ver la sombra sin rostro que se erguía como un gigante en su camino, oscureciendo las estrellas y el resplandor de los volcanes. Entonces, como si fuera el vapor de un remolino tormentoso, se cerró sobre él, frío e inquieto. Parecía un fantasma de hielo, algo que cegaba sus ojos y entorpecía su respiración, como si se encontrase enterrado en una tumba glacial. Era algo frío, con el rigor transártico, algo desconocido para él hasta entonces y que producía un dolor insoportable para su carne, dejándole idiotizado.

Oyó débilmente un sonido parecido al del hielo al chocar, el rechinar de icebergs frotándose, todo ello envuelto en un pálido resplandor verdiazul que se estrechaba y espesaba a su alrededor. Era como si el alma del glaciar, perversa e implacable, le hubiera atrapado en su huida. A veces luchaba torpemente, idiotizado por el miedo. Respondiendo a un impulso desconocido, como si desease propiciar a una deidad vengativa, sacó la bolsa de rubíes de su pecho y con un esfuerzo prolongado y doloroso trató de lanzarla lejos. Las cuerdas que ataban la bolsa se soltaron al caer, y Quanga oyó débilmente, en la lejanía, el tintineo de los rubíes al rodar y desparramarse por una superficie dura. Le asaltó el olvido, y cayó hacia delante rígido, ignorante de su propia caída.

Al amanecer yacía al lado de un pequeño arroyo, totalmente helado, boca abajo en medio de un círculo de amapolas que se habían ennegrecido como si las hubiera pisado un demonio gigante de hielo. Un charco próximo, formado por un arroyuelo estancado, estaba cubierto por una capa delgada de hielo, y sobre el hielo, como gotas de sangre congelada, se hallaban esparcidos los rubíes de Haalor. A su debido tiempo, al desplazarse lenta pero irresistiblemente hacia el sur, el gran glaciar las reclamaría.

El Demonio De Hielo, 1931

Hyperbórea

Clark Ashton Smith

Trad. Guadalupe Rubio de Urquía

Colección Ciencia Ficción, 19

EDAF, 1978

EL RELATO DE SATAMPRA ZEIROS

CLARK ASHTON SMITH

Yo, Satampra Zeiros de Uzuldaroum, escribiré con mi mano izquierda, ya que no me queda otra, el relato de todo lo ocurrido a Tirouv Ompallios y a mí mismo en el santuario del dios Tsathoggua, lugar abandonado por la devoción humana a los suburbios invadidos por la selva, en las afueras de Commorión, esa capital desierta desde hace años, y que en su día estuviera habitada por los gobernantes de Hyperbórea. Lo escribiré con el jugo violáceo de la palmera suvana, jugo que con los años adquiere un fuerte tono rojizo, sobre una piel resistente confeccionada con cuero de mastodonte, y como aviso para todos los ladrones y aventureros buenos que puedan haber oído acerca de una antigua leyenda sobre los tesoros perdidos de Commorión, y por ello sentirse tentados.

Tirouv Ompallios era mi viejo amigo y fiel compañero de todas las empresas que requerían dedos hábiles y un hábito mental ágil y sagaz. Sin caer en la presunción, puedo decir que juntos, Tirouv Ompallios y yo, realizamos con todo éxito más de un proyecto del que se hubieran retirado ante su fracaso más de un colega de mayor renombre. Me refiero en concreto al robo de las joyas de la reina Cunambria, que se conservaban en una habitación custodiada por dos reptiles venenosos; y la ruptura de la caja de adamantina en Acromí, en la que se conservaban todos los medallones de una dinastía anterior de reyes hyperbóreos. Es cierto que fue difícil y peligroso deshacerse de los medallones, que vendimos después de enormes sacrificios al capitán de un navío bárbaro procedente de la lejana Lemuria; pero a pesar de todo, conseguir forzar la caja fue de por sí toda una hazaña, ya que tenía que hacerse en un silencio total a causa de la cercanía de una docena de guardias armados con tridentes. Utilizamos un ácido poco conocido y muy poderoso... Pero no debo detenerme demasiado tiempo, por grande que sea la tentación de divagar acerca de heroicidades pasadas y gestas audaces o peligrosas.

En nuestro trabajo, como en otros, es preciso considerar con frecuencia las vicisitudes de fortuna, ya que la diosa de la Suerte no siempre se muestra pródiga con los favores que otorga. A esta razón se debe que Tirouv Ompallios y quien esto escribe nos encontrásemos, en el momento de redactar las presentes líneas, en una condición pecuniaria un tanto negativa, y que si bien temporal, no dejaba de ser extrema y, por lo tanto, inconveniente y molesta al producirse en el crepúsculo de una época próspera y que había producido sabrosos beneficios. De un tiempo a esta parte la gente se había vuelto cada vez más desconfiada en lo tocante a sus joyas y otros objetos de valor, colocando rejas dobles en puertas y ventanas, instalando los últimos modelos en cerrajería y contratando vigilantes más alertas o menos dormilones; en pocas palabras, se habían multiplicado todas las dificultades propias de nuestra profesión. Llegó un momento en que nuestro oficio quedó reducido al hurto de mercancía más voluminosa y menos valiosa que la manejada habitualmente. Incluso ahora aún me avergüenzo al recordar la noche que estuvieron a punto de pillarnos con un saco de boniatos rojos; y si menciono este hecho es para demostrar que no me vanaglorio.

Una tarde, caminando por un callejón de uno de los barrios más humildes de Uzuldaroum, nos paramos para hacer un recuento de nuestros recursos inmediatos, y nos dimos cuenta de que entre los dos sólo poseíamos tres pazoors exactamente; lo suficiente para comprar una botella grande de vino de granada o dos hogazas de pan. Discutimos durante un rato el problema de nuestra compra.

—El pan —argumentaba Tirouv Ompallios— nutrirá nuestros cuerpos, prestará una fuerza nueva a nuestros miembros agotados y destreza a nuestros dedos destrozados por el trabajo.

—El vino de granada —respondí— ennoblecerá nuestros pensamientos, inspirará e iluminará nuestras mentes, y quizá nos revele una fórmula que nos permita salir de nuestro atolladero actual.

Sin mayores protestas, Tirouv Ompallios cedió ante mi sensato razonamiento, y penetramos en una taberna cercana. El vino no era de la mejor calidad en cuanto al sabor, pero nada más podía pedirse de la cantidad y fuerza. Tomamos asiento en el concurrido local y bebimos lentamente, hasta que el fuego del brillante líquido rojo se adueñó de nuestros cerebros. Como por obra de la luz de destellos rosáceos, se iluminaron la oscuridad e inseguridad de nuestro futuro, a la vez que se suavizaban las asperezas de la vida. En ese instante maravilloso, tuve una inspiración.

—Tirouv Ompallios —dije—, ¿existe algún impedimento para que tú y yo, hombres valientes y en ningún momento víctimas de los miedos y supersticiones que asustan a las muchedumbres, nos apropiemos de los tesoros reales de Commorión? Sólo un día de viaje desde esta aburrida ciudad, unas agradables vacaciones en el campo, una mañana o una tarde de investigación arqueológica, y... ¿quién con sabe lo que encontraremos?

Hablas con sabiduría y bravura, estimado amigo —respondió Tirouv Ompallios—. Es cierto, no existe razón alguna para que no repongamos nuestras escasas finanzas a costa de algunos reyes y dioses muertos.

Como todo el mundo sabe, Commorión quedó deshabitada hace muchos siglos a causa de la profecía de la Sibila Blanca de Polarión, quien predijo un destino indescriptible y abominable para todos los mortales que se atreviesen a permanecer dentro del recinto. Añadió que dicha suerte constituiría una pestilencia procedente de los desiertos septentrionales, y que llegaría a través de los caminos trazados por las tribus salvajes; en ocasiones, adoptaría una forma de locura. El caso es que nadie, ni rey, ni sacerdote, ni mercader, ni labriego, ni ladrón permaneció en Commorión para celebrar su llegada, sino que se marcharon en unitaria emigración, con el propósito de fundar la nueva capital, Uzuldaroum, a una distancia de una jornada de camino. Tan numerosos como extraños eran los relatos que corrían acerca de horrores y terrores jamás imaginados, que invadieron para siempre los mausoleos, santuarios y palacios de Commorión. Tan gloriosa ciudad permanece aún en pie, prolija en mármoles y magnífica en sus granitos, coronada de agujas, cúpulas y obeliscos que se mezclan con los poderosos árboles de la cercana jungla, incapaces todavía de superarlos en altura, pero abundantes en el fértil valle interior de Hyperbórea. Cuentan las gentes que en las ocultas bóvedas se encuentra el rico tesoro, completo y sin expoliar, que perteneciera a los antiguos monarcas; que en las tumbas grandiosas permanecen enterrados junto a las momias valiosas gemas y abundante electrón, y por último, que aún subsisten los copones y ajuares religiosos de oro, y que los ídolos lucen todavía piedras preciosas en sus orejas, bocas, narices y ombligos.

Creo que deberíamos habernos puesto en camino aquella misma noche, de habernos animado e inspirado otra botella de vino de granada. En definitiva, decidimos iniciar nuestro viaje al amanecer: el hecho de no disponer de fondos para nuestro viaje carecía de importancia, ya que a menos que nos fallase nuestra habilidad anterior, podríamos reunir el producto de un tributo involuntario a costa de los incautos campesinos. Mientras, nos retiramos a nuestros aposentos, donde nos recibió el casero con un saludo poco amistoso, junto con una petición de dinero. Pero la dorada promesa del mañana nos armó de valor para afrontar cualquier molestia trivial, y empujamos a un lado al incisivo individuo, dejándole sorprendido, si bien no aplacado.

Dormimos hasta muy tarde, y cuando el sol brillaba alto desde el azul del cielo, abandonamos las puertas de Uzuldaroum, y nos dirigimos hacia la ruta del norte que nos conduciría a Commorión. Nos desayunamos abundantemente con dorados melones y un faisán robado que guisamos en el bosque, para después reemprender nuestro camino. A pesar del cansancio que se apoderó de nosotros a la caída de la tarde, nuestro viaje resultó muy agradable, encontrando en el camino numerosos motivos de entretenimiento en los paisajes y pueblos que cruzábamos. Estoy seguro de que algunos de estos últimos nos recordarán con aprensión, ya que no nos privamos de nada que nos gustase o apeteciese.

Sin duda se trataba de una región agradable, poblada de granjas, huertas, corrientes de agua y frondosos bosques. Por fin, en el curso del atardecer, llegamos al viejo camino, en desuso desde tiempo atrás y totalmente invadido por la maleza, que partía desde la carretera hasta Commorión a través de una vieja selva.

Nadie nos vio llegar al camino, y a partir de entonces tampoco nos encontramos con nadie. De un solo paso, dejamos atrás la vida humana; parecía como si el silencio que nos rodeaba en pleno bosque hubiese permanecido intacto de pisadas humanas desde que se marchara el legendario rey con su pueblo muchos siglos antes. Nunca habíamos visto árboles tan gigantescos: se entrelazaban con volúmenes laberínticos e infinitos, formando enredaderas casi tan viejas como ellos mismos. Las flores eran desmesuradamente grandes, y el perfume que despedían, poderosamente dulce o fétido, mientras que sus pétalos tenían una palidez mortal o bien eran de un rojo casi sanguinario. Las frutas que nos encontramos a lo largo del viaje también eran de gran tamaño, de ricos tonos violeta, naranja y rosa, pero que por alguna razón no nos atrevimos a comer.

A medida que avanzábamos se espesaba el bosque, y los caminos, aunque pavimentados con bloques de granito, se hacían cada vez más y más impracticables, ya que los árboles habían echado raíces en los resquicios, separando a veces los bloques pétreos. A pesar de que el sol no tocaba aún el horizonte, se intensificaron las sombras que se proyectaban sobre nosotros desde los árboles gigantescos, y nos vimos obligados a movernos en una penumbra crepuscular verdeoscura, y en una atmósfera opresora por la exuberante vegetación y la putrefacción de las hojas caídas. No había ni pájaros ni otros animales, como hubiera sido de esperar en cualquier bosque de esa densidad; pero a veces nos encontrábamos con alguna víbora que otra de pálida y pesada cola, que se arrastraba lejos de nuestros pies entre los matorrales que había a un lado y otro del camino, mientras que en otras ocasiones nos sobrevolaba alguna araña gigantesca, con motas barrocas y multicolores, y desaparecía en la profunda selva. Por encima nuestro, a media luz, se elevaban, al presentir nuestra presencia, enormes murciélagos violáceos cuyos ojos parecidos a diminutos rubíes se apartaban de sus manjares para posarse sobre nosotros, llenos de perversas intenciones, y desaparecer silenciosamente en el aire. Por alguna razón inexplicable, teníamos la sensación de ser observados por seres ajenos a nosotros e invisibles. No tardó en invadirnos una especie de asombro, mezclado con un miedo extraño producido por la jungla monstruosa: nuestras conversaciones fueron menos frecuentes, bajaron de tono, y cuando nos comunicábamos lo hacíamos en susurros.

Entre otras muchas cosas, nos habíamos procurado a lo largo de nuestro trayecto una gran botella de piel llena de licor de palmera. En más de una ocasión nos servimos de algunas gotas del ardiente licor para animar el tedio del viaje; ahora recurriamos al mismo para recobrar fuerzas y valor. Bebimos respectivamente un buen trago, y al poco rato la jungla se nos figuró menos aterradora, hasta el punto que nos preguntamos por qué habíamos permitido que el silencio y la oscuridad, los vigilantes murciélagos y la

densidad de la atmósfera dejasen sentir su peso sobre nosotros durante el corto intervalo; después del segundo trago, comenzamos a cantar.

Con el crepúsculo, y mientras una luna encerada lucía desde lo alto después de que descendiera el astro solar, nos encontramos tan poseídos de fervor aventurero, que decidimos proseguir y llegar a Commorión aquella misma noche. Cenamos con los restos de la comida que arrebatamos a los campesinos, y la bota de vino pasó varias veces entre nuestras manos. Poco después, considerablemente repuestos, y pletóricos de la energía y valor propios de tamaña empresa, reanudamos nuestra aventura.

Pero pronto terminaría nuestro viaje. Mientras discutíamos, presas de un ardor que nos hacía olvidar las largas horas de camino, acerca del rico botín que tendríamos que escoger de entre todos los míticos tesoros de Commorión, vimos a la luz de la luna el resplandor de las cúpulas de mármol que sobresalían por encima de las copas de los árboles y los pálidos pilares de los sombríos pórticos que se vislumbraban a través de las ramas y troncos. Avanzamos unos pasos y nos encontramos en calles pavimentadas que discurrían transversalmente desde el camino principal que habíamos seguido hacia los bosques frondosos y altos que se encontraban a cada lado, y donde el follaje de las palmeras gigantes cubría los tejados de las viejas casas.

Nos paramos, y una vez más el silencio de una vieja desolación selló nuestros labios. Las casas yacían blancas y silenciosas como sepulcros, y las profundas sombras que las envolvían eran tan frías, siniestras y misteriosas como la sombra de la muerte. Parecía como si el sol no hubiese brillado allí en muchos siglos, como si nada más cálido que los espectrales rayos de la cadavérica luna hubiesen tocado el mármol y el granito desde que la profecía de la Sibila Blanca de Polarión provocara la emigración de toda la población.

—Me gustaría que ya fuese de día —murmuró Tirouv Ompallios. El tono bajo de su voz resonó como un extraño silbido, inaudible en la quietud mortal.

—Tirouv Ompallios —repliqué—. confío en que no te dejes llevar por la superstición. Me desagradaría pensar que estás sucumbiendo a las imaginaciones infantiles propias de las masas. Pero echemos otro trago.

Aligeramos considerablemente la bota de vino, con generosos tragos que nos devolvieron la alegría, hasta el punto que comenzamos a explorar una avenida de la margen izquierda que, a pesar de tener un trazado prácticamente matemático, se perdía a los pocos metros entre los frondosos árboles. Una vez aquí nos encontramos ante un pequeño templo cuya antigua traza arquitectónica parecía ser anterior al resto de los edificios; además, dicho templete se encontraba en una plazoleta, aún respetada por la selva y alejada de las casas cercanas. Por otro lado, se diferenciaba de estas últimas no sólo arquitectónicamente, sino también en cuanto al tipo de material de construcción empleado; se trataba de una especie de piedra basáltica, muy oscura, incrustada una sobre otra, con plantas musgosas de una gran antigüedad. Tenía una planta cuadrada, sin cúpulas ni agujas, la fachada carecía de columna, y el único adorno lo constituían unas cuantas ventanas estrechas, a gran altura desde el suelo. Templos de ese estilo no solían ser frecuentes en la Hyperbórea actual, pero en seguida nos dimos cuenta que se trataba de un santuario dedicado a Tsathoggua, uno de los dioses más antiguos, cuyo culto ya no se practicaba, pero ante cuyos altares derruidos cuenta la tradición que en ocasiones se ha visto a las bestias feroces y furtivas de la jungla, al mono, a la marmota gigante y al tigre de largos colmillos, arrodillarse y aullar sus incomprensibles oraciones.

El templo, como los demás edificios, se encontraba en un estado perfecto de conservación; las únicas señales de ruina las presentaba el dintel tallado de la puerta, que se había derrumbado y resquebrajado en varios lugares. La propia puerta, de bronce

fundido y completamente cubierta de verdín, se encontraba entreabierta. Seguros de encontrar en su interior un ídolo de ricas joyas, así como otros utensilios de altar de no menos valor, nos apresuramos a entrar.

Considerando que requeriría no poca fuerza abrir la puerta cubierta de verdín, bebimos copiosamente y comenzamos la tarea. Como era de suponer, los goznes estaban enroñados, y sólo después de empujones poderosos comenzó por fin a moverse la puerta. Al reanudar nuestros esfuerzos, se abrió despacio hacia dentro rechinando hasta producir un chirriar casi gutural, dando la sensación de que eran producidos por algún ser infrahumano. Ante nosotros quedó el oscuro interior del templo, de donde salía un olor de humedad vieja combinada con un extraño y desconocido hedor. Pero con la excitación del momento no prestamos la debida atención a este hecho.

Con mi acostumbrada previsión, me había procurado poco antes un trozo de madera resinosa, pensando que nos podría servir de antorcha para cualquier exploración nocturna por Commorión. Encendí la improvisada antorcha y penetramos en el santuario.

El suelo estaba pavimentado con inmensas losas de piedra octogonales, del mismo material que las paredes. Se hallaba prácticamente vacío, a excepción de la imagen del dios entronizado, que se encontraba en la pared del fondo, y una curiosa pila de bronce en un trípode que estaba en medio del recinto. Con una rápida mirada hacia la pila, seguimos hacia el fondo e iluminé con la antorcha el rostro del ídolo.

Nunca había visto una imagen de Tsathoggua, pero no tuve dificultad en reconocerle después de las descripciones que anteriormente escuchara. Tenía un aspecto chaparro, de panza abultada y redonda, y su cara se parecía más a la de un sapo monstruoso que a la de una deidad. Todo su cuerpo estaba cubierto por una imitación de pelaje corto, dando la sensación de una mezcla de murciélago y de marmota. Sus somnolientos párpados caían semicerrados sobre sus ojos globulares, mientras de sus gruesos labios salía la punta de una extraña lengua. En honor a la verdad, no se trataba de un dios acogedor, y por ello no me sorprendía que se hubiese extinguido su culto, atractivo sólo para hombres primitivos y de instintos brutales.

Tirouv y yo comenzamos a jurar simultáneamente sobre los nombres de divinidades más urbanas y civilizadas, cuando de repente nos dimos cuenta de que no había a la vista ni la más corriente de las piedras semipreciosas, ni encima, ni dentro de ninguno de los miembros de la horripilante imagen. Con una tosquedad sin parangón, también los ojos habían sido tallados en la misma piedra opaca; y la boca, nariz, oídos y demás orificios carecían de adornos. No sabíamos si ello se debía a la pobreza o a la avaricia de los autores de semejante horror.

Dado que nuestras mentes ya no estaban absortas en la esperanza de riquezas inmediatas, pudimos apreciar con mayor interés el lugar donde nos encontrábamos. Nos llamó particularmente la atención el desconocido hedor que mencionara más arriba, y que ahora se había hecho más denso. Advertimos que emanaba de la pila de bronce, adonde nos dirigimos creyendo que nuestro examen resultaría beneficioso e incluso agradable.

Como ya he dicho, la pila era grande; tanto es así, que tenía seis pies de diámetro y tres de profundidad, mientras que el borde estaba a la altura del hombro de una persona de elevada estatura. Las patas del trípode que le servía de apoyo eran macizas y estaban curvadas, terminando en unos pies que parecían garras felinas mostrando sus talones. Cuando nos acercamos para mirar por encima del borde, vimos que la pila estaba llena de una sustancia viscosa y semilíquida, muy opaca y de un color tiznoso. De aquí salía el desagradable olor; un olor que, a pesar de ser verdaderamente fétido, sin embargo no era putrefacto, sino que más bien parecía el tufo de algún ser sucio que habitase los

marjales. Resultaba casi imposible soportar el olor, y estábamos a punto de marcharnos cuando advertimos una cierta ebullición en la superficie, como si algún animal u otra criatura sumergida agitase el ceniciento líquido.

La ebullición aumentó rápidamente, el centro se hinchó como si fuera levadura, y nos quedamos mirando, presas del pánico, cómo emergía gradualmente una cabeza amorfa e indescriptible abriendo camino a un cuello indefinido, mientras su rostro nos miraba fijamente con un marcado acento de perversidad en el semblante. Acto seguido, surgieron pulgada a pulgada dos brazos —si es que se les podía llamar así—. hasta que nos dimos cuenta de que no se trataba de una criatura sumergida en el líquido, como pensábamos, sino que el propio líquido había dado forma a la horrible cabeza y cuello, así como a los brazos que se estiraban hacia nosotros con tentáculos en vez de garras o manos.

Un miedo que no habíamos experimentado hasta entonces ni en sueños, ni en nuestras salidas nocturnas más peligrosas, nos privó del habla, si bien no nos impidió actuar. Retrocedimos algunos pasos de la pila, y a medida que nos apartábamos crecían el horrible cuello y los brazos. Entonces comenzó a levantarse toda la masa del negro fluido, y con una rapidez superior a la del jugo de suvana en mi pluma cuando escribo, se desparramó por el borde de la pila como un torrente negro que a medida que llegaba al suelo adquiría una forma ondulante, que a su vez se desarrollaba inmediatamente en más de una docena de patas cortas.

¡Qué indescriptible horror de vida protoplasmática, qué derramamiento espantoso de viscosidad primitiva se interponía ante nosotros!; pero no nos paramos para considerar el hecho y sacar conclusiones. La monstruosidad era demasiado horrorosa como para dedicarle ni siquiera una mirada de más; por otro lado, sus intenciones eran claramente hostiles, evidenciando inclinaciones antropofágicas, dado que se deslizaba hacia nosotros con una rapidez increíble, a la vez que abría una boca desdentada de una capacidad asombrosa. Cuando cayó sobre nosotros, dejando ver una lengua que se desenroscaba como una serpiente larga, sus fauces se hicieron más grandes con la misma elasticidad que acompañaba cada uno de sus movimientos. Advertimos que nuestra huida de las garras de Tsathoggua se hacía imperativa, y dando la espalda a todas las abominaciones del santuario, cruzamos el umbral de un solo salto y corrimos a la luz de la luna por los suburbios de Commorión. Doblamos todas las esquinas posibles, retrocedimos sobre nuestros pasos detrás de los palacios de nobles perdidos en el olvido, y de los almacenes de comerciantes pretéritos, escogiendo preferentemente los lugares donde los intrusos árboles de la jungla aparecían más altos y espesos. Por último, cuando llegamos a un camino secundario desde donde ya no se veían las casas, nos atrevimos a pararnos y mirar hacia atrás.

Nuestros exhaustos pulmones parecían a punto de estallar después del esfuerzo heroico que acabábamos de realizar, mientras que las numerosas fatigas del día comenzaban a dejarse sentir; pero cuando vimos a nuestros talones al monstruo negro, que nos perseguía con una facilidad serpenteante y ondulante, cual torrente que se desliza por una pendiente, se reanimaron milagrosamente nuestras piernas aladas, y desaparecimos de la traidora luz lanzándonos en la intrincada jungla, con la esperanza de poder eludir a nuestro perseguidor en el laberinto de matorrales, parras y hojas gigantes. Tropezamos con raíces y troncos caídos; nos desgarramos los vestidos y laceramos nuestra piel con las ramas; chocamos en la oscuridad contra troncos enormes y pimpollos que se doblaban hacia nosotros, y oímos el silbido de las culebras enroscadas en los árboles, desde donde nos escupían su veneno, así como los aullidos y gruñidos de animales invisibles a medida que les pisábamos en nuestra precipitada huida. Pero ya no nos atrevíamos a paramos para mirar atrás.

Debimos continuar nuestra indefinida peregrinación durante horas y horas. La luna, que hasta entonces nos había iluminado pálidamente a través del espeso follaje, descendió cada vez más entre las frondosas palmeras gigantes y las espesas enredaderas. Pero cuando por fin se hundió, sus últimos rayos nos impidieron caer en una marisma ruidosa con montículos y almohadillas de rica hierba, viéndonos obligados a correr peligrosamente bordeándolos, sin poder pararnos a descansar, o por lo menos a mirar dónde poníamos el pie, ya que nuestro maldito perseguidor estaba casi en nuestros talones.

Una vez que la luna desapareció por completo, nuestra huida se hizo más arriesgada y alocada; era un verdadero delirio de terror, cansancio, confusión, y desesperadamente difícil entre tantos obstáculos cuya naturaleza ni siquiera nos paramos a considerar en medio de una noche que se aferraba a nosotros, adhiriéndose como una carga de maldad, o como las telarañas de una araña monstruosa. Parecía como si la criatura que nos perseguía nos hubiera podido alcanzar en cualquier momento gracias a sus facultades anormales; pero todo parecía indicar que deseaba prolongar la caza. Y así, en medio de horrores que nunca concluían, seguía avanzando la noche. Pero nunca nos atrevimos a paramos y mirar hacia atrás.

Lejano y tenue, comenzó a aparecer un crepúsculo titubeante entre los árboles —un preludio de la tragedia oculta—. Completamente agotados, y ansiosos de cualquier reposo y seguridad, aunque fuese en la tumba misma, corrimos hacia la luz y salimos de la jungla para encontrarnos en una calle pavimentada que corría entre edificios de mármol y granito. Bajo el peso de nuestro cansancio, advertimos, en medio de nuestro atontamiento, que habíamos estado dando vueltas alrededor de los suburbios de Commorión. Ante nosotros, y a una distancia no superior al lanzamiento de una jabalina, se encontraba el oscuro templo de Tsathoggua.

Esta vez nos atrevimos a volver la cabeza y vimos el elástico monstruo, cuyas patas se habían alargado y bajo las cuales nos encontrábamos, como si estuviésemos debajo de una torre; su boca se había agrandado de tal manera que nos hubiera podido engullir a los dos a la vez. Nos seguía, deslizándose sin esfuerzo alguno, con una horrible seguridad de movimiento, mientras que sus intenciones eran de un cinismo insoportable. Corrimos hacia el templo de Tsathoggua, cuya puerta permanecía abierta como nosotros la dejáramos, y cerrándola tras nosotros, con una rapidez propulsada por el miedo, conseguimos correr uno de los cerrojos roñosos tras un ímprobo esfuerzo fruto de nuestra desesperación.

Entonces, mientras la tenebrosidad gélida del amanecer descendía a través de las altas ventanas, intentamos tranquilizarnos con una resignación verdaderamente heroica, y aguardar lo que el destino nos tuviese reservado. Durante nuestra espera, el dios Tsathoggua nos contemplaba con mayor estupidez y maldad que la que advirtiéramos a la luz de la antorcha.

Creo haber mencionado que el dintel de la puerta se había resquebrajado y hundido en varios sitios. De hecho, el proceso ruinoso había hecho tres boquetes, por donde se filtraba ahora la luz del día, lo suficientemente grandes como para permitir la entrada de animales pequeños o de serpientes grandes. Por alguna extraña razón, nuestros ojos no se apartaban de los boquetes.

No llevábamos mucho tiempo mirando, cuando se oscureció la luz que penetraba por las hendiduras; una masa negra entraba por las mismas a manantiales, formando un triple arroyuelo por las losas de piedra, donde recobró la inusitada forma que nos persiguiera la noche anterior.

—¡Adiós. Tirouv Ompallios! —grité, con el escaso aliento que me restaba. Acto seguido, corrí a esconderme detrás de la imagen de Tsathoggua, que por lo menos era lo

suficientemente grande como para quedar totalmente a cubierto, aunque por desgracia sólo podía cobijar a una sola persona. Sin duda Tirouv Ompallios me habría precedido, movido por la misma idea de autoconservación, pero fui más rápido que él. Y entonces, al ver que no había sitio para los dos detrás de Tsathoggua, mi compañero se despidió igualmente de mí y se introdujo dentro de la pila de bronce, único sitio donde podría esconderse en el desierto recinto.

Escudriñando desde mi escondite detrás del desagradable dios, cuyo único mérito residía en la amplitud de su abdomen y caderas, me dediqué a observar los restos del monstruo. Tan pronto como Tirouv Ompallios hubo desaparecido dentro del trípode, la indescriptible monstruosidad se levantó como si fuera una columna y se acercó a la pila. La cabeza había cambiado de lugar y forma, hasta el punto de que sólo quedaban ligeros rasgos impresos en medio de un cuerpo exento de brazos, piernas y cuello. El deforme ser se asomó a la pila durante un instante, recogiendo toda su masa sobre una especie de cola, y entonces, como si fuera una ola gigante, cayó dentro de la pila de bronce encima de Tirouv Ompallios. Al hundirse y desaparecer de la vista, todo su cuerpo pareció convertirse en una inmensa boca.

Incapaz de respirar ante semejante horror, esperé, si bien no pude distinguir ningún ruido ni movimiento procedentes de la pila, ni siquiera una queja de Tirouv Ompallios. Por último, y con infinito cuidado y precaución, me atreví a salir de detrás de Tsathoggua, y pasando al lado de la pila de puntillas conseguí llegar hasta la puerta.

Pero para conseguir la tan ansiada libertad tenía que descorrer el cerrojo y abrir la puerta, lo cual me daba mucho miedo a causa del ruido. Consideraba que sería imprudente molestar al ser que se encontraba en la pila mientras digería a Tirouv Ompallios; pero por otro lado no había otra manera de abandonar semejante antro.

En el momento en que descorría el cerrojo, sentí que mi muñeca izquierda quedaba mortalmente atrapada por un tentáculo que con una rapidez infernal había surgido de la pila, estirándose a través de la habitación hasta la puerta. Su contacto era totalmente nuevo para mí; se trataba de algo viscoso y escurridizo, muy frío y suave, pero tan afilado como un metal cortante, y con poder de succión y constricción tal que me obligó a lanzar un grito a medida que el tentáculo se hincaba en mi carne cortándome como si fuera un cuchillo. En el forcejeo por liberarme, abrí la puerta y quedé tendido ante el umbral. Después de un momento de profundo dolor, advertí que me había librado de su presa. Pero inmediatamente pude darme cuenta de que desapareciera mi mano, en cuyo lugar sólo quedaba un sanguinolento muñón. Entonces, mirando hacia atrás, hacia el interior del santuario, vi que el tentáculo se retraía hasta desaparecer dentro de la pila, llevándose consigo mi mano junto con lo que quedase de Tirouv Ompallios.

El Relato De Satampra Zeiros, 1931

Hyperbórea

Clark Ashton Smith

Trad. Guadalupe Rubio de Urquía

Colección Ciencia Ficción, 19

EDAF, 1978

EL ROBO DE LOS TREINTA Y NUEVE CINTURONES

CLARK ASHTON SMITH

Quede dicho, a título de introducción para este relato, que nunca he robado a ningún hombre que no fuera a su vez un ladrón a costa de otros hombres. A lo largo de mi carrera, un tanto larga y penosa, yo, Satampra Zeiros, de Uzuldaroum, conocido en ocasiones como el maestro de los ladrones, he servido en más de una ocasión de mero agente en la redistribución de riquezas. La aventura que estoy a punto de relatar no constituye una excepción, si bien el resultado fue que mis beneficios pecuniarios fueron verdaderamente escasos, por no decir ridículos.

Actualmente los años me pesan, y mientras disfruto de la holgura conquistada con tanto esfuerzo, degusto vinos añejos. Mientras sorbo los caldos, vuelven a mí los recuerdos de botines espléndidos y empresas de renombrado valor. Veo brillar ante mí los sacos llenos de djals o pazoor, retirados hábilmente de los cofres de los mercaderes y de los prestamistas. Sueño con los rubíes, más rojos que la misma sangre cuyo derramamiento ellos mismos causaron; con los zafiros de un azul más intenso que el hielo de los glaciares, y con esmeraldas cuyo verde rivaliza con la jungla en su plenitud primaveral. Recuerdo la escalada de balconadas, terrazas y torres vigiladas por monstruos, y el saqueo de los altares bajo la mirada de ídolos malignos o serpientes centinelas.

Con harta frecuencia recuerdo a Vixeela, mi verdadero y único amor, así como la más hábil y audaz de las compañeras de robos. Hace mucho tiempo que consiguió el destino que aguarda a todos los buenos ladrones y camaradas, y durante todos estos años la he llorado sinceramente. Pero todavía recuerdo con ternura nuestras noches de pasión y aventuras, así como las numerosas hazañas que realizamos juntos. Sin duda alguna, la más singular y atrevida de las mencionadas hazañas fue la del robo de los treinta y nueve cinturones.

Se trataba de los cinturones de castidad, de oro y pedrería, utilizados por las vírgenes consagradas al dios luna Leniqua, cuyo templo se alzaba desde tiempos inmemoriales en los suburbios de Uzuldaroum, capital de Hyperbórea. El número de vírgenes siempre era de treinta y nueve, y eran escogidas por su juventud y belleza, retirándose del servicio a la edad de treinta y un años.

Los cinturones tenían unas cerraduras de durísimo bronce, y las llaves quedaban al cuidado del sumo sacerdote, quien algunas noches las alquilaba a precios elevados a los ricos donjuanes de la ciudad. Como puede comprobarse, la virginidad de las sacerdotisas quedaba en un plano nominal, y aunque parezca extraño, su venta frecuente y repetida era considerada como un acto meritorio de sacrificio para con el dios.

La propia Vixeela fue durante su primera juventud una de las vírgenes escogidas, pero huyó del templo y de Uzuldaroum varios años antes de que la edad reglamentaria la liberase de sus tareas sacerdotales. Raras veces me hablaba de su vida vestal, y yo deduje que su estancia en el templo no había sido agradable, especialmente a causa de la prostitución religiosa a la que estaba obligada. Después de su huida había atravesado por no pocas dificultades en las ciudades del sur. Pero tampoco me habló mucho de esta etapa de su vida, como si tuviera miedo de recordar vivencias dolorosas.

Regresó a Uzuldaroum varios meses antes de nuestro primer encuentro. Con unos cuantos años más, y después de teñirse el pelo rubio cobre de negro intenso, no creyó

ser reconocida por los sacerdotes de Leniqua. Según su costumbre, éstos habían reemplazado a la vestal fugitiva por otra más joven, y naturalmente carecían de interés para con la otra.

Cuando nos conocimos, Vixeela ya tenía en su haber una serie de hurtos. Pero como le faltaba experiencia en este terreno, fracasaba siempre, excepto en las fechorías más simples y menos lucrativas; como consecuencia, el hambre la había dejado bastante delgada. A pesar de todo seguía siendo muy atractiva, y pronto me conquistó con su agudeza de ingenio así como su rapidez para captar cualquier cosa. Era pequeña y ágil, y podía trepar como un lemur. Su ayuda pronto me fue imprescindible, ya que le resultaba facilísimo penetrar por cualquier ventana o rendija, inasequibles para mí a causa de mi tamaño.

Habíamos realizado varios robos bastante lucrativos, cuando se me ocurrió la idea de penetrar en el templo de Leniqua y llevarnos los valiosos cinturones. A primera vista las dificultades y problemas que debíamos superar y solucionar eran poco menos que fantásticos. Pero ese tipo de obstáculos siempre ha acuciado mi intelecto y nunca me ha preocupado.

En primer lugar, nos enfrentábamos con el problema de poder entrar sin ser detectados y asaltados por los sacerdotes armados con hoces que custodiaban el santuario de Leniqua, con una vigilancia constante e incorruptible. Por fortuna, durante su servicio en el templo, Vixeela se había enterado de la existencia de una entrada subterránea, fuera de uso desde hacía tiempo, pero que según creía todavía era practicable. A dicha entrada se llegaba a través de un túnel que constituía la prolongación de una caverna natural situada en algún lugar del bosque, detrás de Uzuldaroum. En épocas anteriores la habían utilizado casi todos los visitantes de las vírgenes; pero ahora entraban sin ocultarse por las puertas principales del templo o por portillos más disimulados, actitud que podía interpretarse como la mayor intensidad del sentimiento religioso, o el desuso de la modestia.

Vixeela nunca había visto la caverna, pero conocía su localización aproximada. La entrada interior del templo sólo estaba cerrada por una losa de piedra, fácilmente movible desde arriba o desde abajo, y que además se hallaba detrás de la imagen de Leniqua en el interior de la gran nave.

En segundo término, era vital escoger un momento adecuado, cuando las vestales se hubieran despojado de los cinturones y éstos se encontrasen guardados. Una vez más la ayuda de Vixeela fue imprescindible, dado que conocía cuáles eran las noches en que había mayor demanda de llaves alquiladas. Dichas noches eran conocidas como noches de sacrificio, mayor o menor, ya que el sacrificio principal se realizaba en noches de plenilunio. En estas noches todas las mujeres prestaban sus servicios en repetidas ocasiones.

Pero existía un problema de difícil solución: en las noches de plenilunio el santuario estaba literalmente repleto de gente —las vírgenes, los sacerdotes y los clientes—, siendo prácticamente imposible salir con los cinturones en presencia de tanta gente. Confieso que este detalle me preocupaba.

En pocas palabras: teníamos que encontrar alguna manera de evacuar el templo, o de dejar inconscientes a sus ocupantes, o inhabilitados, durante el tiempo necesario para llevar a cabo nuestras operaciones.

Pensé en un determinado soporífero, de fácil y rápida vaporización, utilizado anteriormente por mí en numerosas ocasiones cuando deseaba dormir a los habitantes de una casa. Desgraciadamente, el alcance de la droga era limitado y no penetraría en todas las cámaras y alcobas de un edificio tan grande como el templo. Por otro lado, sería necesario aguardar media hora para entrar, dejando todas las puertas y ventanas

abiertas, hasta que se disipasen los vapores, de lo contrario los ladrones caerían bajo los efectos de la droga al lado de sus víctimas.

Existía igualmente el polen de una lila salvaje poco frecuente, que si se frotaba contra el rostro de una persona ésta quedaba paralizada temporalmente. Pero también rechacé esta posibilidad por dos razones: el número de personas implicadas era elevado y sería difícil conseguir el polen suficiente.

Por último, decidí consultar al mago y alquimista Veezi Phenquor; dicho personaje me había ayudado en numerosas ocasiones a convertir la plata y oro robados en lingotes y otras formas poco sospechosas, con sus hornos y morteros. Aunque siempre sentí cierto escepticismo en cuanto a sus poderes como mago, no obstante nunca dudé de su gran pericia como farmacólogo y toxicólogo. Dado que siempre disponía de medicamentos extraños y mortales, era posible que pudiera ofrecerme algo que facilitase nuestro proyecto.

Encontramos a Veezi Phenquor escanciando una de sus fórmulas más ruidosas de un hirviente y humeante puchero a pomos de sólida arcilla cocida. Por el olor deduje que debía tratarse de algo muy potente; la transpiración de un gato polar no sería nada en comparación. Tan absorto estaba que no advirtió nuestra presencia hasta que todo el contenido del puchero pasó a los pomos de arcilla, cuyas bocas Phenquor taponó y selló con pez.

—Eso —observó con gran orgullo— es un filtro de amor que inflamara las pasiones de un niño de pecho o resucitaría los poderes de un nonagenario moribundo. Es que vos...

—No —respondí rotundamente—. No es eso lo que necesitamos. Lo que deseamos por el momento es algo muy distinto —y en pocas palabras le expliqué el esquema del problema, añadiendo—: Si nos puedes ayudar, estoy seguro de que encontrarás en la fundición de los cinturones de oro una tarea sumamente agradable. Como de costumbre, recibirás un tercio de los beneficios.

Veezi Phenquor esbozó una sonrisa entre codiciosa y sarcástica, arrugando su barbudo rostro.

—La oferta se me antoja atractiva desde todos los puntos de vista. Aligeraremos a las vestales de algo incómodo y pesado, y dedicaremos las piedras y el metal precioso a un fin más digno: nuestro lucro personal —y como si acabase de recordarlo, añadió—: Se da la casualidad de que puedo proveeros de un preparado totalmente nuevo, y que os garantizo dejaría vacío el templo en muy poco tiempo.

Dirigiéndose a un rincón lleno de telarañas, tomó de un alto estante un panzudo frasco de vidrio descolorido y lleno de un fino polvillo gris, y lo acercó a la luz.

—Os explicaré ahora —dijo— las propiedades singulares de este polvillo, así como la manera adecuada de usarlo. Constituye un verdadero triunfo de la química, y sus efectos son más devastadores que los de una plaga.

Nos quedamos sobrecogidos por sus palabras, y luego comenzamos a reírnos.

—Esperemos —opiné— que no entre en juego ninguno de tus trucos o encantamientos.

Veezi Phenquor adoptó la expresión de quien se siente muy ofendido, y protestó:

—Os aseguro que aunque los efectos del polvo son extraordinarios, no se salen del ámbito natural.

Después de meditar durante un momento, continuó diciendo:

—Creo que puedo ampliar vuestros planes en ciertos aspectos. Después de robar los cinturones, surgirá el problema de transportar sin ser vistos una mercancía pesada a través de una ciudad que a las pocas horas puede estar enterada del horrible crimen, y pasada con un peine por la policía. Tengo un plan...

Aceptamos sin reservas el ingenioso esquema que nos propusiera Veezi Phenquor. Después de considerar y ultimar todos los detalles, el alquimista nos obsequió con ciertos licores bastante agradables al paladar que cualquiera de sus otros brebajes. Algo más tarde regresamos a nuestros alojamientos, llevando dentro de mi capa el frasco de polvo cuyo pago Veezi Phenquor se había negado a aceptar, dando así muestras de generosidad. Nuestro espíritu estaba plétórico de optimismo y éxito anticipado, así como una generosa ración de vino de palmera destilado.

Discretamente, nos abstuvimos de nuestras actividades acostumbradas durante las noches que precedieron a la primera luna llena. No nos alejamos de nuestras casas, con la esperanza de que la policía, que desde hacía tiempo sospechaba de nosotros como autores de no pocas infracciones, llegase a creer que, o bien habíamos abandonado la ciudad, o bien nos habíamos retirado del latrocinio.

En la noche de luna llena, un poco antes de las doce, Veezi Phenquor llamó discretamente a nuestra puerta, con tres golpes, según lo acordado. Al igual que nosotros, se cubría completamente con una pesada capa de labriego.

—He conseguido el carro de un vendedor de verduras procedente del campo —nos explicó—. Está cargado de productos del campo y tiran de él dos borriquillos. Lo tengo oculto en la arboleda, lo más cerca que he podido de la salida de la cueva del templo de Leniqua, a causa de la vegetación que cubre el camino. Por otro lado, he explorado la propia cueva.

—Nuestro éxito dependerá de la confusión tan absoluta que vamos a crear. Si nadie nos ve entrar o salir por la entrada posterior, es muy posible que nadie recuerde que existe. Los sacerdotes buscarán por otras partes.

—Cuando robemos los cinturones y los damos bajo nuestro cargamento de productos agrarios, esperaremos hasta una hora antes del amanecer para entrar en la ciudad con los demás vendedores de verduras y frutas.

Manteniéndonos lo más alejados posible de lugares públicos, donde la policía se concentraba alrededor de tabernas y lupanares de poca monta, hicimos un rodeo de Uzuldaroum y encontramos un camino hacia el campo, no lejos del templo de Leniqua. A medida que avanzábamos se espesaba la selva y disminuían las casas. Nadie nos vio cuando penetramos por un camino lateral abovedado por palmeras y oculto a la vista por un espeso matorral. Después de muchos vericuetos llegamos hasta el cerro, tan astutamente escondido que sólo pude detectar su presencia cuando sentí el aroma punzante de ciertas raíces comestibles. Los burros estaban muy bien entrenados, ya que no delataban su presencia con sus rebuznos.

Nos arrastramos entre la maleza y las raíces, de tal espesor que impedían el avance de una carreta. Era tal la exuberancia de la vegetación, que no hubiera distinguido la entrada a no ser por Veezi Phenquor, quien parándose se agazapó ante un pequeño montículo para separar una enredadera; al fondo pudimos distinguir la boca negra de la roca por la cual sólo podía entrar un hombre a gatas.

Encendimos las antorchas que habíamos traído y nos arrastramos dentro de la cueva, con Veezi a la cabeza. Por suerte, y a causa de encontrarnos en una estación seca, la cueva no estaba mojada, y nuestras ropas sólo se mancharon de tierra como las de cualquier labriego.

La cueva se estrechaba allí donde se amontonaban los restos del techo hundido. Personalmente, y dado mi tamaño y altura, tuve bastante dificultad al deslizarme por algunos sitios. Llevábamos andando un largo trecho cuando de repente Veezi se paró y se irguió ante una pared de ladrillos lisa, de donde arrancaba una escalera sombría.

Vixeela pasó delante y subió los escalones, mientras yo la seguía. Los dedos de su mano libre se deslizaban por una gran losa de piedra que ocupaba todo el descansillo

final. La piedra comenzó a levantarse sin hacer el menor ruido. Vixeela apagó su antorcha y la depositó sobre el escalón superior mientras se hacía más grande el agujero, permitiendo que una luz tenue y fatua penetrase desde la profundidad. Se asomó cautelosamente por encima de la losa, completamente tiesa por el mecanismo oculto, y salió fuera indicándonos que la siguiéramos.

Nos encontramos a la sombra de una gran columna lateral en la parte posterior del templo de Leniqua. No había nadie a la vista, ni sacerdote, ni mujer, ni visitante, pero sí pudimos escuchar un murmullo confuso de voces. La imagen de Leniqua, cuyo reverendo trasero contemplábamos, estaba sentada en un alto estrado en el centro de la nave. Los fuegos del altar, dorados, azules y verdes, llameaban ante la diosa, haciendo que su sombra se retorciere sobre el suelo y contra la pared del fondo como si fuera un gigante interpretando una danza febril de copulación con una pareja invisible.

Vixeela encontró y manipuló el resorte que hizo que la losa de piedra recuperase su aspecto de suelo. Entonces, los tres avanzamos a la vez, manteniéndonos en la sombra de la diosa. La nave estaba aún vacía, pero el ruido se acercaba cada vez más por una de las puertas laterales hasta estallar en alegre griterío y risas histéricas.

—Ahora —murmuró Veezi Phenquor.

Saqué del bolsillo el frasco que nos diera y le quité el tapón de cera con un cuchillo afilado. El corcho, casi podrido por los años, salió sin dificultad. Derramé el contenido del frasco en el escalón inferior de la parte posterior del estrado de Leniqua, hasta formar un arroyo pálido que se retorcía y ondulaba con una vida y brillo desafiantes, a medida que caía sobre la sombra del dios. Cuando se vació el frasco, encendí el montoncito de polvo.

Prendió inmediatamente con una llama alta y límpida. De pronto, el aire se llenó de fantasmas, y una explosión silenciosa estalló sobre nosotros, infestándonos con hedores infernales que nos obligaron a retroceder casi ahogados. No obstante, no daba la sensación de impacto material por parte de las formas repugnantes que parecían derretirse en nosotros, corriendo en todas direcciones, como si cada átomo del polvo crease un fantasma distinto.

Sin perder un instante, cubrimos nuestra nariz con trozos de grueso paño que habíamos traído por indicación de Veezi. Recobramos algo de nuestro aplomo habitual y seguimos adelante. A nuestro alrededor se entrelazaban lascivos cadáveres azules. Híbridos de mujeres y tigres se lanzaban sobre nuestras cabezas. Monstruos de dos cabezas o tres colas, sátiros y vampiros se elevaban hasta el techo, o se derretían para convertirse en otras apariciones de más dudosa identidad. Seres verduzcos, que recordaban la unión de hombres ahogados y pulpos, se enroscaban y arrastraban sobre fango negro por el suelo.

Entonces oímos los gritos de terror proferidos por los habitantes y visitantes del templo, y comenzamos a cruzarnos con hombres y mujeres desnudos que corrían frenéticos por entre el ejército de fantasmas hacia la salida. Los que se encontraron con nosotros cara a cara, retrocedieron como si también fuésemos formas de intolerable horror.

Los hombres desnudos eran jóvenes en su mayoría. Después les seguían comerciantes y profesionales de mediana edad, calvos y barrigudos, algunos con la ropa interior puesta y otros cubiertos apresuradamente con capas que no les tapaban por debajo de las caderas. Mujeres delgadas y gordas se atropellaban gritando por alcanzar las puertas exteriores. Para nuestra satisfacción, comprobamos que ninguna llevaba puesto su cinturón de castidad.

Por último llegaron los sacerdotes, cuyas bocas parecían recuadros de terror, emitiendo agudos chillidos. Todos habían dejado caer sus hoces. Pasaron a nuestro lado

sin vernos y corrieron detrás de los demás. La horda de monstruos y espectros surgidos del polvo pronto les empujó fuera del alcance de nuestra vista.

Asegurados de que el templo se hallaba vacío, nos dirigimos al primer pasillo. Las puertas de las distintas habitaciones estaban abiertas. Nos dividimos la tarea, y cada uno entraba en una habitación donde buscamos los abandonados cinturones de oro y piedras preciosas entre las ropas de la cama. Nos encontramos al final del pasillo, donde reunimos nuestro botín en un saco fino pero resistente que yo llevaba bajo mi capa. Aún quedaban algunos fantasmas adquiriendo fusiones a cada cual distintas y más desagradables, dejando caer en su desintegración sus miembros sobre nosotros.

Pronto terminamos nuestra búsqueda por las habitaciones asignadas a las mujeres. Mi saco estaba lleno, y al final del tercer pasillo había contado treinta y ocho cinturones. Faltaba uno, pero la aguda mirada de Vixeela advirtió el destello de una hebilla de esmeralda que salía de debajo de las piernas de un peludo sátiro, sobre un montón de ropas masculinas que se encontraba en una esquina. Recogió el cinturón y nos siguió con él en la mano.

Nos apresuramos a volver a la nave de Leniqua, seguros de que no habría nadie. Pero para nuestro gran desconcierto, el sumo sacerdote, cuyo nombre Vixeela nos dijo era Marquamos, estaba frente al altar golpeando con un largo emblema fálico de bronce, su insignia oficial, a ciertas apariciones que seguían flotando en el aire.

Cuando nos acercamos, Marquamos se abalanzó sobre nosotros profiriendo un grito ronco, e intentó descargar un golpe sobre Vixeela, que la hubiera descerebrado a no ser por un ágil salto de esta última. El sumo sacerdote se tambaleó, perdiendo casi el equilibrio. Antes de que volviese a la carga, Vixeela dejó caer sobre su cabeza tonsurada el pesado cinturón de castidad que llevaba en la mano derecha. Marquamos se derrumbó como un buey bajo el hacha del carnicero y cayó levemente retorcido. Surcos de sangre salían de la hendidura causada en el cráneo por las pesadas piedras. No nos detuvimos a asegurarnos sobre si estaba vivo o muerto.

Salimos del templo sin perder un instante. Después del susto que se habían llevado lo más probable era que no regresasen hasta pasadas varias horas. La piedra movediza recobró su aspecto original detrás nuestro. Recorrimos a toda prisa el largo pasadizo; yo llevaba el saco y Vixeela y Veezi iban delante, para ayudarme con el botín en los lugares más estrechos. Llegamos sin problemas hasta la entrada con enredaderas, parándonos un instante antes de salir al bosque bañado por la luna, para escuchar atentamente los gritos que se iban perdiendo en la lejanía. Al parecer, nadie había pensado en la salida posterior, y probablemente ni siquiera sospecharon que el móvil del robo fuese la causa de la invasión de los terroríficos espectros.

Seguros de no ser vistos, salimos de la cueva y nos dirigimos al carro escondido. Tiramos a los matorrales frutas y verduras para dejar un hueco donde depositar el saco del botín, que recubrimos de nuevo. Entonces, acomodándonos sobre la hierba, nos dispusimos a aguardar la hora antes del amanecer. Al cabo de un rato, comenzamos a oír a nuestro alrededor el deslizar furtivo de las alimañas que estaban devorando las frutas arrojadas a los matorrales.

Si alguno llegó a dormir, lo hizo con un ojo abierto y un oído alerta. Cuando en el horizonte se cruzaron los últimos rayos de la luna y las primeras luces crepusculares, nos levantamos para iniciar la última etapa.

Conduciendo nuestros borriquillos, nos acercamos al camino principal y aguardamos detrás de un seto a que pasase una carreta tempranera. Antes de que aparecieran otros carros salimos del bosque y emprendimos la vuelta a la ciudad.

Durante nuestro regreso por las calles periféricas nos cruzamos con muy pocos transeúntes, que ni siquiera se fijaron en nosotros. Al aproximarnos a la casa de Veezi

Phenquor dejamos el carro bajo su custodia y nos detuvimos a ver cómo entraba en el patio sin ser visto ni molestado por nadie. Por un momento pensé que efectivamente estaba bien provisto de verduras y frutas.

Durante dos días no nos alejamos de nuestras viviendas. No nos parecía prudente recordar a la policía nuestra presencia en Uzuldaroum con una aparición en público. Nos quedamos sin comida la tarde del segundo día; decidimos disfrazarnos con nuestros trajes de aldeanos y nos encaminamos a un mercado cercano donde no nos conocían.

Al volver de nuestras compras encontramos una señal de que Veezi Phenquor nos había hecho una visita durante nuestra ausencia, a pesar de que todas las puertas y ventanas habían quedado, y aún lo estaban, completamente cerradas. Sobre la mesa había un pequeño cubo de oro, como pisapapeles de una nota, cuyo texto decía lo siguiente:

“Estimados amigos y compañeros: Después de desmontar las piedras preciosas he fundido todo el oro en lingotes, uno de los cuales os dejo como prueba de mi amistad. Desgraciadamente, me he enterado que la policía me vigila, y por lo tanto abandono Uzuldaroum con toda la rapidez y discreción posibles, llevándome todos los lingotes y piedras en la carreta de borriquillos, bien cubierto el botín con las verduras y frutas conservadas providencialmente, aunque ahora ya están un poco pasadas. Espero realizar un largo viaje, siguiendo una dirección que no puedo precisar; un viaje bien lejos de la jurisdicción de nuestra policía local, pero que espero no sigáis a vuestra vez. Necesitaré el resto del botín para cubrir gastos, etcétera. Buena suerte en vuestras futuras aventuras. Atentamente, Veezi Phenquor”.

“POSTDATA: También os vigilan a vosotros, y por ello os recomiendo abandonar la ciudad lo antes posible. A pesar de la gran herida que le hiciera el golpe de Vixeela, Marquamos recuperó el conocimiento ayer por la tarde. Reconoció a Vixeela como una antigua vestal por la destreza de sus movimientos. No ha podido identificarla, pero se está llevando a cabo una investigación a fondo, y los sacerdotes de Leniqua ya han interrogado en el potro de tortura a otras vestales.

”Tú y yo, mi querido Satampra, estamos en la lista de sospechosos, si bien nadie nos ha identificado como posibles cómplices de la muchacha. Se está buscando a un hombre de tu talla y dimensiones. Se han analizado los restos de polvo de las apariciones fétidas, que quedaron en el estrado de Leniqua. Por desgracia, ya lo habíamos utilizado antes, tanto yo como otros alquimistas.

”Espero que escapéis... siguiendo otros caminos distintos al que yo acabo de iniciar.”

El robo de los treinta y nueve cinturones, 1958

Hyperbórea

Clark Ashton Smith

Trad. Guadalupe Rubio de Urquía

Colección Ciencia Ficción, 19

EDAF, 1978

NOTAS AL CICLO MITICO DE COMMORION

POR LIN CARTER

I. LA GENESIS DEL CICLO

Posiblemente la idea más popular sobre cuentos que surgiera durante los primeros doce años, más o menos, desde la publicación de *Weird Tales* fuera el concepto de una serie de fantasías heroicas unidas entre sí, y cuya acción tiene lugar en una civilización prehistórica imaginaria o legendaria.

Aparecieron las historias de Henry Kuttner tituladas *Elak de Atlantis*; la saga *Jirel de Joiry*, de C. L. Moore; los relatos de Robert E. Howard sobre *King Kull de Valusia* y *Conan de Cimmeria*; los cuentos de Clifford Ball, *Duar el Maldito* y *Rald el Ladrón*, y por último los ciclos de relatos de Clark Ashton Smith desarrollados en los antiguos continentes de Hyperbórea y Poseidonis, el reino medieval de Averroigne, el futuro continente de Zothique, y planetas imaginarios como Xiccarph.

Creemos que E. Howard fue el primer escritor que utilizó esta idea. Creó una serie de relatos acerca de un salvaje atlántida llamado Kull que llegó a reinar en un país conocido con el nombre de Valusia.

Howard escribió, o por lo menos comenzó a escribir, doce cuentos sobre este personaje, pero sólo le publicaron dos en vida, ambos en *Weird Tales*, durante 1929. Los otros diez quedaron como manuscrito hasta el año 1971, fecha en que yo completé, edité y reescribí varios de manera que pudiera publicarse toda la saga en formato de libro bajo el título de *King Kull*.

Clark Ashton Smith siguió el camino iniciado por Howard, publicando sus cuentos en *Weird Tales*, revista donde se le respetaba, además de ser considerado como uno de los colaboradores más asiduos. Pero mientras Howard se había limitado a inventarse Valusia, y los Siete Imperios, así como los países imaginarios de sus cuentos sobre la Edad Hybórica, Smith recurrió a la antigua y legendaria Hyperbórea, y a la Atlántida, en vez de crear nuevos países. Por otro lado, y con una originalidad indiscutible frente a otros pioneros de este género —Howard, Ball, Kuttner y Moore—, no basó ninguno de sus ciclos en las aventuras de un solo personaje; la única continuidad de sus relatos la constituía el marco geohistórico, y la mayoría de los cuentos tenían personajes totalmente distintos.

Tanto Smith como Howard eran grandes amigos y corresponsales del excéntrico recluso H. P. Lovecraft, quien más tarde se convertiría en la máxima figura de la ficción macabra desde Poe.

Precisamente fue Lovecraft quien apodó a Smith con el sobrenombre del «Klarkash—Ton», y quien acuñó el término para sus series de Hyperbórea —«el ciclo mítico de Commorión»—, término por el cual sus seguidores siguen denominándolo (de ahí el título de estas *Notas*).

Lovecraft, cuyo sentido del humor tenía más flexibilidad, llegó a incorporar a Smith y a su ciclo en la estructura de su propia serie *Cthulhu Mythos*, mediante un chiste que apareció en uno de los primeros cuentos cthulhuoides que muy pocos lectores de la época captaron. En un cuento llamado *The Whisperer in Darkness* (1931), Lovecraft hace que uno de sus personajes se refiera abierta, sobria y documentadamente al «ciclo mítico de Commorión conservado por el sumo sacerdote atlántida Klarkash—Ton». Esto formaba parte del familiar mecanismo interno de Lovecraft, lleno de referencias

pedantes a libros y mitos antiguos, casi todos fruto de su inventiva, y mediante los cuales H. P. L. prestó un margen de credibilidad a sus relatos fantásticos.

Era costumbre en Lovecraft incorporar a los miembros de su círculo inmediato de colegas a sus historias, otorgándoles para ello derivaciones de sus nombres verdaderos. Así, su joven discípulo August Derleth se convirtió en «el Conde d'Erlette», autor de un volumen blasfemo de gran renombre. Sus amigos escritores correspondieron con la misma moneda, llamándole «Eich—Pi—El»⁵, y Robert Bloch se refirió con toda seriedad en una de sus historias al «loco sacerdote egipcio, Luveh—Keraph».

II. LA SECUENCIA DE LA HISTORIAS HYPERBOREAS

Smith escribió diez cuentos y un poema en prosa sobre Hyperbórea. No se publicaron siguiendo un orden cronológico, y el primero que apareció (*El relato de Satampra Zeiros*, en el número de *WT* de noviembre, de 1931), según mi reajuste de las series, es el penúltimo; y según mis investigaciones, Smith no dejó ninguna lista de los cuentos siguiendo una secuencia adecuada.

Al reunir el presente libro, me enfrenté con el mismo problema que tuviera en 1969, cuando reuní en un solo volumen los cuentos que se publicarían en un libro llamado *Zothique*. En consecuencia, he tenido que establecer la secuencia adecuada para los cuentos a partir de un estudio de la evidencia interna en los textos. Dicho sea de paso, los cuentos hyperbóreos aparecieron en cinco o seis revistas desde 1931, año en que se hizo la primera publicación, hasta 1958, fecha de la última aparición.

Dado que la secuencia de los relatos hyperbóreos en esta colección es consecuencia de mi propia ordenación, es muy posible que protesten otros estudiosos rivales de la obra de Klarkash—Ton. Por ello, me parece prudente incluir aquí alguna explicación a mis razones por el presente arreglo de los relatos.

Primeramente, Smith no especificó en lugar alguno la fecha en que se desarrollaron dichos cuentos. La única referencia cronológica aparece en *El extraño caso de Avoosl Wuthoqqan*, que tiene lugar en «el año del Tigre Negro». En otro relato, *Ubbo—Sathla*, el narrador de Smith supone que la Hyperbórea fue habitada durante el Mioceno. El Mioceno es una era geológica que se inició hace veintisiete millones de años y concluyó más o menos hace doce millones de años.

En cuanto a los propios relatos, corresponden convenientemente a dos grupos: el primero tiene lugar durante el periodo de tiempo en que la ciudad de Commorión, situada en el centro de Hyperbórea, es la capital del reino, y el segundo, cuando en la era siguiente la capital fue una ciudad llamada Uzuldaroum, situada al sur del continente. El orden secuencial de estos periodos se explica en una historia puntal, *El testamento de Athammaus*, escrita por un antiguo ciudadano de Commorión que huyó de la ciudad cuando el extraño y terrible desastre, y que en el momento de escribir su relato se encontraba en la nueva capital, Uzuldaroum.

Smith escribió dos historias únicamente, en el marco de Uzuldaroum. Ambas relatan las aventuras de Satampra Zeiros, y como una tiene lugar durante su juventud y la otra durante su vejez, su secuencia resulta obvia. Las he situado como relatos finales del ciclo.

Son cuatro los relatos que he situado dentro de la era de Commorión. De hecho, sólo tres tienen lugar dentro de o alrededor de la ciudad, e incluso sería discutible que los dos primeros, *Las siete pruebas*, y *El Extraño de Avoosl Wuthoqqan*, fueran intercambiables. No he encontrado ninguna evidencia interna en cuanto a cuál de ellas es anterior; por lógica, cualquiera podría ser, pero desde un punto de vista práctico hay

⁵ Juego de palabras: sonido exacto de las iniciales de Lovecraft, H. P. L., leídas en inglés. (*N. del T.*)

que imprimir una antes que otra, y por ello, para mal o para bien, he colocado *Las siete pruebas* en primer lugar.

En alguna parte, entre los dos grupos principales encaja un número de relatos que tienen lugar en la península septentrional de Mhu Thulan. Dichos relatos son: *La Sibila Blanca*, *La llegada del Gusano Blanco*, *Ubbo—Sathla*, *La Puerta de Saturno* y *El demonio de hielo*. El arreglo de estos cuentos parte de ciertos datos que aparecen dentro de su propia estructura; por ejemplo, *Ubbo—Sathla* se refiere a un antiguo mago, Zon Mezzamalech, cuya historia fue escrita posteriormente por otro mago llamado Eibon. *La llegada del Gusano Blanco* se «basa» igualmente en un relato conservado en los anales de Eibon. *La Puerta de Saturno* describe el final de dicho mago Eibon. Por ello, *La Puerta de Saturno* ha de ser necesariamente la última historia de esta secuencia, ya que los acontecimientos de *Ubbo—Sathla* y *El Gusano Blanco* tienen lugar antes. He situado a *Ubbo—Sathla* antes que *La llegada del Gusano Blanco* porque Eibon parece sugerir que los acontecimientos en ese relato tienen lugar mucho antes de su propio tiempo, mientras que los relatados en *El Gusano Blanco* suenan —a mi oído por lo menos— como más recientes.

Pero poseo mayor evidencia aún a la hora de organizar los otros dos cuentos sobre Mhu Thulan. *La Sibila Blanca* y *El demonio de hielo*. En *La Sibila Blanca* el héroe regresa a su ciudad natal de Cerngoth, después de visitar Commorión. Como el cuento sugiere sin lugar a dudas que Commorión todavía estaba habitado, he colocado este cuento en la secuencia de la era de Commorión. De acuerdo con esta secuencia, coloco en primer lugar *El testamento de Athammaus*, que describe el abandono de Commorión; después meto otro cuento de Mhu Thulan, *La llegada del Gusano Blanco*, más tardío en el ciclo que *La Sibila Blanca*, puesto que entonces tiene lugar la destrucción de Cerngoth. *El demonio de hielo* ocupa un puesto final en el ciclo, dado que el texto de la narración habla de siglos e incluso milenios más tarde, considerando que para entonces Mhu Thulan es un lugar desierto y cubierto por glaciares. La proximidad del poderoso glaciar apuntada en *La llegada del Gusano Blanco* ha invadido y enterrado toda la península en la época de *El demonio de hielo*. Además, incluyo *El demonio de hielo* próximo a la época de Uzuldaroum, en vez de la de Commorión, basándome en la frágil evidencia de que Commorión no aparece mencionada en todo el relato, al contrario de Uzuldaroum; deduzco que a no ser que Uzuldaroum se convirtiera en la capital de Hyperbórea en la época de *El demonio de hielo*, hubiera quedado como una metrópolis menos importante, mientras que se hubiera mencionado a Commorión como capital, entendiéndolo que estuviera habitada en el momento en que se desarrolla la historia.

Supongo que he dado una nota de gran importancia a todo este trabajo de investigación literaria, cuando en realidad carece de trascendencia alguna el hecho de que los cuentos sigan un orden u otro. De todas maneras, prefiero que se entienda que la ordenación en secuencias de todos los relatos se basa en algo más que en un mero capricho editorial.

III. LA GEOGRAFÍA DEL CICLO

En las primeras páginas del presente libro encontrarán un mapa hipotético del continente hyperbóreo, de acuerdo con las descripciones de Clark Ashton Smith a lo largo de sus relatos. Mientras que en la creación del mapa para la anterior colección de Smith, Zothique, pude dibujar basándome en las investigaciones de L. Sprague de Camp, su propio bosquejo del mapa de Zothique y las propias correcciones de Smith sobre el mismo, por desgracia mi aventura en la geografía de Hyperbórea ha carecido de

una ayuda valiosa, y por eso se basa única y exclusivamente en mi propio estudio del texto.

Smith ancla muy vagamente su concepción de Hyperbórea en el relato de *Ubbo—Sathla*, donde hace una referencia de pasada a la noción de que la primitiva península de Mhu Thulan corresponde más o menos a la Grecia actual. Aparte de este comentario casual, carecemos de información tanto en cuanto a extensión como a situación exacta del continente.

Sin embargo, los cuentos contienen referencias muy claras a nombres de lugares. Con frecuencia se identifica a Mhu Thulan con la península más septentrional del continente, y en *La llegada del Gusano Blanco* afirma que Cerngoth se encontraba en la costa oriental, con Leqqan al sur, y la «gran isla» de Thulask algo más al norte de la ciudad.

Hay dudas en Smith sobre la localización de Commorión, pero tengo la impresión de que está por el centro, en la mitad septentrional del continente. *El relato de Satampra Zeiros* detalla la distancia entre Commorión y Uzuldaroum. más o menos «un día de camino», especificando que Uzuldaroum se encuentra al sur. *Las siete pruebas* hace una referencia a las montañas Eiglopheas, explicando que también se encuentran a «un día de camino» de Commorión, y al decir que la cordillera «ocultaba a la vista los resplandores de la puesta del sol», nos está indicando que se encuentran al oeste de la ciudad. En un par de cuentos se menciona al semilegendario reino de Tscho Vulpanomi, situado en el sur, pero carezco de evidencia escrita que apoye mi opinión de que este reino es el más meridional de Hyperbórea; creo que es así, y de hecho lo señalo en mi mapa, por la sencilla razón de que Smith no menciona nada más al sur de Tscho Vulpanomi.

En *La Sibila Blanca* se dice que las montañas se encuentran al norte de Cerngoth, en Mhu Thulan, y que Polarión está más allá. Las referencias de Smith sobre Polarión son ambiguas y confusas; en *La llegada del Gusano Blanco* habla de «hombres extranjeros, llamados polarianos, procedentes de islas próximas al polo, más allá de la gran Thulask», y *El testamento de Athammaus* habla igualmente de «la isla de nieve llamada Polarión»; sin embargo, en *La Sibila Blanca* dice que Polarión es «una tierra desierta» y «rodeada de llanuras heladas», sugiriendo que se trata de la región más septentrional de la península de Mhu Thulan. Quizá me he equivocado al incluir a Polarión como parte del continente, pero el propio Smith no estaba muy seguro sobre este punto y sus manifestaciones son contradictorias.

En una sola ocasión se hace referencia a Oggon—Zhai, pero no lo sitúa con precisión, limitándose a sugerir que se encontraba en alguna parte por Mhu Thulan; Iqqua aparece únicamente en *El demonio de hielo*, dando la sensación de que se encuentra muy al sur de la península de Mhu Thulan.

Son numerosas las menciones de «las islas y archipiélagos de Hyperbórea», pero ninguna es específica; por ello, he dibujado islas caprichosamente, sin poder justificar su existencia.

En ningún momento nos habla Smith de ciudades al este o al oeste del continente, excepto por las ya mencionadas Cerngoth y Leqqan, ambas en las costas orientales de la península de Mhu Thulan. En ocasiones da a entender que Commorión mantenía tratos comerciales con Mhu y Atlantis, así como con otras civilizaciones coetáneas. Ello supondría un comercio marítimo, pero Smith no nos indica la existencia de un río próximo a Commorión que permitiera una salida al mar. De hecho, en *El relato de Satampra Zeiros* describe con toda claridad la localización de la ciudad como un «valle interior», añadiendo en otros relatos que estaba rodeada de selva, por la cual fue eventualmente invadida. En la segunda narración de Satampra Zeiros, *El robo de los*

treinta y nueve cinturones, tampoco indica que Uzuldaroum fuese costera, o ribereña, sino todo lo contrario, ya que al parecer estaba circundada por la jungla. Por estas razones, me he abstenido de situar una u otra capital a orillas del mar o de algún río, aunque no pude comprender cómo ciudades del interior, exentas de comunicaciones adecuadas con el mar, y al parecer totalmente rodeadas por la selva, podían mantener un sistema económico (¿con rutas de caravanas?), y mucho menos alimentar a la población, ya que es casi imposible trabajar la tierra entre espesas junglas.

Pero ahora que lo pienso, todas estas metrópolis florecieron en una era de poderosos magos, y con magia se puede explicar casi todo.

Lin CARTER.

EL BORDE DEL MUNDO

Dado que la mayoría de las extrañas fantasías de Clark Ashton Smith corresponden a uno u otro de sus numerosos ciclos de relatos, tengo la impresión de que los cuentos cortos que aparecen a continuación constituyen los restos de otro ciclo similar que, por alguna razón desconocida para nosotros, fue abandonado o quedó incompleto. Por otro lado, es posible que me equivoque en este sentido; no obstante, he reunido en este manuscrito los cuentos cortos a que aludía, agrupándolos bajo un título de mi propia creación.

Lin Carter

LAS ABOMINACIONES DE YONDO

CLARK ASHTON SMITH

La arena del desierto de Yondo no es como la de los demás desiertos; entre otras cosas, Yondo se encuentra justo en el borde del mundo, y vientos extraños que soplan desde un golfo cuya profundidad no ha podido determinar ningún astrónomo han sembrado sus campos devastados con el polvo gris de planetas corroídos, y las cenizas negras de soles extinguidos. Las montañas oscuras y con forma esférica que se elevan sobre una planicie arrugada y erosionada no son tan sólo montañas, ya que algunas son asteroides caídos que se han hundido en esa arena abismal. Cosas extrañas han surgido de espacios remotos, cuya exploración está prohibida por los dioses de todas las tierras decentes y bien gobernadas. Pero no existen dioses semejantes en Yondo, donde habitan los genios de las estrellas desaparecidas, y los demonios decrepitos cuyas casas fueron destruidas en infiernos ya anticuados.

Rayaba un mediodía de primavera cuando por fin conseguí salir del interminable bosque de cactus donde me habían dejado los inquisidores de Ong, cuando vi a mis pies el comienzo gris de las llanuras de Yondo. Repito que se trataba de las doce de la mañana de un día de primavera, pero durante mi estancia en ese bosque fantástico no había encontrado nada que me recordase a la primavera; la vegetación que había ido cortando en mi camino, hinchada, moribunda y medio podrida, no se parecía a los demás cactus, sino que tenía formas abominables de difícil descripción. El aire estaba densamente cargado de olores putrefactos, y los helechos leprosos moteaban la tierra negra y la vegetación enroñada con una frecuencia cada vez mayor. Víboras de un verde pálido levantaban la cabeza de los arbustos de cactus, y me observaban con ojos de un ocre brillante, sin párpados ni pupilas. Todo esto me inquietó durante muchas horas; no me gustaban los fungus monstruosos de brazos descoloridos y cabezas de un malva venenoso que crecían a los bordes de los charcos fétidos y el oleaje siniestro que cubría las aguas amarillentas no suponía precisamente un tranquilizante para alguien cuyos nervios estuviesen aún alterados por las torturas recientes. Entonces, cuando hasta los enfermizos y horrendos cactus comenzaron a escasear mientras que aparecía ya la arena cenicienta, comencé a sospechar hasta qué punto mi herejía había despertado un tremendo odio en los sacerdotes de Ong, y la perversidad infinita de su venganza.

No detallaré aquí las indiscreciones que me habían conducido, a mí, un incauto extranjero procedente de tierras lejanas, hasta las manos de esos temibles magos y diáconos misteriosos que están al servicio de Ong. Me duele recordar las indiscreciones cometidas así como las circunstancias que rodearon mi detención; pero lo peor de todo fueron los tableros enlazados con intestino de dragón y rociado de polvos picantes, donde estiraban a los hombres desnudos; o esa habitación sin luz, con ventanas de seis pulgadas en el alféizar, por donde se paseaban cientos de gusanos que se alimentaban en una catacumba cercana. Para terminar, diré únicamente que después de agitar conmigo todos los recursos de su temible fantasía, mis inquisidores me obligaron a cabalgar durante horas y horas a lomos de un camello, para abandonarme al amanecer en ese bosque siniestro. Me dijeron que estaba libre, que podía ir adonde quisiera; y, como muestra de la clemencia de Ong, me entregaron una hogaza de pan de centeno, y una bota de vino con agua pasada a modo de provisiones. El día rayaba su hora doce del mismo día, cuando yo llegaba al desierto de Yondo.

Hasta entonces no se me había ocurrido retroceder sobre mis pasos, impresionado aún por el horror de los cactus y las cosas malas que crecían a su alrededor. Pero al

llegar al desierto me paré al recordar la leyenda aterradora que rodeaba la tierra que se extendía ante mí, ya que Yondo es un lugar donde muy pocos se aventuran conscientemente o por propia voluntad. Menos aún son los que han regresado, y cuando lo han conseguido balbucean horrores desconocidos y tesoros inconmensurables; además, no supone ningún aliciente el constante movimiento que sacude sus miembros incesantemente, ni la mirada extraviada de unos ojos inquietos bajo pestañas y cejas blanquecinas. Por esta razón dudé durante un instante al borde de las arenas cenicientas, y sentí el temor de un miedo nuevo en lo más íntimo de mis órganos vitales. Tan arriesgado y horroroso era seguir adelante como retroceder, ya que estaba seguro de que los sacerdotes se habían asegurado de que así fuera. Al cabo de un rato caminé hacia delante, hundiéndome a cada paso en una blandura desagradable; me seguía una larga hilera de insectos patilargos que había encontrado entre los cactus. Dichos insectos tenían color de muerto y eran del tamaño de las tarántulas; pero cuando me volví y aplasté algunos con el pie, llegó hasta mi nariz una pestilencia más vomitiva aún que su propio color. Así, decidí ignorarlos por el momento lo más posible.

En definitiva, no eran más que pequeños temores en comparación con otras monstruosidades. Bajo un enorme sol de un agobiante escarlata, se extendía un Yondo interminable como una tierra de pesadilla contra un cielo negro. Lejos, muy lejos, se erguían las montañas esféricas de las que hablé más arriba; pero entre ellas había horribles vacíos de desolación gris, y colinas bajas, sin vegetación, parecidas al espinazo de monstruos semienterrados. Después de una dificultosa caminata vi grandes pozos donde se habían hundido meteoros, desapareciendo de la vista; y muchas piedras preciosas de diversos colores, cuyo nombre desconocía, resplandecían y brillaban entre el polvo. Cipreses caídos se pudrían junto a mausoleos derrumbados, por cuyos mármoles cubiertos de verdín se paseaban camaleones con perlas maravillosas en sus fauces. Ocultas tras apriscos surgían ciudades donde no quedaba intacta piedra sobre piedra; ciudades inmensas y antiquísimas hundiéndose centímetro a centímetro, átomo a átomo, para alimentar la desolación infinita. Arrastré mis pobres miembros, debilitados por la tortura, por montañas de basuras que en tiempos fueran poderosos templos; a mis pies fruncían el ceño las estatuas de los dioses desde sus restos de samnita resquebrajada o porfiria sofocada por el verdín. Pero la nota dominante era el silencio que reinaba por doquier, roto únicamente por la risa satánica de las hienas y el silbido de las serpientes entre los setos muertos de espino, o por los jardines antiguos, reino actual de insectos y alimañas.

Al llegar a la cumbre de uno de los numerosos apriscos en forma de montículo, me encontré ante las aguas de un extraño lago, inconmensurablemente oscuro y tan verde como la malaquita; además, estaba separado por barras de sal brillante. Las aguas yacían muy por debajo de mí en una hondonada en forma de taza; pero casi a mis pies surgían las lomas y montones de una sal antiquísima, bañada incesantemente por el agua del lago. Yo sabía que ese lago no era más que el amargo y triste residuo de un mar anterior. Descendiendo del aprisco, me aproximé a las oscuras aguas y comencé a lavarme las manos; pero había algo cortante y corrosivo en el líquido ancestral y desistí de mi propósito, prefiriendo el polvo del desierto, que hasta entonces me había envuelto como una capa.

Decidí descansar unos momentos a la orilla del lago, y empujado por un punzante apetito consumí parte de las escasas provisiones que no sin cierta ironía me entregaran los sacerdotes. Mi propósito era reunir todas mis fuerzas y llegar como pudiera a las tierras que se extienden al norte de Yondo. Dichas tierras están desiertas, pero su desolación es más natural que la de Yondo; además, se sabe que en ocasiones se

asientan allí ciertas tribus de nómadas. Si la fortuna me sonriese, podría encontrarme con alguna.

La escasa colación me reanimó, y por vez primera desde hacía muchas semanas oí el suspiro de una ligera esperanza. Los insectos con aspecto de cadáveres ya no me seguían, y a pesar de la macabrez del silencio sepulcral y de las ruinas polvorientas hasta el momento no había vuelto a encontrar nada tan horrible como esos insectos. Hubo un instante en que pensé que había cierta exageración en los terrores de Yondo.

Fue en ese instante cuando oí una carcajada diabólica desde la colina, sobre mi cabeza. El ruido comenzó de repente, sobresaltándome, y continuó sin parar, sin variar ni una sola nota, como si fuera la risa de un demonio idiota. Me volví y vi la boca de una oscura cueva, dentada con estalactitas verdes, que hasta entonces no había visto. Al parecer, el ruido provenía de dicha cueva.

Con una intensidad producida por el pánico, observé detenidamente la apertura negra. La carcajada se hizo más intensa, pero por el momento no pude ver nada. Por fin capté un destello blanco en la profundidad, y entonces, con la rapidez de un rayo, salió una cosa monstruosa. Su cuerpo era pálido, lampiño y en forma de huevo, del tamaño de una cabra montesa; se movía sobre nueve patas largas, flexibles y peludas, como las de una araña gigante. La extraña criatura pasó corriendo por mi lado hacia el borde del lago, y entonces vi que su rostro carecía de ojos; sin embargo, por encima de su cabeza destacaban dos largas orejas en forma de cuchillos, y un pellejo delgado y arrugado colgaba sobre su boca, cuyos labios paposos, separados en una carcajada eterna, dejaban entrever filas de colmillos de murciélago.

Bebió con avidez de las amargas aguas del lago; después, cuando satisfizo su sed, se volvió y pareció darse cuenta de mi presencia, ya que el pellejo arrugado se irguió apuntándome, y me olfateó sonoramente. No sé si me hubiera atacado, y si habría escapado de allí, pero como yo no podía aguantar más tan desagradable visión, corrí temblando por entre los grandes peñascos y las barras de sal que bordeaban el lago.

Agotado y sin aliento, me paré, pero al volver la cabeza advertí que nadie me perseguía. Temblando aún, me senté a la sombra de un peñasco. Pero no duraría mucho mi descanso, porque en ese momento comenzó la segunda de esas extrañas aventuras que me obligaron a creer en todas las leyendas que había oído.

Mucho más alarmante que la carcajada diabólica era el grito que se elevó a mi lado, procedente de la arena silícea; era el grito de una mujer en medio de alguna atroz agonía, o indefensa en las garras de los diablos. Al volverme, pude contemplar a una verdadera Venus, completamente desnuda, con una perfección blanca que podía resistir cualquier escrutinio, ya que estaba incrustada en la arena hasta el ombligo. Sus ojos, desmesuradamente abiertos por el terror, me imploraban con la mirada y sus manos de loto se extendían hacia mí mendicantes. Corrí a su lado, y toqué una estatua de mármol, cuyos párpados tallados caían en un sueño enigmático de ciclos muertos; sus manos estaban enterradas junto a la hermosura perdida de las caderas y los muslos. Una vez más escapé de allí, aturdido por un nuevo miedo, y una vez más oí el grito de agonía de una mujer. Pero en esta ocasión no me volví para contemplar los ojos y manos implorantes.

Cuesta arriba por la larga ladera al norte del maldito lago, tropezando con peñascos de basalto y rebordes afilados de metales cubiertos de verdín, tambaleando por pozas de sal o terrazas desgastadas por las mareas de eones antiquísimos, huí y escapé como un hombre que pasa de una pesadilla a otra, en el transcurso de una noche cacodemoniaca... De cuando en cuando sentí un suspiro helado en mi oído, ajeno al viento provocado por mi huida, y al mirar atrás desde una de las terrazas superiores advertí una extraña sombra que corría siguiendo mis huellas. No era la sombra de un

hombre, ni de un mono ni de cualquier bestia conocida; tenía una cabeza grotescamente alargada y un cuerpo cheposo y ancho. Tampoco pude determinar si la sombra tenía cinco patas o si la quinta era una cola.

El miedo me prestó una fuerza y un vigor nuevos, y cuando llegué arriba del todo me atreví a mirar de nuevo atrás. Pero la sombra extraña seguía aún mis huellas, y entonces llegó hasta mí un hedor repugnante, hediondo como el de los murciélagos que cuelgan en los desolladeros entre los montones de carnes podridas. Corrí durante muchas leguas, mientras el rojizo sol rasgaba las montañas asteroidales que yacen al oeste; pero la extraña sombra se alargaba igual que la mía, conservando siempre la misma distancia detrás de mí.

Una hora antes de la puesta del sol llegué a un círculo formado por pequeñas pilastras que milagrosamente seguían intactas entre ruinas de lo que parecía ser una gran pila de trozos de cerámica. Al pasar entre las pilastras me pareció oír un gemido, parecido al quejido de un animal salvaje, una mezcla de rabia y miedo; entonces advertí que la sombra no me había seguido dentro del círculo. Me paré y esperé, concluyendo inmediatamente que había encontrado un santuario donde no se atrevía a entrar mi desagradable perseguidor. Pronto se vieron confirmadas mis sospechas, ya que la cosa dudó, y entonces se puso a correr alrededor del círculo de columnas, parando de vez en cuando entre las mismas; pero en ningún momento dejó de gemir, y por último se alejó desapareciendo por el desierto hacia el sol poniente.

Durante media hora no me atreví a moverme; pero luego, la proximidad de la noche, con todas sus posibilidades de nuevos terrores, me obligó a seguir adelante todo lo que pudiera, siempre hacia el norte. Me encontraba en ese momento en el mismo corazón de Yondo, donde bien podían habitar demonios o fantasmas que no respetarían necesariamente el santuario de columnas intactas.

A medida que avanzaba, la luz solar cambió extrañamente; el disco rojo, al aproximarse al horizonte cuajado de montículos, se hundió deshaciéndose en un cinturón de resplandores y miasmas, donde el polvo flotante de las ruinas de la metrópolis de Yondo se mezclaba con los desagradables vapores que se elevaban en forma de columna hacia el cielo desde los enormes golfos negros que se encuentran más allá del extremo final del mundo. A la luz rojiza, las montañas redondas, las colinas serpenteadas y las ciudades perdidas adquirían un tono escarlata oscuro y fantasmal.

Entonces, desde el lejano norte, donde las sombras cobran un color mostaza, surgió una extraña figura; era un hombre alto, completamente cubierto por una cota de malla, o al menos yo creí que se trataba de un hombre. Al aproximarse a mí, resonando su armadura a cada paso, observé que su cota de malla era de cobre cubierta de verdín; llevaba un casco del mismo metal, adornado con cuernos retorcidos y una afilada cresta que sobresalían por encima de su cabeza; y digo cabeza porque estaba oscureciendo y no podía ver con claridad a cierta distancia. Pero cuando la aparición estuvo más próxima pude advertir que bajo el yelmo no había rostro alguno, y por un momento el perfil del casco vacío se dibujó en las sombras de la luz crepuscular. La figura pasó por mi lado, haciendo sonar tristemente su armadura, y desapareció.

Pero inmediatamente después, cuando el sol estaba en su punto más bajo, llegó una segunda aparición galopando a toda carrera y parando cuando estuvo a mi altura; era la momia monstruosa de un antiguo rey, cuya cabeza estaba aún coronada por una tiara de oro sin mancillar. Al volver su rostro hacia mí pude advertir el paso del tiempo y el asiduo trabajo de los gusanos. Sobre el esqueleto flotaban ropajes destrozados, y encima de la corona, de zafiros y rubíes anaranjados, colgaba algo negro que asentía macabramente. Por un instante no pude adivinar de qué se trataba. Entonces se abrieron dos ojos oblicuos de color rojo, que resplandecían como dos carbones infernales

encendidos, y dos fauces triangulares que parecían una boca de simio. Una cabeza cuadrada, sin pelo y deforme se inclinaba desde un cuello desproporcionadamente largo y susurraba algo inaudible al oído de la momia. Entonces, y de una sola zancada, el monstruo salvó la mitad de la distancia que nos separaba y apareció un brazo con guantelete de debajo de las ropas rasgadas, brazo de cuyo extremo colgaban dedos descarnados y agarrotados, cargados de pesadas sortijas, que trataban de agarrar mi garganta...

Retrocediendo lejos, muy lejos a través de años de luz llenos de locura y terror, en una huida alocada y precipitada, huí de los dedos insidiosos que quedaron colgando en el crepúsculo justo a mis espaldas. Retrocediendo lejos, muy lejos, hasta el infinito, sin pensar, sin dudar, lanzándome hacia todas las abominaciones que anteriormente abandonara. Huí retrocediendo hacia el denso anochecer, hacia las ruinas indefinidas y estáticas, hacia el lago encantado, y el bosque de los cactus malignos; huí retrocediendo hasta que llegué a los crueles y cínicos inquisidores de Ong, que aguardaban mi regreso.

Las Abominaciones De Yondo, 1926

Hyperbórea

Clark Ashton Smith

Trad. Guadalupe Rubio de Urquía

Colección Ciencia Ficción, 19

EDAF, 1978.

LA DESOLACION DE SOOM

CLARK ASHTON SMITH

Se dice que el desierto de Soom se extiende en un extremo del mundo, de difícil situación geográfica, entre tierras casi desconocidas y otras inimaginables. Los viajeros le tienen miedo porque sus arenas desérticas y movedizas no tienen oasis, y además, cuenta la leyenda que allí habitaban horrores indescriptibles. En este sentido, existen numerosos relatos, cada cual distinto. Algunos dicen que no es ni visible, ni audible, y otros dicen que se trata de una mera quimera de muchas cabezas, cuernos y rabos, y una lengua cuyo sonido es semejante al tañido de las campanas en auditorios abovedados durante algún funeral solemne. Todas las caravanas y aventureros solitarios que regresaron de Soom contaban relatos extraños; otros ni pudieron regresar siquiera, y hubo incluso quien se volvió completamente loco a causa del terror y el vértigo provocados por un espacio infinito y vacío... En efecto, eran muchos los relatos que existían en torno a un ser que espiaba furtivamente, o a todo un ejército de mil diablos; se hablaba de algo que se escondía aguardando detrás de las dunas movedizas, o de algo que rugía y susurraba desde la arena o desde el viento, o se mueve invisible en un silencio opresor, o cae desde el aire como un insecto aplastante, o bosteza abriéndose como un pozo repentinamente ante los pies del viajero.

Pero hace mucho tiempo existió una pareja de amantes que llegaron al desierto de Soom y cruzaron las estériles arenas. Desconocían la existencia del mal por aquellos parajes, y como habían encontrado un acogedor edén en sus respectivos ojos, es posible que no se dieran cuenta de que atravesaban un desierto. Y entre todos los que se atrevieron a pisar la temible desolación fueron los únicos que no regresaron con una nueva historia sobre algo terrible, sobre algún horror que los hubiera seguido o espiado, algo visible o invisible, audible o inaudible. Para ellos no hubo ni quimeras de múltiples cabezas, ni pozos bostezantes, ni insectos monstruosos. Además, nunca pudieron comprender las historias que les relataron caminantes menos afortunados.

La Desolación De Soom, 1938

Hyperborea

Clark Ashton Smith

Trad. Guadalupe Rubio de Urquía

Colección Ciencia Ficción, 19

EDAF, 1978

LA MARCHA DE AFRODITA

CLARK ASHTON SMITH

Por todas las tierras de Illarión, desde los valles y montañas coronadas con nieves perpetuas, hasta las poderosas colinas cuyo reflejo oscurece un mar tranquilo y tibio, estaban encendidos los antiguos fuegos verdes y amatistas del verano. Se aspiraban especias en el viento que azotaba el rostro de los montañeros al escalar los altos glaciares, y el más antiguo bosque de cipreses, que se deslizaba ceñudamente sobre una bahía de límpido cielo, estaba iluminado por las orquídeas de color escarlata... Pero el corazón del poeta Phaniol era una urna de negro jade fraguada por el amor con cenizas apagadas. Deseoso de olvidar por algún tiempo la socarronería de las zarzamoras, Phaniol caminaba solitario por el desierto que rodeaba a Illarión; era un lugar ennegrecido tiempo atrás por grandes hogueras, y que nunca había conocido los pinos, las violetas, los cipreses o las zarzamoras. Al caer la tarde llegó a un océano virgen, de aguas oscuras y estáticas bajo el sol poniente, exento del murmullo inmemorial propio de otros mares. Phaniol se paró y anduvo distraído por la costa cenicienta, soñando de cuando en cuando con ese mar llamado Oblivion⁶.

Entonces, bajo el sol yacente cuya cegadora luz iluminaba su frente, apareció una barca que suavemente se deslizó hasta tierra; pero no había viento y los remos colgaban inertes sobre olas sin cresta espumosa. Phaniol advirtió que la barca estaba construida con madera de ébano, decorada con extraños anaglifos y lujosamente tallada con imágenes de dioses y bestias, sátiros, diosas y mujeres, siendo la figura principal la de un Eros negro, de serios labios carnosos y llenos, e implacables ojos de zafiro de mirada extraviada, como si estuviesen contemplando intensamente cosas innombrables o desconocidas. A bordo venían dos mujeres, una de ellas pálida como la luna polar, y la otra tan negra como una noche ecuatorial. Ambas llevaban vestidos imperiales, y su talante era el propio de las diosas, o de quienes habitan con ellas. Sin pronunciar una sola palabra y sin un solo gesto, contemplaron a Phaniol, quien a pesar de su asombro preguntó:

—¿Qué buscáis?

Entonces, con una voz que más parecía la voz del jardín de las Hespérides entre las palmeras, durante un anochecer en las islas Afortunadas, respondieron:

—Esperamos a la diosa Afrodita, quien presa de tristeza y desolación abandona Illarión, así como todos los países de este mundo de amores fugaces y mortales efímeros. Vos, puesto que sois poeta y habéis conocido la gran tiranía del amor, contemplaréis su marcha. Pero ellos, los cortesanos, mercaderes y sacerdotes no recibirán ningún mensaje, ninguna señal de su partida, y en modo alguno podrán imaginarse que se ha marchado... Ahora, oh Phaniol, están próximos el tiempo, la diosa y la despedida.

Apenas habían terminado de hablar, cuando a través del desierto llegó Afrodita, y su llegada provocó una luz sobre las colinas, y por donde caminaba disminuían las sombras, y las arenas grises producían amapolas granates y el profundo verdor del césped que luciera cuando las reinas eran jóvenes, antes de que pasaran a formar parte de una oscura leyenda y los siglos las convirtieran en momias polvorientas. Llegó hasta la orilla y quedó en pie ante Phaniol, mientras la puesta del sol se extendía, llenando el cielo y el mar con un color aterciopelado de capullo recién abierto, y lo más profundo

⁶ Juego de palabras: "Oblivion" significa igualmente en inglés "olvido" (N. del T.)

de la concha que en tiempos remotos le fuera consagrada se elevaba para recibirla. No llevaba ropajes, ni coronas, ni guirnaldas, arropada y coronada únicamente por el crepúsculo solar, tan hermosa como los sueños de un mortal, pero mucho más hermosa que todos los sueños. La diosa aguardaba, sonriente y tranquila, símbolo de la vida y de la muerte, de la desesperación y de la pasión, ensueño de carne y hueso para dioses y poetas y galaxias jamás conocidas. Pero también reflejaba el asombro del amor, de algo mucho más que el amor, y cuyo sentido no podía entender el poeta.

—¡Hasta siempre, oh Phaniol! —exclamó, y su voz recordaba el suspiro de aguas lejanas, el murmullo de aguas de plenilunio, arrullando no sin tristeza una orgullosa isla coronada de altas palmeras—. Me has conocido y adorado durante toda tu vida hasta este momento, pero ha llegado la hora de mi partida; me voy, y cuando me haya marchado me seguirás adorando, pero ya no me conocerás. Así es el destino, y estaba dispuesto que ningún hombre, ni ningún mundo, ni ningún dios me poseyera completamente hasta la eternidad. Cuando yo ya no exista regresarán el otoño y la primavera, el primero cuajado de hojas amarillas, y la segunda de violetas igualmente amarillas; los pájaros se refugiarán en las zarzamoras renovadas, y conocerás nuevos y fugaces amores. Jamás volverán a tus ojos o a los de cualquier otro mortal la perfecta imagen y el perfecto cuerpo de la diosa.

Finalizando así su despedida, saltó del muelle ceniciento a la oscura proa de la barca; y de la misma manera en que había llegado, sin necesidad del viento ni de los remos, la barca se hizo a la mar cuajada de los descoloridos pétalos del anochecer. Desapareció inmediatamente de la vista, mientras el desierto perdía las antiguas amapolas y el rico verdor que luciera de nuevo por unos instantes. La oscuridad se adueñó de Illarión, siguiendo furtivamente el camino trazado por Afrodita; las sombras retornaron a las colinas, y el corazón del poeta Phaniol seguía siendo una urna de negro jade fraguada por el amor con cenizas apagadas.

La Marcha De Afrodita, 1934
Hyperbórea
 Clark Ashton Smith
 Trad. Guadalupe Rubio de Urquía
 Colección Ciencia Ficción, 19
 EDAF, 1978.

LAS ESTATUAS DE LA NOCHE

CLARK ASHTON SMITH

Limitadas por un horizonte lejano, que desde cierto punto se encuentra muy remoto y parece fundido con la brillantez azul de un cielo metálico, contrastan el negro esplendor de sus formas marmóreas con el insuperable resplandor del sol. Construidas en el amanecer de los tiempos, por una raza cuyas tumbas en forma de torre y ciudades de altas cúpulas constituyen ahora un solo polvo con el de sus constructores en las lentas evoluciones del desierto, permanecen en pie para contemplar los terribles amaneceres postreros, que surgen en otros países, consumiendo los velos de la noche en las desolaciones infinitas. Al mismo nivel de la luz, sus ceños temibles conservan el orgullo de los reyes Titánicos. En sus ojos de mirada pétrea, implacables y sin párpados, se refleja la desesperación de quienes han contemplado el infinito durante demasiado tiempo.

Mudas como las montañas de cuyo seno metálico surgieran, sus labios nunca han reconocido la soberanía de los soles que en llamarada triunfante cabalgan de horizonte a horizonte por la tierra subyugada. Únicamente al atardecer, cuando el oeste arde como un horno gigantesco, y las lejanas montañas lanzan chispas doradas a las profundidades de los cielos caldeados —únicamente al atardecer, cuando el este se hace infinito e indefinido, y las sombras del desierto se mezclan con la sombra de la noche hasta formar una sola—, entonces, y sólo entonces, surge de sus gargantas pétreas una música que se eleva hacia el horizonte cobrizo; es una música fuerte y triste, extraña y de gran sonoridad, como el canto de las estrellas negras, o la letanía de dioses que invocan olvido; es una música que entenece al desierto llegando hasta su corazón de roca, y que retumba en el granito de tumbas olvidadas, hasta que los últimos ecos de su alegría, cual trompetas del destino, se unen al negro silencio de lo infinito.

Las Estatuas De La Noche, 1935

Hyperbórea

Clark Ashton Smith

Trad. Guadalupe Rubio de Urquía

Colección Ciencia Ficción, 19

EDAF, 1978.

El extraño caso de Avoosl Wuthoqquan apareció por vez primera en *Weird Tales*, durante el mes de junio de 1932; copyright © 1932 by Popular Fiction Publishing Co. *El testamento de Athammaus* también apareció por vez primera en *Weird Tales* en octubre de 1932; copyright © by Popular Fiction Publishing Co. Por último, *Ubbo—Sathla* hizo su aparición primera en *Weird Tales*, en julio de 1933; copyright © 1933 by Popular Fiction Publishing Co. Más tarde se recogieron estos tres relatos en un libro titulado *Fuera del tiempo y del espacio* (Arkham House, 1942); copyright © 1942 by Clark Ashton Smith. Permiso concedido por Arkham House y la señora de Clark Ashton Smith.

Las siete pruebas apareció por vez primera en *Weird Tales*, en octubre de 1934; copyright © 1934 by Popular Fiction Publishing Co. *La llegada del Gusano Blanco* se publicó la primera vez en *Stirring Science Stories*, en abril de 1941; copyright by © 1941 Albing Publications. *La Puerta de Saturno* apareció originalmente en *Strange Tales*, en enero de 1932; copyright © 1931 by The Clayton Magazines Inc. *El relato de Sazampira Zeiros* apareció también por vez primera en *Weird Tales*, en noviembre de 1931; copyright © 1931 by Popular Fiction Publishing Co. los cuatro relatos mencionados quedaron recogidos en el libro titulado *Los mundos perdidos* (Arkham House, 1944); copyright © 1944 by Clark Ashton Smith. Permiso concedido por Arkham House y la señora de Clark Ashton Smith.

La Sibila Blanca se publicó la primera vez como folleto de las *Fantasy Publications* (c. 1935); copyright by Clark Ashton Smith. Por su parte, *El demonio de hielo* apareció por vez primera en *Weird Tales*, en noviembre de 1931; copyright © 1931 by Popular Fiction Publishing Co. *Las abominaciones de Yondo* apareció originalmente en la revista *Overland Monthly*, de abril de 1926; copyright © 1926 by The Overland Monthly. Más tarde se recogieron estos tres relatos en un libro titulado genéricamente *Las abominaciones de Yondo* (Arkham House, 1960); copyright © by Clark Ashton Smith. Permiso concedido por Arkham House y la señora de Clark Ashton Smith.

El robo de los treinta y nueve cinturones se publicó por vez primera en *Saturno, Ciencia Ficción y Fantasía*, de marzo de 1958, bajo el título de *El poder de Hyperbórea*, copyright © 1958 by Candar Publishing Co. Más tarde quedó incluido en el libro titulado *Relatos de ciencia y brujería* (Arkham House, 1964); copyright © 1964 by Mrs. Clark Ashton Smith. Permiso concedido por Arkham House y la señora de Clark Ashton Smith.

La musa de Hyperbórea se publicó la primera vez en *El Abanico de Fantasía*, en junio de 1934; *La marcha de Afrodita* apareció por vez primera en *El Abanico de Fantasía*, de diciembre de 1934; y *La desolación de Soom*, en *Fantasmagoría*, de noviembre de 1938, con el título de *La abominación de desolación*; *Las estatuas de la noche*, por último, hizo su primera aparición en *El Fantógrafo*, de noviembre—diciembre, 1935. Años más tarde se recopilaron estas cuatro poesías en prosa en un libro precisamente titulado *Poesías en Prosa* (Arkham House, 1965); copyright © 1965 by August Derleth. Permiso concedido por Arkham House y la señora de Clark Ashton Smith.